

LECCIONES  
DE  
**PEDAGOGÍA**

POR  
**D. FRANCISCO LOPERENA Y NIEVA**

EX-DIRECTOR Y PROFESOR DURANTE 40 AÑOS  
DE LA SUPRIMIDA ESCUELA NORMAL SUPERIOR DE MAESTROS DE GERONA

**SEGUNDA EDICIÓN**

Modificada con arreglo á los Programas vigentes de la carrera del Magisterio

POR

**PEDRO LOPERENA ROMÁ**

PROFESOR DE PEDAGOGÍA EN EL INSTITUTO GENERAL Y TÉCNICO  
DE TARRAGONA



TARRAGONA  
TIPOGRAFÍA DE FRANCISCO SUGRAÑES  
1910

UNIVERSITAT DE LLEIDA  
Biblioteca



1600078106



R-494

LIB 1600078900 X

LECCIONES  
DE  
**PEDAGOGÍA**

POR

**D. FRANCISCO LOPERENA Y NIEVA**

EX-DIRECTOR Y PROFESOR DURANTE 40 AÑOS  
DE LA SUPRIMIDA ESCUELA NORMAL SUPERIOR DE MAESTROS DE GERONA

---

**SEGUNDA EDICIÓN**

---

Modificada con arreglo á los Programas vigentes de la carrera del Magisterio

POR

**PEDRO LOPERENA ROMÁ**

PROFESOR DE PEDAGOGÍA EN EL INSTITUTO GENERAL Y TÉCNICO  
DE TARRAGONA



TARRAGONA

TIPOGRAFÍA DE FRANCISCO SUGRAÑES

1910

Reg. 2635

0105-01860

Al docto Prof<sup>or</sup>, Director  
de la Normal de Vérida, Sr. Felipe  
Sollé, su amigo y compi:

Pedro Copereña

Zaragoza

30 Octubre 1918.

---

Es propiedad

---



## ADVERTENCIAS

La primera edición de este libro se diferencia de la presente, en que aquélla constaba de 44 lecciones y ésta sólo tiene 30.

Las lecciones suprimidas en la presente edición, las hemos trasladado al libro que acabamos de publicar con el título de *Nociones de Pedagogía*.

Las lecciones suprimidas en la presente edición son 14: 4 de *Educación física* y 10 de *Metodología ó Didáctica pedagógica*. Con estas lecciones y algunos apuntes del mismo autor de este libro, hemos compuesto las *Nociones de Pedagogía*.

Las razones ó motivos por los cuales hemos hecho estas modificaciones, son los siguientes:

En 1890, cuando mi difunto padre (q. e. p. d.) publicó estas *Lecciones de Pedagogía*, los estudios oficiales de la carrera de Maestro de 1.<sup>a</sup> enseñanza, comprendían tres cursos: dos en el grado elemental y uno en el superior. Entonces mi padre explicaba Pedagogía en la Escuela Normal de Gerona y escribió estas *Lecciones* para sus alumnos del tercer año.

Actualmente, el plan vigente de la carrera de Maes-

tro, abarca cuatro cursos: dos en el elemental y otros dos en el superior.

En cada uno de los cuatro cursos se estudia Pedagogía; de modo que esta asignatura se vé, durante la carrera, con mayor amplitud que veinte años atrás. Por eso hemos resuelto destinar á los alumnos del *segundo curso* actual estas *Lecciones* que mi padre escribió para sus alumnos del tercer año. Mas como quiera que en un curso de clase alterna no es posible estudiar y repasar enteramente un Programa que llegue á 50 lecciones, en el texto de este libro sólo hemos dejado 30, pues hay que advertir que dos lecciones de nuestro Programa, comprenden, muchas veces, una del libro.

Las lecciones suprimidas en la segunda edición de esta obra, las hemos trasladado, como decimos antes, al libro *Nociones de Pedagogía*, escrito y publicado para los alumnos del primer año.

Así aprovechamos para nuestros alumnos la sana doctrina pedagógica de estos libros y, al disponer ó repartir, de este modo, las materias en ellos contenidas, tenemos la seguridad de que prestamos un buen servicio al Profesorado.

PEDRO LOPERENA





# LECCIONES DE PEDAGOGÍA

---

## PRIMERA PARTE

### IDEAS GENERALES DE LA CIENCIA

---

#### LECCIÓN I

Concepto de la palabra PEDAGOGÍA según su valor etimológico; id. según su valor ideológico.—De cuántas maneras puede considerarse la Pedagogía.—La Pedagogía como ciencia y arte.—Pedagogía antigua y moderna.—Pedagogía según la edad de los educandos; id. según el sexo; id. según la extensión de su doctrina.—Ciencias auxiliares de la Pedagogía.—División de la Pedagogía; su importancia.

De todos los seres que pueblan la superficie del globo, el hombre es el más débil en los primeros días de su existencia. No tiene fuerzas más que para llorar, sus movimientos son casi imperceptibles, su alma apenas da señales de vida. Nace desnudo, y no puede abrigarse; necesita de alimento, y no le es posible proporcionárselo; su vida está rodeada de peligros, y no puede defenderse. Si no fuese por los auxilios que se le prodigan; si no fuese por los solícitos cuidados de una madre cariñosa que le da calor y sustento, perecería á los pocos instantes de nacer. Y antes de que esté en disposición de gobernarse por sí mismo, han de pasar muchos años, durante los cuales necesita de la protección y amparo de los mayores; necesita quien le dirija y le dé á conocer los escollos contra los cuales podría

estrellarse. Sin esta dirección nada se conseguiría, y los niños serían los seres más desgraciados de la tierra. Dios ha querido que la infancia del hombre fuese muy prolongada á fin de que el sentimiento del amor se arraigase fuertemente en su corazón. ¡Cuán triste es la situación de un niño huérfano! ¡Qué acción tan bella la de aquellos que recogen un niño desamparado y se imponen el deber de educarlo!

Los nombres de *Vicente de Paúl, Pestalozzi, Girard* y otros eminentes varones que consagraron sus días á enjugar las lágrimas de los pequeñuelos, librándolos de una muerte segura, serán eternamente bendecidos por la historia. No hay ocupación más noble y santa que la de dirigir á los niños por la senda de la virtud, inculcándoles las primeras nociones del saber y preparándolos convenientemente para la vida social. Por lo mismo, la ciencia que nos enseña á desempeñar cual corresponde función tan sagrada, debe ser de las más dignas de estudio. Pues bien, esta ciencia es la que se conoce con el nombre de PEDAGOGÍA, palabra griega que significa *guiar ó conducir al niño*. Defínese diciendo que es *la ciencia ó arte que tiene por objeto la educación é instrucción de un solo niño ó de varios en común*. (1)

Las palabras *guiar y conducir* aplicadas á seres racionales, envuelven la idea de educación, porque educar no es otra cosa que la acción de ejercitar y dirigir las facultades del ser humano á fin de que cada cual ejecute su labor de la manera más perfecta posible, ó lo que es igual, dirigir al hombre conforme á su naturaleza para que alcance el mayor grado de perfección; envuelven también la idea de instrucción, que es el caudal de conocimientos que uno posee adquiridos por la actividad de su propia inteligencia.

Entre los griegos, los esclavos ó siervos que cuidaban á los hijos de sus señores y los acompañaban al gimnasio,

(1) La Pedagogía se toma hoy en sentido más amplio: es la aplicación de la ciencia en general al desenvolvimiento físico, moral é intelectual del hombre: á la organización de la Instrucción pública para todas las carreras, y á la manera más conveniente de comunicarla y propagarla.

eran llamados *pedagogos*; mas hoy damos este nombre al pensador profundo en materias de educación é instrucción, y en general á cuantos se dedican al noble ministerio de la enseñanza en cualquiera de sus grados; pero el verdadero pedagogo es una buena madre, que con sus tiernos besos inunda de alegría el corazón de su hijo, y con mirada penetrante adivina sus deseos y pensamientos, y con sus cariñosas advertencias le guía por el sendero del bien.

El origen filosófico de la Pedagogía se pierde en las primeras edades del mundo, supuesto que en todos tiempos y lugares se ha educado al hombre: aun entre los mismos salvajes los niños se hallan al amparo de sus padres, de quienes reciben los primeros cuidados.

En cuanto al origen histórico, el primer libro de educación publicado con el nombre de *Pedagogía*, fué, según opinión de un distinguido profesor, á fines del siglo XVIII, por *Carboneau*, autor francés, pero hay que advertir que desde muy antiguo, se vienen escribiendo, en los diferentes países del mundo, tratados de educación. El principal impulso data, sin embargo, desde el siglo XVI, en tiempo de la *Reforma*.

El hombre puede perfeccionarse física, moral é intelectualmente desde que nace hasta que muere, de donde se deduce que la Pedagogía debe abrazar todos los períodos de la vida, sentando principios y reglas aplicables á las diferentes fases por las cuales pasa el hombre durante su existencia sobre la tierra. De aquí que el nombre de *Antropología* (tratado de educación del hombre), y no el de Pedagogía, debiera haberse adoptado para designar tan vasta ciencia.

La Pedagogía puede considerarse como ciencia y arte: como ciencia, porque es un conjunto de verdades referentes á un objeto y dependientes unas de otras formando cuerpo de doctrina, y como arte, porque establece reglas para educar é instruir al hombre conforme á su naturaleza y destino y según las necesidades de la vida social.

La Pedagogía, en efecto, con sus axiomas ó principios evidentes, con sus teoremas y corolarios, constituye una de las principales ramas de la filosofía; y además, como arte, tiende á formar hombres prácticos que sepan realizar la obra pensada por el filósofo ó por el pedagogo, los cuales se ocupan en la resolución de los grandes problemas de la educación é instrucción. Los Maestros son los operarios de esa tan grande obra, y por eso el Profesorado constituye en las naciones civilizadas la clase más querida y respetada de la sociedad.

Por razón de la historia, hay que distinguir la Pedagogía antigua de la moderna: la primera está caracterizada por los medios violentos que empleaba para educar é instruir, consecuencia del falso concepto que los antiguos tenían de la naturaleza y destino del hombre. *La letra con sangre entra* era la fórmula sacramental de los antiguos directores de la sociedad, fórmula absurda por lo irracional y anticristiana. La Pedagogía antigua era además incompleta, porque dejaba sin cultivar las más nobles facultades del hombre.

La Pedagogía moderna, inspirada por el amor y la ciencia, emplea como medios educativos la persuasión y la dulzura, y tiende á universalizar los principios de fraternidad entre los hombres, á fin de que la sociedad sea algún día una reunión de hermanos. Al pronto advenimiento de día tan dichoso deben dirigirse los esfuerzos del Profesorado, y así ejercerá en el mundo una misión sagrada á la par que divina. La Pedagogía moderna, en fin, tiende á favorecer el desarrollo armónico de todas las facultades del hombre.

Por razón de la edad de los educandos, hay pedagogía del párvulo, pedagogía del niño y pedagogía del adulto.

Por razón del sexo, distínguese la pedagogía del hombre de la pedagogía de la mujer.

Por razón de la extensión de su doctrina, podrá ser general y especial, según que convenga á todas las edades

y á ambos sexos, ó según se refiera á uno ú otro sexo, ó bien á una determinada fase de la vida.

Las dos principales ciencias auxiliares de la Pedagogía son la Psicología y la Fisiología: la primera dando á conocer el alma, sus facultades y operaciones, y la segunda el organismo del hombre. Concurren asimismo con gran eficacia la Lógica, la Etica, la Religión, la Higiene, la Gimnástica, la Historia y, en una palabra, cuantas comprende la *Antropología*, ciencia que trata del origen, naturaleza y destino del hombre.

El estudio de la Pedagogía abraza tres partes principales, las cuales, á falta de una palabra sustantiva propia que las designe, se distinguen con los nombres de *Educación*, *Instrucción* y *Organización de Escuelas*. En la primera se estudian los medios que deben adoptarse y practicarse para favorecer el desarrollo armónico de las facultades humanas; en la segunda los conocimientos, objeto de la enseñanza y la manera de transmitirlos con claridad y sencillez y en la tercera el arte de dirigir una Escuela.

A estas tres partes pueden añadirse la Historia de la Pedagogía, Legislación y Crítica, á fin de que el Maestro se entere de los progresos de la ciencia pedagógica desde los tiempos primitivos hasta nuestros días; de las leyes y reglamentos que se han dado para el fomento y organización de la Instrucción pública, y de la bondad ó defectos de los medios de educación é instrucción.

El estudio de la Pedagogía, como se ve, es de mucha importancia para todas las clases de la sociedad, en particular á los padres de familia, que son los primeros quienes Dios impone la obligación de educar é instruir á sus hijos.

En cuanto al Maestro, le es de absoluta necesidad, por lo que de nada le servirían, como profesor, los demás conocimientos, si ignorase la ciencia de educar é instruir, si careciese de aquella habilidad que se requiere para transmitir á sus discípulos las primeras ideas del saber cultivar

los buenos sentimientos y combatir y destruir los malos. Por eso se dice que la Pedagogía es el libro por excelencia del Maestro, sin cuyo conocimiento no podría llenar su cometido. En la Pedagogía encuentra las observaciones de los hombres experimentados y ve trazada la marcha que debe seguirse en la difícil tarea de educar é instruir.

## LECCIÓN II

Concepto de la palabra EDUCACIÓN.—Ideal de la educación.—Desarrollo gradual y sucesivo de las facultades humanas.—Misión del educador.—Fin de la educación.—Principales fines de la vida humana.—Qué es lo que más dificulta las tareas del educador.—Variedad entre los niños en cuanto á sus disposiciones.—De cuántas maneras puede considerarse la educación.—Cuándo comienza la educación y cómo se extiende y se transmite de una á otra generación.

Llámase EDUCACIÓN<sup>2</sup> la primera parte de la Pedagogía que trata de los principios y reglas que deben practicarse para que el hombre adquiera el desenvolvimiento más perfecto posible en sus facultades.

Esta educación, común á todos los hombres, es asunto de toda la vida; primero se recibe durante la infancia bajo el cuidado de los padres y maestros, y después es obra de la actividad de cada uno. Pero hay, además, tantas clases de educación como son las profesiones á que el hombre se dedica, pues cada una requiere preparación especial.

La palabra *educación*, según su valor ideológico, expresa la perfección suma de que el hombre es susceptible, dada su naturaleza racional; mas nadie puede señalar el límite de esta perfección. En un sentido menos lato, la palabra *educación* significa el grado de cultura de cada individuo.

Las palabras *educación*, *cultura*, *adelanto*, *progreso*, se consideran casi como sinónimas, pues todas envuelven la idea de perfección.

Educar será, pues, formar hombres ágiles y robustos,

que piensen con acierto, que quieran y practiquen religiosamente el bien y sientan profundo amor á Dios y al prójimo. Asi el hombre podrá continuar con fruto la obra de progreso que en su infancia ha emprendido, será un miembro útil á la sociedad, querido y respetado de sus semejantes, y cualesquiera que fueren las circunstancias, aguardará con tranquilidad el desenlace final de su existencia sobre la tierra.

El ideal de la educación según Locke, filósofo inglés en el siglo xvii, perteneciente á la escuela racionalista, es la posesión de *una alma sana en un cuerpo sano*. (1). «Es, dice este filósofo, la descripción completa de un estado dichoso en la tierra; el que posee ambas cosas nada tiene que pedir.»

Por alma sana debe entenderse una alma de claro entendimiento, de voluntad recta y de sentimientos puros y elevados; por cuerpo sano, un cuerpo de perfecta salud, robusto, con fuerzas suficientes para dedicarse al trabajo, siendo fiel instrumento de las operaciones del alma. No debía, empero, ocultarse á Locke cuán difícil es hallar la felicidad en esta vida terrenal, que es vida de prueba y de incesante lucha, vida de preparación para la otra.

El ideal de la educación, según Jesucristo, es la posesión de todas las virtudes á fin de que el hombre sea digno hijo del Altísimo y merezca por sus obras las recompensas eternas.

La virtud debe ser, en efecto, el resumen de la vida moral y científica del individuo. La virtud suprema es la caridad fundada en el amor, que une á los hombres como hermanos, purifica las almas y las eleva hacia Dios. La abnegación y el sacrificio son la piedra de toque de la virtud, y nadie iguala á Jesucristo en este punto, pues que ofreció su vida por amor á los hombres. Su excelsa doctrina tiende á que la sociedad sea una reunión de hermanos,

---

(1) Aforismo de Juvenal, filósofo de la antigua Grecia.

término á que deben dirigirse los esfuerzos de la educación. Nadie como Él ha dado fórmulas tan claras y sencillas para constituir la más sólida y perfecta educación. Luego Jesucristo es el primer Pedagogo del mundo, el gran Maestro de la humanidad. Para comprobar la verdad de este aserto, basta considerar que las naciones cristianas son las más civilizadas del globo, las cuales han progresado tanto porque su educación está basada en los principios de libertad, igualdad y fraternidad que con tanta elocuencia proclamara el Enviado de Dios hace ya diecinueve siglos. Mucho se ha adelantado desde Jesucristo hasta nuestros días, pero aun estamos muy lejos de que tan santos principios rijan en toda su extensión y pureza en la sociedad. Los hombres de buena voluntad deben trabajar constantemente para que la realidad se acerque cada vez más al ideal.

Las facultades humanas se hallan en un principio completamente aletargadas, sin que apenas den señales de existencia; pero conforme se desarrolla el organismo del niño, van manifestándose también las potencias del alma y adquiriendo, mediante el ejercicio, mayor facilidad en sus operaciones. De modo que el desarrollo de las facultades es gradual y sucesivo, y se verifica según leyes establecidas por el Creador. La misión del educador consiste en favorecer ese desarrollo por medio de ejercicios adecuados.

El niño es ignorante; todo cuanto le rodea le es desconocido; luego es necesario ayudarle, dirigir sus primeros pasos, enseñarle las propiedades de los objetos, darle á conocer lo que es el mundo que habitamos, lo que es el hombre, su destino; ponerle, en una palabra, en estado de bastarse á sí mismo cultivando todas sus fuerzas, sus facultades y tendencias. Tal es el fin de su primera educación.

Pero la educación no tiene por fin sólo desarrollar la naturaleza humana en general en vista del destino común de los seres racionales, sino que debe también cultivar la naturaleza individual de cada hombre según su vocación particular, sus inclinaciones y aptitudes especiales. De este

modo se pone á cada uno en las condiciones más ventajosas de emprender la carrera ó profesión en que más útil podrá ser algún día á sí mismo, á la familia y á la sociedad.

Los principales fines de la vida humana, esto es, los principales objetos ú ocupaciones á que se dedica el hombre, son: la ciencia, la religión y moral, la educación y la instrucción, el arte, la agricultura, la industria y el comercio. El educador ha de observar, pues, cuál de estos fines es el más adecuado á las aptitudes que manifiestan los niños.

Lo que más dificulta las tareas del educador, sobre todo cuando tiene bajo su dirección muchos niños, es la gran variedad de disposiciones que entre ellos se notan: unos son de constitución física robusta, mientras que otros son débiles y enfermizos; los hay de temperamento del todo opuesto: dóciles, obedientes y aplicados unos; de carácter inquieto, rebeldes y holgazanes otros; quiénes son amables y cariñosos, y quiénes vengativos y adustos: de talento claro y despejado algunos pocos, medianías el mayor número, no faltando tampoco capacidades limitadísimas y hasta imbéciles, que ponen á prueba la paciencia del profesor. ¿Por qué unos tan adelantados y otros tan atrasados? He aquí un problema digno de estudio, cuya solución interesa á todos, en particular al maestro, porque averiguada la causa del fenómeno, tal vez varíen los procedimientos de educación y se obtengan mayores resultados.

De todo lo expuesto se infiere que la educación puede ser general y especial, individual y colectiva, externa é interna, integral y parcial. General, aquella cuyos principios son aplicables á todos los seres racionales; especial, la que reclama cada individuo según sus disposiciones y aptitudes; individual ó doméstica la que se da dentro de la familia; colectiva ó pública, la que se da en la escuela á varios niños reunidos bajo la dirección de uno ó más profesores; externa ó prestada la que se recibe de parte de los padres, de los maestros ó de las personas que nos rodean durante la

infancia; interna ó personal, la que es obra de nuestra propia actividad, que se verifica cuando el hombre, emancipándose de la familia, se gobierna por sí mismo; integral, la que se dirige al desarrollo harmónico de todas las facultades y disposiciones del hombre; parcial, la que tiene por objeto exclusivo el desarrollo de una determinada facultad abandonando las demás.

La educación comienza al nacer y termina en esta tierra con la muerte; es el asunto de toda la vida en este mundo y aún en el otro, pues el alma es inmortal é indefinidamente perfectible. Mas sus procedimientos varían con la edad y van ya del exterior al interior, ya del interior al exterior. El niño recibe la educación en la familia y en la escuela; el hombre continúa su propia educación y la extiende á sus semejantes. La educación se transmite y acrecienta de generación en generación con una fuerza acelerada, porque el discípulo viene, á su vez, á ser profesor y aprovecha todos los progresos realizados por sus antecesores.

### LECCIÓN III

División de la primera parte de la Pedagogía.—Educación física, estética intelectual, moral y religiosa.—Diferencia entre la educación moral y religiosa.—Preocupación de algunos profesores sobre la enseñanza religiosa en las Escuelas.—No puede descuidarse ni menos abandonarse ninguna de las partes de la educación.—Cuál de ellas merece marcado interés.—Necesidad é importancia de la educación.—Primer deber de los gobiernos.—Agentes que intervienen en la obra de la educación.

La educación debe abrazar tantas partes cuantas sean las facultades fundamentales del hombre; éstas son de dos órdenes, unas que pertenecen al cuerpo y otras que son propias del alma: luego la teoría y práctica de la educación comprende dos grandes secciones, llamándose la primera, ó sea la que se refiere al cuerpo, *educación física*, y la segunda, ó sea la concerniente al alma, *educación psíquica*.

El alma está dotada de tres facultades principales: *sensibilidad, inteligencia y voluntad*, cada una de las cuales exige una dirección especial, dándose respectivamente origen á la educación *estética, intelectual y moral*.

Pero el alma tiene, además, una propiedad esencialísima, la de que su vida es imperecedera, á diferencia del cuerpo que se descompone y muere; y al contemplar la magnificencia de los cielos, la admirable armonía que reina en el Universo, la sabiduría que en todas partes resplandece, elévase fácilmente, mediante el raciocinio, al conocimiento del Ser infinito y absoluto, autor de todo lo creado; y sintiéndose libre é inteligente, capaz de continuar la obra de perfección que ha comenzado, concibe desde luego que el progreso es indefinido y admite sin vacilar la existencia de una vida futura.

Es necesario, pues, preparar al hombre desde su infancia, á la vida inmortal del espíritu, desarrollando en su corazón el amor de Dios, la fe en su Providencia y habituándole al cumplimiento de la ley divina grabada en todas las conciencias. Esta preparación recibe el nombre de *educación religiosa*.

Resulta de lo expuesto, que la educación comprende cinco partes: *educación física, estética, intelectual, moral y religiosa*.

La educación *física* tiene por objeto la conservación de la salud y el desarrollo de las fuerzas y órganos del cuerpo á fin de que éste sea fiel instrumento del alma.

La educación *estética* se ocupa en cultivar la facultad de la sensibilidad para que el hombre pueda atender á todas sus necesidades, tanto físicas, morales como intelectuales. En un sentido menos lato es el desarrollo del sentimiento de lo bello.

La educación *intelectual* trata del desenvolvimiento de la facultad de pensar, dirigiéndola constantemente á la adquisición de la verdad.

La educación *moral* trata de la voluntad y propónese

habituarse esta facultad al cumplimiento del deber, ó sea á la práctica del bien. Forma el corazón del niño, que es el problema más difícil é interesante de las tareas del educador.

Y finalmente, la educación *religiosa* tiene por objeto el conocimiento y la práctica de los deberes que el hombre tiene para con Dios.

La educación moral y la educación religiosa en el fondo son iguales; diferéncianse sin embargo en que la primera tiende á mejorar las costumbres, á preparar al niño para la vida social, mientras que la segunda fortifica el amor mutuo entre los hombres mediante el amor de Dios, y dirige las almas al fin para que han sido creadas. La educación religiosa es por eso el más sólido apoyo de la educación moral. Una educación sin Dios y sin el principio de la inmortalidad del alma, sería una falsa educación, sin condiciones de estabilidad, como un edificio sin base.

Los profesores, pocos en verdad, que quisieran proscribir de las Escuelas la enseñanza religiosa, están profundamente preocupados; el educador no debe jamás abandonar ninguno de los factores que contribuyen á la obra del perfeccionamiento humano, y mucho menos un factor tan esencial como es la religión. Esos profesores trabajan, sin quererlo, en contra de su altísimo ministerio. En las Escuelas, si se quiere que sean centros de educación é instrucción, debe respirarse una atmósfera en sumo grado religiosa.

Las cinco partes en que hemos dividido la educación concurren á un mismo objeto, que es la perfección del hombre y con ella su felicidad; su razón de ser estriba en la naturaleza humana, por lo que no puede descuidarse ni menos abandonarse ninguna de ellas; todas son igualmente importantes, puesto que corresponden á otras tantas facultades fundamentales de que el hombre se halla dotado. Diremos, sin embargo, que si tuviésemos que dar la preferencia á una ú otra, habría de ser á la moral-religiosa, pues

ante todo conviene que el hombre sea virtuoso y se haga digno por sus obras del fin para que ha sido creado. De aquí el que se afirme que vale más un átomo de virtud que cien de sabiduría. La ciencia no está al alcance de todos, y cada cual debe concretarse á adquirir aquella parte de sabiduría que necesita para el desempeño de su profesión y cumplimiento de los deberes sociales; pero la virtud puede ser patrimonio de todo el mundo, lo mismo del sabio que del medianamente instruido, así del poderoso como del más humilde artesano.

De cuanto llevamos expuesto se deduce la necesidad é importancia de la educación. En efecto, sin ella perecería el niño á los pocos instantes de nacer; y si más tarde se le dejase abandonado, sin la vigilancia de los padres ó tutores, sería víctima de su propia ignorancia, juguete de las pasiones más desordenadas. Así, el mayor crimen que el hombre puede cometer es el de abandonar á sus propios hijos. Sin la educación la sociedad sería una reunión de hombres ignorantes y corrompidos, sin noción alguna de su destino, incapaces de cultivar la ciencia, ni el arte, ni ninguno de los ramos á que se aplican las facultades humanas. Pero con la educación, el niño crece al abrigo de los cuidados maternos, ábrese su corazón, despiértase su inteligencia, contrae hábitos de trabajo, de orden, de moralidad y tolerancia; se prepara, en fin, á ser un miembro útil á la sociedad. Así los pueblos y las naciones se van regenerando, cuentan con numerosos elementos de vida, aseguran su libertad é independencia y andan con paso acelerado por el camino del progreso.

Educar é instruir á la juventud es trabajar á favor de la civilización, y de aquí se deduce que el primer deber de los gobiernos consiste en proporcionar á los pueblos escuelas bien organizadas y dirigidas por buenos profesores.

La grandiosa obra de la educación se levanta bajo la influencia de varios agentes: 1.º la acción de la Providencia; 2.º la actividad incesante de cada individuo; 3.º la

naturaleza; 4.º la familia; 5.º el maestro, y 6.º la sociedad con todas sus instituciones. La Providencia, dotando á todos los seres de las facultades necesarias para su desenvolvimiento y ofreciéndoles elementos de vida para su conservación y desarrollo; la actividad del individuo, buscando é inquiriendo los medios más adecuados para perfeccionarse; la Naturaleza, presentándonos inmenso material donde ocupar nuestro espíritu en las más profundas investigaciones; la familia, protegiendo al niño, dándole consejos saludables y formando su corazón por la benéfica influencia del amor; el maestro, continuando la obra iniciada en el seno de la familia, y, cual hábil artista, perfeccionándola según los adelantos de la ciencia de educar é instruir y según las necesidades de la época; y por último la sociedad, dando leyes previsoras y justas, extendiendo la beneficencia, mejorando las costumbres públicas, organizando la instrucción y fomentando, en fin, cuantos elementos contribuyen á la felicidad del hombre, á la prosperidad y engrandecimiento de la patria.

#### LECCIÓN IV

Sistemas de educación.—Caracteres de un sistema verdadero.—Caracteres de un falso sistema.—El sistema de educación ha de estar en relación con el grado de cultura de los pueblos.—Educación de los pueblos salvajes.—Educación de los pueblos que han adquirido cierto grado de cultura.—La autoridad paterna, primer factor en la educación de los pueblos.—La autoridad del Estado, segundo factor. Bases de la educación en los pueblos antiguos.—Sistemas de educación en los tiempos actuales.—Educación fundada según los principios de la escuela materialista; sus funestas consecuencias.—Sistema de educación según los principios de la escuela espiritualista.—Cuál será el mejor sistema de educación.

No en todos tiempos se ha educado al hombre de la misma manera; los principios de educación han variado según las necesidades de los pueblos, su estado de cultura,

ó según los ideales forjados por los gobernantes: de aquí la existencia de diferentes *sistemas* de educación.

Entiéndese por *sistema* de educación, el conjunto de principios y procedimientos según los cuales se trata de dirigir al hombre desde su infancia para alcanzar un fin determinado.

El sistema será verdadero cuando tienda á satisfacer legítimas necesidades, cuando los principios arrancan de la misma naturaleza, cuando los procedimientos favorecen el desenvolvimiento natural y armónico de todas las facultades; cuando, en una palabra, el sistema se proponga un fin racional y humano.

Pero cuando un *sistema* de educación tiende á fomentar y consolidar los intereses de una sola clase de la sociedad; cuando está basado en fórmulas caprichosas no conformes con la naturaleza racional del hombre; cuando los procedimientos, lejos de favorecer, esclavizan el pensamiento y paralizan toda actividad; cuando, en fin, se propone la creación de un estado social en que reine la ignorancia y el despotismo, entonces el sistema, por más que se le bautice con los nombres de *paternal* y *religioso*, es evidentemente absurdo.

Entre ambos sistemas la elección no debe ser dudosa al profesorado, cuya misión consiste en llevar la luz á todas las inteligencias y la fraternidad y el amor á todos los corazones.

Mas un sistema perfecto de educación no puede encontrarse en todas las edades de la historia ni en todos los países; pues la ciencia de educar, no obstante de ser una, varía en su grado de aplicación, y en este sentido es susceptible de progreso.

Cuando los pueblos se encuentran en la infancia de su civilización, predomina en ellos la sensibilidad y se da una gran importancia á la fuerza material y á todo lo que tienda á halagar los sentidos: la juventud se educa en tal caso para el trabajo corporal, para proporcionarse los medios más

indispensables de subsistencia; es el principio de la obra del perfeccionamiento humano; es la educación de los pueblos salvajes.

Cuando la sociedad llega á adquirir cierto grado de cultura, la fuerza cede su puesto á la razón, y la educación se hace entonces más humana, pues que ha de satisfacer necesidades propias de los seres racionales. Podrá suceder que impere el elemento teocrático, el aristocrático ó el democrático, y así la educación estará inspirada por unas ú otras ideas.

Si el poder reside en manos de los sacerdotes, la educación será esencialmente religiosa; si es la aristocracia la que gobierna, la educación tiende á formar hombres esclavos; y si la democracia, la educación será racional y expansiva con tendencia á la igualdad. Ejemplos mil nos ofrece la historia de la realidad de este aserto.

La autoridad paterna ha sido el primer factor en la educación de los pueblos. Los padres han cuidado en todos tiempos de sus hijos, obedeciendo á una de las leyes más imperiosas establecidas por Dios en el corazón de los hombres: la ley de amor y de conservación. Nadie puede disputar á los padres el derecho de educar á sus pequeñuelos. Este derecho fué reconocido entre los antiguos hasta la exageración, pues los padres disponían de la vida ó muerte de los hijos, como la de un objeto cualquiera de su pertenencia: error de funestísimas consecuencias, porque nadie más que Dios tiene derecho sobre la vida de un sér racional. Los padres tienen el deber de educar á sus hijos; son depósitos que la Providencia les confía para que los cuiden y los dirijan hasta que estén en disposición de bastarse á sí mismos.

Después de la autoridad paterna aparece la del Estado, como órgano destinado á la realización del derecho, á asegurar la libertad individual y el orden social. De la reunión de familias se forman los pueblos, y de la reunión de los pueblos se forman las naciones, las cuales dan origen, como

hemos dicho, á la autoridad que llamamos Estado. Desde este momento el Estado no puede mostrarse indiferente respecto á la educación é instrucción de la juventud, en la cual se cifran las esperanzas y el porvenir de la patria.

Por eso la educación moral de los pueblos antiguos estaba basada en el amor á sus dioses, en el respeto más profundo á los padres y en el amor á la patria. Mas la constitución de las nacionalidades despertó una ambición sin límites entre los hombres, y dominados por ella se dió principio á un estado permanente de guerra, en el que las más débiles eran absorbidas por las más fuertes.

Los tiempos antiguos eran, pues, de incesante lucha, y la educación había de atender á esta cruenta necesidad, preparando á los jóvenes en el manejo de las armas y en la resistencia á todo género de trabajos. De aquí el establecimiento de gimnasios, de justas y torneos y otros centros destinados por los antiguos para el desarrollo de las fuerzas y órganos del cuerpo.

Tal es el carácter predominante de la educación de nuestros antepasados, sobre todo en los grandes pueblos de la antigüedad, así en la Persia como en la China, en la India como en Egipto, y en Grecia como en Roma. La diferencia consistirá en el menor culto á una ú otra idea de las fundamentales que hemos indicado.

En los tiempos actuales, los sistemas de educación pueden reducirse á dos: uno que se funda en la Naturaleza y el otro que reconoce por base la existencia de Dios y la inmortalidad del espíritu. En el primero de estos sistemas la Naturaleza es el principio, medio y fin, donde la personalidad humana desaparece con la muerte, como una gota de agua en la inmensidad del Océano. Sus partidarios, incurriendo en contradicción pasmosa, proclaman la libertad, igualdad y fraternidad entre los hombres; afirman que todos somos hermanos como hijos de una madre común y que todos tenemos derecho á participar de los bienes que la Naturaleza nos proporciona. Pero tan santos principios no

pueden arraigar dentro de la escuela materialista; porque, al considerar que la vida no dura más que el corto plazo en que permanecemos sobre la tierra, el egoísmo más feroz se apodera de todos los corazones y se despierta una loca afición á los placeres materiales. Una filosofía que conduce á la nada, cuya solución final es el aniquilamiento del sér pensante, no merece el nombre de filosofía: su moral carece de base, porque las acciones humanas quedan sin sanción; en cambio, los más atroces crímenes tienen su premio en la eterna noche de la muerte. El hombre de bien vive triste, porque la idea de la muerte le aterra; mientras que el criminal vive alegre y satisfecho, porque para él la idea de la muerte es una dulce esperanza. Fuerza es confesar, por lo tanto, que la escuela materialista es una plaga social de las más terribles; sus creencias conducen evidentemente á la corrupción del género humano, al triunfo del crimen sobre la virtud. El Profesorado debe con todas sus fuerzas combatir esta escuela.

En el segundo de los sistemas citados se afirma que la Naturaleza es obra de Dios y que de ella se sirve el humano espíritu para perfeccionarse sin que nunca jamás se destruya su personalidad. La sensibilidad, inteligencia y voluntad son atributos permanentes del sér espiritual y no de la materia, sujeta á descomposición desde el momento que toma la forma de una existencia cualquiera. El cuerpo es una máquina admirablemente organizada de la cual necesita el espíritu para comunicarse con sus semejantes durante su permanencia en esta tierra; pero descompuesta esa máquina, el alma queda con sus atributos esenciales, sujeta á la ley de justicia, responsable de sus actos, siempre libre, inteligente y sensible. La felicidad del sér espiritual es compañera inseparable de la virtud, mientras que el dolor ó sufrimiento es una consecuencia natural de la infracción de la ley eterna, impresa en todos los corazones. El grado de felicidad está en razón directa del adelanto de cada uno, porque el progreso es indefinido, así como el sufrimiento

será también proporcional á los males realizados. Existen, pues, premios y castigos en la otra vida en cumplimiento de la ley de justicia, y por eso el hombre es inteligente y libre. El amor y la caridad constituyen un deber en virtud del principio de igualdad que liga á todos los hombres como hermanos. El que se educa según estos santos principios está en camino de perfeccionarse, y podrá ser obrero incansable en la grande obra de la civilización. Luego todo sistema de educación debe basarse en la existencia de Dios y en la naturaleza inteligente, libre é inmortal del alma humana.

El mejor sistema de educación será aquel que más cumplidamente se adapte á la naturaleza del hombre en general y satisfaga las necesidades de la sociedad, las cuales, como es sabido, están en relación con su grado de cultura. Para conseguirlo es preciso que la educación, inspirándose en la idea de Dios y en la vida inmortal del espíritu, atienda al desenvolvimiento harmónico de todas las facultades humanas, y que este desarrollo corresponda á los adelantos de la época.

Finalmente diremos, que el mejor sistema será aquel que más hábilmente cultive el corazón humano á fin de que la sociedad sea algún día, como decía Jesucristo, una reunión de hermanos.

---

## LECCIÓN V

Pedagogos que fundan en la Naturaleza su sistema de educación: *Juan Jacobo Rousseau* y *Herbert Spencer*.—Por qué fué tan combatido el primero.—El estado salvaje no podía ser, como se ha dicho, su ideal de educación.—Rousseau, prescindiendo de sus opiniones políticas y religiosas, abre el verdadero camino de la investigación pedagógica.—Agentes de educación según este pedagogo.—Plan desarrollado en su tratado de Educación.—Qué opina respecto á la educación de la mujer.—Sentido pedagógico de Rousseau.—Sistema de educación según Spencer; extremos que abraza.—Procedimientos de educación y enseñanza según este autor.

Entre los pedagogos que fundan en la Naturaleza su sistema de educación, citaremos á *Juan Jacobo Rousseau*, uno de los filósofos más renombrados del siglo XVIII, y á *Herbert Spencer*, que no lo es menos en nuestros días. (1)

Rousseau publicó un tratado de Educación con el título de *Emilio*, que, por sus ideas originalísimas, por hallarse inspirado en el principio de una libertad absoluta y sobre todo porque la obra era una viva protesta contra el régimen político y social de aquellos tiempos, produjo una gran tempestad contra su autor.

La verdadera causa de la persecución de que fué objeto el célebre filósofo, la encontramos en haberse declarado librepensador, en haber puesto su inteligencia y actividad al servicio de las clases desheredadas y en haber clamado con todas sus fuerzas contra la organización social de aquella época, organización evidentemente contraria á la moral cristiana y á los principios más elementales de libertad y justicia.

Sin duda con mucha ligereza se ha dicho que el estado salvaje era el ideal de educación concebido por Rousseau; pero si así fuera, no habría escrito un libro tan interesante con el propósito de mejorar la condición social del género

---

(1) Rousseau no era ateo, pero en su tratado de educación prescinde de la idea de Dios.

humano, libro que todavía es consultado por cuantos se dedican al arte de educar é instruir. Para vivir en estado salvaje no hay necesidad de escribir tratados de educación dando saludables consejos para el cultivo de las facultades humanas.

Y ¿no es acaso preferible el estado salvaje á vivir bajo el látigo de un verdugo? ¿Será más feliz que el salvaje el que vive en sociedad despreciado por sus semejantes, perseguido como una fiera y mártirizado con el hierro y el fuego? En una palabra, ¿no es mil veces más halagüeño el estado salvaje que no el de la esclavitud? Para combatir los defectos de una sociedad cruel y corrompida, cualquiera hipérbole está en su lugar y es perfectamente admisible.

Prescindiendo de las opiniones políticas y religiosas de Rousseau, puede desde luego asegurarse que con la publicación de su obra inició una nueva era en la historia de la Pedagogía, abriendo el verdadero camino de la investigación en esta materia, que no es otro sino aquel que conduce á estudiar el niño como sér racional y miembro de la futura sociedad. Y en efecto, el plan de educación concebido por Rousseau tiende á educar al niño según su naturaleza, sus necesidades y leyes que presiden á su desarrollo en las diferentes fases de la vida. Los pedagogos posteriores á él no han hecho otra cosa que continuar y perfeccionar la obra por él comenzada.

«La educación, decía este filósofo, es obra de la naturaleza, de los hombres ó de las cosas. El desarrollo interno de nuestras facultades y de nuestros órganos es la educación de la naturaleza; el uso que se nos enseña á hacer de este desarrollo, es la educación de los hombres, y la experiencia que adquirimos respecto de los objetos que nos impresionan, es la educación de las cosas. Cada uno de nosotros recibe lecciones de estos tres Maestros. Si estas lecciones son entre sí contradictorias, el discípulo resultará mal educado, y su educación sólo puede ser buena cuando los tres maestros aspiran á un mismo fin y proceden en perfecta armonía. El

acuerdo entre estos tres agentes de la educación es poco menos que imposible, y todo cuanto se puede conseguir en fuerza de cuidados es acercarse más ó menos al fin.»

Rousseau establece reglas para educar á los niños desde que nacen hasta que están en disposición de dirigirse por sí mismos, procurando que estas reglas se ajusten á las indicaciones de la naturaleza; y para proceder con método divide su obra en tantos libros ó capítulos, como fases presenta el desarrollo del sér humano desde su nacimiento hasta la edad de veinte años. Primera fase, los dos primeros años; 2.<sup>a</sup> de dos á doce años; 3.<sup>a</sup> de doce á quince; 4.<sup>a</sup> de quince á veinte. En cada uno de estos periodos siente el niño nuevos deseos, de que nacen las inclinaciones y otras tantas necesidades que satisfacer, y por eso el autor prepara ejercicios adecuados al desarrollo del educando.

En el libro quinto trata de la educación de la mujer y da consejos muy aceptables aún en los tiempos presentes. La mujer, según este filósofo, ha nacido para el gobierno de la familia, para la crianza y educación de los hijos y para hacerse agradable á su marido por su bondad y dulzura. Y para que pueda cumplir una misión tan delicada y sublime, hay que prepararla desde la niñez, á cuyo fin explica los medios más convenientes.

Refiriéndose al periodo de la lactancia de los niños, dice que la madre debe criar á su hijo, según ley de la Naturaleza, y como dominado por una mezcla de entusiasmo é indignación exclama: «Los que no pueden llenar los deberes de padre, no tienen derecho á serlo. La sociedad está corrompida; y las mujeres no quieren educar á sus hijos.» Estas palabras son la expresión de una alma generosa, que se horroriza al considerar que hay madres que entregan los hijos en brazos de otra mujer. ¿Por qué, pues, ese afán de presentar á Rousseau como enemigo de la sociedad?

El sentido pedagógico de este hombre célebre se deja ver cuando dice que al principio, el niño no se ocupa más que de lo que hiere sus sentidos, y por lo mismo debe apro-

vechase esta disposición natural dejándole examinar y palpar los objetos; de este modo adquiere los primeros materiales de sus conocimientos. Da reglas muy acertadas para conseguir que los niños sean sufridos, laboriosos, amantes de la verdad, pundonorosos y honrados. Al lado del libro de la Naturaleza, Rousseau abre á su discípulo el de las artes y oficios, y al efecto posee un taller con herramientas. Maestro y discípulo recorren varios talleres, y éste se inicia en diferentes oficios ó profesiones, manejando los instrumentos y ejecutando algunas obras de arte. Los trabajos manuales que hoy se practican en las escuelas de Alemania y de otros países adelantados, no son otra cosa que la realización del pensamiento de Rousseau.

En materia de religión era simplemente deísta, y no admitía otras fuentes de conocimientos que la Naturaleza y la razón. Por eso no es de extrañar que su filosofía fuese combatida hasta por los partidarios de la Reforma.

Veamos ahora el plan de educación que propone Herbert Spencer, filósofo inglés y jefe de la escuela positivista contemporánea (1).

El fin de la educación, según este filósofo, es prepararnos á vivir con vida completa. «De consiguiente, el único criterio racional, dice, para juzgar de cuál es el mejor sistema de educación, es el saber en qué grado se aproxima cada uno al fin perseguido.»

Para proceder con acierto examina las principales direcciones ó manifestaciones de la actividad humana, y halla las siguientes: 1.º actividad que concurre directamente á la conservación del individuo: 2.º actividad que proveyendo á las necesidades de la existencia contribuye indirectamente á la conservación: 3.º actividad empleada en educar y disciplinar la familia: 4.º actividad que asegura el mantenimiento del orden social y de las relaciones políticas: 5.º actividad

---

(1) Escuela positivista es la que no admite otras verdades que las que caen bajo la jurisdicción de nuestros sentidos y que pueden ser comprobadas por la experiencia ó demostradas por la razón. No afirma ni niega á Dios ni el humano espíritu; pero inclínase más bien al materialismo.

de varias clases empleada en llenar los momentos de ocio de la existencia, es decir, de los gustos y de los sentimientos.

De aquí infiere Spencer que la educación abraza los siguientes extremos: educación que prepara para la conservación directa del individuo; educación que prepara para su conservación indirecta; educación que enseña la vida de la familia; educación que forma el ciudadano; y por último, educación por medio de la cual se cultivan las artes, verdadero refinamiento de la vida.

«Naturalmente, dice Spencer, el ideal de la educación consistiría en obtener la preparación completa para la posesión de todas estas actividades; pero no consintiendo el estado de nuestra sociedad la realización de este ideal, debemos contentarnos con mantener una justa proporción entre los diferentes grados de preparación para cada una de ellas.

En general, el objeto de la educación debe ser el adquirir en la mayor medida posible los conocimientos que ayuden más eficazmente á desenvolver la vida individual y social bajo todos sus aspectos, limitándose á desflorar aquellos que concurren con menos eficacia á este desenvolvimiento.

El educador debe saber que hay conocimientos que tienen valor intrínseco; otros de valor casi intrínseco, y otros cuyo valor es puramente convencional.

Los conocimientos que tienen por objeto la conservación de la salud, tienen un valor intrínseco, porque son indispensables á nuestra existencia, y por lo tanto los primeros que deben suministrarse á los niños.» Spencer se lamenta con mucha razón de la ignorancia que reina sobre este punto; dice que la gente del campo está más enterada del arte de criar los animales domésticos que no de criar los hijos; la falta de conocimientos de higiene y el poco cuidado de las madres son la causa de la gran mortalidad que existe entre los niños de todos los países del globo.

Los procedimientos de educación y enseñanza están indicados, según observa Spencer, por la misma Naturaleza, siendo esta un guía infalible para el educador. La forma

intuitiva es la que debe prevalecer en la enseñanza, y jamás deben trasmitirse á los niños conocimientos que no puedan apropiarse. Conviene desarrollar el espíritu de observación, y para esto nada más acertado que estudiar en el gran libro de la Naturaleza. En su tratado de *Educación* desenvuelve magistralmente su pensamiento, y sostiene con interés la atención del lector desde la primera á la última página.

## LECCIÓN VI

Pedagogos que fundan el sistema de educación en la Naturaleza, en la existencia de Dios é inmortalidad del alma.—Sentido pedagógico del sabio y virtuoso *Fenelón*—Cuándo debe comenzar la educación según este autor y cómo se procederá cuando el niño llega á cierta edad.—Qué opina respecto á la educación de la mujer.—*Comenio*, y cómo divide la obra de la educación é instrucción.—Programa de las escuelas primarias.—*Pestalozzi*, su vocación por la enseñanza, fin á que se dirigian sus nobles afanes.—Principios formulados por Pestalozzi.—Principales materias de la enseñanza elemental.

Entre los muchos pedagogos que fundan el sistema de educación en la Naturaleza, en la existencia de Dios é inmortalidad del alma, citaremos al sabio y virtuoso *Fenelón*, á *Comenio* y á *Pestalozzi*.

Fenelón, uno de los más ilustres escritores franceses en el siglo xvii, puede contarse á la vez en el número de los pedagogos más distinguidos, ya por razón de sus obras, ya por las importantes funciones que desempeñó como educador; y entre los sacerdotes católicos que se han ocupado de educación, ninguno en su época se aproximó quizá como él á los principios racionales en que está fundada la pedagogía moderna. Su nombre será inmortal por ser autor del *Telémaco*, una de las obras más generalizadas en toda Europa como modelo de elocuencia y de ingenio. Escribió un tratado de educación, en el cual manifiesta su recto y elevado criterio sobre la materia.

«La educación de los niños, dice, debe comenzar desde muy temprano, porque en la primera edad las impresiones

se hacen más profundas. No sólo se puede dirigir desde los primeros años la atención de la niñez, sino también inspirarle amor á lo bueno y aversión á lo malo. Se debe fortificar la salud por un régimen sencillo y bien estudiado, evitando enseñanzas prematuras y cuanto pueda servir de incentivo á las pasiones. Aunque no sea excelente el natural de un niño, basta que tenga regulares disposiciones para hacerlo dócil, sufrido, alegre y tranquilo; pero si se descuida la primera edad, el cuerpo y el alma se subordinan al mal.

Cuando los niños llegan á cierta edad conviene que todo lo que se les diga sirva para infundirles amor á la verdad; y en cuanto á la instrucción, hay que seguir paso á paso el desarrollo natural. Puesto que el niño experimenta la necesidad de observar, debemos procurarle ocasiones para que ejercite la observación, responder á sus preguntas y satisfacer sus dudas. Por este medio se enriquece su inteligencia con un gran caudal de conocimientos sin las fatigas del estudio.» De modo que Fenelón recomienda con estas palabras la enseñanza intuitiva, que es la fórmula recomendada hoy por todos los pedagogos.

Los niños son muy aficionados á historietas ó anécdotas, y por eso hay que aprovechar esta disposición natural para enriquecer su inteligencia y formar el corazón. «Las mejores historietas, dice Fenelón, son las que ofrece la Biblia, porque, aparte del interés que excitan, sirven de base á la Religión. Aunque las historias bíblicas prolonguen al parecer la instrucción más de lo que conviene, en realidad la hacen más breve evitando la aridez de los catecismos, que están despojados de hechos; pero no por esto se debe intentar que los niños retengan estas historias, ni hacer de ellas lecciones formales, bastando que por su medio, á la vez que se deleita á los niños, se despierten sus sentimientos religiosos.»

Quiere el virtuoso Fenelón que la enseñanza religiosa, aunque sea histórica, comience por la distinción entre el

cuerpo y el alma, y por el conocimiento de un Dios todopoderoso, criador y conservador del Universo. De la superioridad del alma sobre el cuerpo se infiere la necesidad de adornarla con conocimientos y virtudes. Los niños deben comprender el destino del alma en la otra vida y la necesidad de la religión para llegar á la posesión de este destino.

Respecto á la educación de las niñas, dice Fenelón, que el gobierno de una casa y la educación de los propios hijos son los principales deberes que incumben á las mujeres, y para poderlos cumplir acertadamente, necesitan muchos conocimientos, experiencia y sabiduría. Así pues, Fenelón, no obstante de las preocupaciones de su época, opinaba respecto á la educación de la mujer de la misma manera que los pedagogos modernos.

Comenio figuró también en el siglo xvii, fué sacerdote protestante, escritor incansable y amante de la educación popular; publicó una obra con el nombre de *Urbis pictus* (el Mundo en figuras), que tuvo general aceptación y en la cual realiza su pensamiento pedagógico.

Divide la obra de la educación é instrucción en cuatro grados: escuela materna, escuela popular, el gimnasio y la universidad.

Los niños deben permanecer en la escuela materna hasta la edad de seis años; en la escuela popular hasta la de doce; en el gimnasio, hasta la de diez y ocho, y en la Universidad hasta la de veinticuatro.

En la escuela materna (equivalente á nuestras escuelas de párvulos) se deben ejercitar sobre todo los sentidos de los niños, la percepción, á fin de que adquieran nociones claras de los objetos y el fundamento de todos los conocimientos necesarios para vivir en sociedad, en la escuela popular se cultivará el sentido interior, la imaginación y la memoria, debiendo enseñarles á reproducir sus pensamientos y sentimientos con la ayuda de la mano, de la palabra, de la escritura, del dibujo y del canto; en el gimnasio se seguirá

adelante en el conocimiento de las cosas por medio del juicio y de la inteligencia, y la Universidad debe formar la voluntad y en ella deben cultivarse todas las ciencias.

El programa de las escuelas primarias, según Comenio, debía ser: lectura, escritura, cálculo usual, la medida, el canto, el catecismo, los cánticos religiosos, el conocimiento de la Biblia y algunas nociones de Cosmografía y de tecnología. Todos estos conocimientos, dice, no son necesarios solamente á los estudiantes, sino á todas las clases de la sociedad.

En dicho plan Comenio aspira al desarrollo natural de las facultades humanas á fin de que el hombre llegue á alcanzar el mayor grado de perfección. Por lo tanto, debe considerársele en el número de los principales pedagogos del siglo xvii.

Enrique Pestalozzi, suizo, figuró á fines del siglo xviii y á principios del xix. Dotado de una imaginación viva y de un corazón generoso, concibió la idea de remediar los males de la sociedad por medio de la educación, y animado de un profundo amor á la humanidad y especialmente á la clase pobre, despertóse en él una verdadera vocación por la enseñanza. «La ignorancia del pueblo, decía, es indudablemente el origen de todas las miserias. He hallado mi verdadera vocación; *yo quiero ser maestro.*» El estudio que había hecho del *Emilio*, de Rousseau, acabó de afirmarle en su determinación, y fundó un establecimiento de enseñanza.

Pestalozzi quería ser en la escuela como un padre en medio de sus hijos; despertar y desarrollar sus facultades; habituarlos al orden y á la actividad y formar hombres inteligentes, buenos y piadosos. «Por este medio, exclamaba, yo mejoraré la suerte de las clases trabajadoras.» Excelente pensamiento que el Profesorado debe esforzarse en realizar en cumplimiento de su sagrada misión.

Este grande hombre, para resolver el problema pedagógico, hizo un estudio profundo de la naturaleza del niño, las

leyes de su desarrollo y la manera de armonizar con ellas los procedimientos. Como resultado de este estudio sentó los principios fundamentales en que debe basarse la educación, por lo que Pestalozzi merece gratitud eterna y ser considerado como padre ó fundador de la Pedagogía contemporánea.

He aquí algunos de estos principios:

El desarrollo de las facultades del hombre se realiza de una manera insensible y progresiva, y en virtud de una fuerza propia y de una necesidad de actividad que radica en las mismas facultades. El educador debe, por tanto, seguir una marcha lenta y progresiva para desarrollar las diversas facultades, sin comprimirlas, sin traspasar los límites de cada una y dejándolas una libertad conveniente.

El ejercicio es el medio de que se sirve la naturaleza para fortificar y desarrollar nuestras facultades. La misión del educador consiste, por consecuencia, en hallar para cada una los ejercicios más adecuados á su desarrollo.

Puesto que nuestros conocimientos nacen del ejercicio de nuestras facultades sobre los objetos que nos rodean, compréndese que *la observación, cuyo resultado es una intuición de las cosas, es la fuente de todos nuestros conocimientos*. El educador que quiera acomodarse á las leyes de la naturaleza, deberá, pues, comenzar la enseñanza de todas las materias por medios intuitivos, y continuados hasta que la inteligencia sea bastante robusta para elevarse sin esfuerzo á las nociones abstractas que resultan de la esencia misma de los conocimientos adquiridos.

Cuando se nos presentan objetos, nuestra atención se fija principalmente sobre el *número* de los mismos, la *forma* que afectan y el *nombre* con que se designan. De aquí infería Pestalozzi que el estudio del número, de la forma y de la lengua, constituyen los tres ramos fundamentales de la enseñanza elemental.

El estudio del número nos conduce á la *aritmética*; el estudio de la forma conduce por un lado al arte de medir, á

la *geometría*, y por otro al *dibujo* y á la *escritura*, que no es más que una aplicación particular del dibujo; y el estudio de la lengua se divide en tres partes: la *pronunciación*, que se ocupa de la cultura de los órganos de la voz, y á la cual puede agregarse el *canto*, el *vocabulario* ó el conocimiento de las palabras principales usadas en la enseñanza, y la *lengua propiamente dicha*, que enseña á expresar los pensamientos.

Terminaremos, pues, este trabajo manifestando que Pestalozzi sembró en el campo pedagógico ideas nuevas y fecundas, sustituyendo la cultura superficial y mecánica del siglo décimo octavo con una educación en armonía con las necesidades y las leyes de la naturaleza humana.

## LECCIÓN VII

Ventajas y desventajas de la educación pública.—Pedagogos y estadistas estudiando el problema de la educación.—La escuela es un verdadero aprendizaje de la vida.—Tendencia de los niños á asociarse entre sí.—Necesidad de que los lazos de fraternidad se desenvuelvan desde la más tierna infancia.—Preferencia de la educación pública; sus ventajas y desventajas.—Por qué ciertas familias prefieren la educación doméstica.—Necesidad de que las escuelas no tengan más que un número limitado de niños.

Si la educación ha de ser pública ó doméstica han debido largamente los pedagogos y estadistas: los primeros, con la idea de dar á la humanidad una verdadera fórmula que la conduzca al cumplimiento de su destino; y los segundos, porque han visto en la educación el principal elemento de gobierno y el medio más eficaz para que sus planes se arraiguen en el corazón de los pueblos. Para formar juicio exacto sobre cuestión tan delicada, es necesario que se conozcan las ventajas de uno y otro sistema.

La escuela es una sociedad en pequeño en medio de la cual el niño conoce á sus iguales y se acostumbra á tratarlos como hermanos, habituándose á la práctica de los deberes

más importantes. La escuela, por lo tanto, es un verdadero aprendizaje de la vida.

En materia de educación hay que respetar las indicaciones de la naturaleza, pues son guías infalibles. Una de ellas consiste en que los niños se ven impulsados á asociarse entre sí, tanto para entregarse juntos á los juegos propios de la edad infantil, como para comunicarse las impresiones recibidas. Nada tan encantador como una asamblea de niños, donde se discuten problemas interesantes de la mecánica y se describen hechos importantísimos de la vida. En esas reuniones infantiles suelen observarse las reglas más elementales que rigen en nuestros cuerpos colegisladores. A veces habla un niño con la mayor vehemencia contando alguna de sus travesuras, mientras que los demás escuchan con deleitosa y profunda atención siguiendo el hilo de su discurso, sin que se escape ni el más insignificante detalle; hay allí quien aplaude y quien censura, y no se permite interrumpir vanamente al pequeño orador. Si alguien trata de impedir la marcha ordenada de la improvisada asamblea, se le expulsa y hasta se le castiga con rigor. Terminado el discurso, que puede ser más ó menos prolongado según las circunstancias, hay quien pide la palabra en pro ó en contra, y finalmente hay sus apretones de manos y sus abrazos. Ni el retórico más consumado fuera capaz de establecer reglas tan exactas de oratoria, ni el presidente más hábil y experimentado dirigir con más acierto una sesión.

El niño no goza cuando se le obliga á pasar las horas del día en compañía de los adultos. La Providencia ha establecido leyes por las cuales se desarrolla la naturaleza humana, debiendo, por lo tanto, acatarlas y cumplirlas.

Hemos nacido para vivir en sociedad, y es preciso que los lazos de fraternidad se desenvuelvan desde la más tierna infancia. Los niños constituyen la generación del porvenir, y hay que prepararlos convenientemente para que puedan en su día reemplazar á la generación presente y continuar y perfeccionar la civilización, que es obra de los siglos. De

aquí la necesidad de que los niños se eduquen y se instruyan en común.

En la escuela se establecen corrientes de simpatías entre los niños, dejando en sus corazones huellas tan profundas que no se borran jamás. Esta sola consideración bastaría para que sin vacilar se diese la preferencia á la educación pública, si no hubiese otras que aun la encarecen más y la aquilatan.

En la escuela aprende el niño á apreciar el verdadero mérito por la comparación de los hechos realizados por él y sus compañeros, se acostumbra á ser justo, tolerante y compasivo, que son las tres grandes virtudes que más tarde le han de llevar á la realización de las acciones que más ennoblecen al hombre.

En la escuela se despiertan el amor propio, la dignidad y emulación, sentimientos que nos impulsan al estudio, á la aplicación y al trabajo, fuente de innumerables virtudes.

En la escuela, en fin, se ponen en actividad todas las fuerzas del niño, así físicas como morales é intelectuales; razón por la cual la educación pública es la que debe prevalecer, y así podrá esperarse que los pueblos se corrijan de los vicios que les dominan y marchen por la senda del progreso.

Mirada la cuestión bajo el punto de vista económico, bastará que digamos que un solo maestro puede educar é instruir á considerable número de niños.

DESVENTAJAS.—A pesar de las grandes ventajas que rápidamente acabamos de apuntar, no deja de tener la educación pública algunos inconvenientes.

Debido á la ignorancia de los padres, á su abandono ó á su maldad, concurren á las escuelas niños de corazón corrompido, que, como más atrevidos, ejercen cierto dominio sobre los demás y son causa de que éstos pierdan su candor é inocencia. De aquí la repugnancia de las familias medianamente educadas é instruídas en mandar á sus hijos á las escuelas públicas. Sin embargo, los maestros celosos

en el cumplimiento de su deber tienen medios para dominar á los niños viciados, reduciéndolos á la impotencia y evitar que el mal ejemplo se propague.

Otro de los inconvenientes consiste en que la desigualdad de aptitudes entre los niños reclama diversidad de procedimientos de educación y enseñanza para cada uno, lo cual no es posible, pues que una misma lección ha de servir para varios; si bien este escollo se salva en parte haciendo que entre ellos haya la mayor igualdad así en talento como en edad, instrucción y demás cualidades. Pero, por cuidado que se tenga, siempre se encuentran en una sección niños rezagados que hacen perder un tiempo precioso á los aplicados.

Existen en los pueblos no pocas familias á quienes no satisface el programa de las escuelas públicas ni las condiciones personales del profesor, y éste es otro de los grandes inconvenientes de la educación organizada por los gobiernos y que hace que sus escuelas no estén tan concurridas como fuera de desear.

Es necesario, pues, que semejantes lunares desaparezcan para que la educación pública, como obra nacional, no infunda recelos á nadie, sino que sea bendecida y amparada por todo el mundo.

«Nada hay, dice un eminente pedagogo de nuestros días, mejor que la enseñanza inmediata y directa del maestro; pero para prescribirla es de todo punto indispensable dotar á cada escuela del número de maestros necesarios, ó bien que en cada escuela no se admitan más que cuarenta alumnos.

Se calculan las fuerzas de un trabajador, se le señala una tarea razonable, que pueda cumplirla según los cálculos hechos, y se prescinde por completo de las fuerzas del maestro cuando se le encomienda una escuela, como si su poder fuera ilimitado.

Día llegará en que se dé á cada maestro un número de niños y no más, en que cuando excedan éstos del número prefijado se dote á la escuela con uno ó más auxiliares ó con

otros maestros, y en que cuando esto no baste se funden otras escuelas. Mientras tanto, y esto va largo, será una necesidad organizarlas según las fuerzas del maestro.»

Esto es deficiencia de la ley y no de la educación pública; pero nos ha parecido conveniente recordarlo para que se vea que aun nos falta mucho que andar si queremos colocarnos al nivel de otras naciones que forman la vanguardia de la moderna civilización.

## LECCIÓN VIII

Ventajas y desventajas de la educación doméstica.—Locke, ardiente partidario de la educación doméstica.—Ventajas de la educación doméstica.—Consérvase el candor de la inocencia al calor de una madre cariñosa.—Los padres tienen la libertad de escoger al profesor que más les convenga.—El niño puede hacer rápidos progresos.—Desventajas de la educación doméstica.—El niño se vé contrariado en sus inclinaciones naturales.—No siente amor hacia sus semejantes.—Falsedad de todo sistema de educación fundado en el aislamiento.—El aislamiento favorece el desarrollo de la vanidad y el orgullo.

El pedagogo y filósofo inglés Locke, siglo xvii, fué ardiente partidario de la educación doméstica. «La educación, decía, debe ser doméstica y no pública. La escuela, donde todo se hace á toque de campana, ejerce una influencia perniciosa en el carácter de los niños.»

En aquellos tiempos apenas se conocía otra educación que la de los nobles; las demás clases de la sociedad se hallaban sujetas á la servidumbre más espantosa, al látigo de los señores feudales. El filósofo Locke, no obstante de ser tan profundo pensador, escribía tan sólo en beneficio de las clases elevadas de la sociedad; pero hay que tener presente que ni cada uno puede tener á su disposición un maestro, ni todos son capaces de dar la enseñanza que se recibe en una escuela ó colegio. Por otra parte, si la escuela está bien dirigida, los niños se hallan constantemente vigilados, pasan el tiempo agradablemente y hacen el aprendizaje de la vida.

Las lecciones en horas fijas que Locke condena, como si

no tuviera en cuenta las disposiciones del alumno, son propias para disciplinar al niño y para someter su actividad á una voluntad superior á la suya. Así se observa que cuando los niños han asistido durante algunos años á las clases de una escuela, poseen el hábito de la ocupación diaria, amor al trabajo, y cumplen sus deberes de una manera exacta y regular.

Veamos, pues, en qué consisten las ventajas de la educación doméstica. Educando el niño al calor del regazo materno, conserva el candor de la inocencia y se cría amable y cariñoso para con sus padres, dócil y obediente, cualidades que tienen un valor inmenso; mas para esto es necesario que en el hogar doméstico reine la armonía más completa sostenida por el sentimiento del amor y la práctica de la virtud: no siendo así, el niño se contamina en seguida del mal ejemplo. Una madre cariñosa é inteligente obra milagros en el corazón de los hijos, porque sabe dominarlos y dirigirlos por la senda que ella misma se ha trazado: ésta es la principal ventaja de la educación doméstica.

Si los padres no están en condiciones de dedicarse á la educación é instrucción de sus hijos, tienen la libertad de escoger el profesor que más les convenga, habida consideración de que la familia posea recursos suficientes y haya posibilidad de encontrar una persona idónea para tan penoso como difícil cargo. En este caso, libre el niño en la casa paterna de toda distracción, puede, si tiene amor al estudio, aprovechar el tiempo, desplegar su actividad y alcanzar notables resultados.

El maestro hace un estudio profundo de las aptitudes, carácter é inclinaciones del educando, y adopta los métodos y procedimientos más adecuados para darle una buena educación é instrucción.

Excitada la atención del niño es fácil sostenerla, y así se recogen abundantes frutos en poco tiempo: el discípulo se apodera de las ideas del maestro y hace rápidos progresos. En fin, maestro y padres del niño, identificados en un mismo

pensamiento, se ayudan mutuamente y se afanan para que la obra que llevan entre manos salga lo más perfecta posible.

Tales son las ventajas de la educación doméstica. Veamos ahora sus desventajas.

La principal consiste en que el niño se ve contrariado en sus inclinaciones naturales, las cuales le impulsan constantemente á relacionarse con sus iguales, obedeciendo á la ley de sociabilidad que el Supremo Hacedor ha impreso en el corazón humano.

De esa falta de expansión se resiente el niño toda su vida, como se resiente una planta cuando no ha recibido en el primer periodo de su existencia la lluvia bienhechora que desarrolla su tierno organismo. Críase en su país natal como un desconocido; no siente amor hacia sus semejantes, y hasta le parece imposible que tan sublime virtud se anide en el corazón de los hombres. Es muy natural que así suceda, porque el sentimiento del amor no puede desenvolverse fuera de la sociedad, como una semilla tampoco se desarrolla fuera del terreno que le presta el jugo.

Según la feliz expresión del Divino Maestro, la sociedad ha de ser una reunión de hermanos, es decir, una reunión de hombres que se amen de corazón, con todo su entendimiento y con toda su voluntad. Pues bien, para que pueda realizarse tan bello ideal es necesario que el niño se prepare desde que comienza á andar, pues entonces ya manifiesta los más vehementes deseos de relacionarse con sus semejantes, que son los demás niños que ve pasar á su lado, para entregarse con ellos al juego y demás ocupaciones propias de la infancia. El no sabe que ha nacido para vivir en sociedad, y sin embargo, como movido por un resorte, se ve arrastrado con loca alegría á juntarse con sus compañeros, con sus iguales, para ejercitarse con ellos á la vida de relación y dar comienzo á la obra de progreso que está llamado á realizar. Contrariar tales impulsos es quebrantar las leyes de la Naturaleza, es un delito que podríamos llamar de lesa humanidad, puesto que se atenta contra la vida de un sér

racional. Por eso, es evidentemente falso todo sistema de educación fundado en el aislamiento.

El aislamiento ahoga los más nobles sentimientos del alma; en cambio favorece el desarrollo de la vanidad y el orgullo, del egoísmo y la ambición, pues el que vive solo se hace la ilusión de que se basta á sí mismo, y se le figura que es superior á los demás hombres. Tal es el principal defecto de la educación doméstica.

Bajo el punto de vista del desarrollo de la inteligencia, ofrece asimismo bastantes inconvenientes. El niño se aburre de la monotonía á que se le sujeta y por lo general llega á odiar los libros, y como no tiene el aliciente de la emulación, ha de entregarse á sus propios esfuerzos y pronto le cansa el estudio. El maestro comienza á disgustarse al ver que el discípulo trabaja de mala gana, redobla su actividad y concluye también por no hacer nada. La enseñanza en tal caso es fría, sin atractivo alguno y no produce los resultados que se esperaban.

Finalmente, bajo el punto de vista económico, la educación de que venimos hablando es muy cara y tan sólo pueden sostenerla las familias de elevada posición, que, como se sabe, son las menos. De modo que si no hubiese otra educación que la doméstica, las ciencias y las artes no podrían desarrollarse; la religión convertiríase en el fanatismo más atroz; la moral quedaría sin base, los pueblos en la mayor miseria y la sociedad en general presa de la más negra tiranía.





# PARTE SEGUNDA

---

## LECCIÓN IX

### EDUCACIÓN FÍSICA

Admirable organización del cuerpo humano.—Facultades físicas.—A qué responde tan complicado mecanismo y cómo se desarrolla la vida del cuerpo.—*Educación física* y su división.—Necesidad é importancia de esta educación.—Prueba concluyente.—Qué exige el progreso de la especie humana.—Influencia de esta educación en la seguridad é independencia de los pueblos.—Cuándo se da principio á esta educación.—Reglas generales de educación física aplicadas á los niños.—A qué se reduce esta educación en las escuelas.—Conducta que debe seguirse con los niños de organización imperfecta.—Principios á que está sujeta la educación física.

Dotado el hombre de cuerpo y alma tiene el sagrado deber de atender al desarrollo harmónico de ambas partes, pues que de este equilibrio resulta la perfección á que aspira. El cuerpo se halla admirablemente organizado, formando una verdadera máquina que se mueve á impulsos de sí misma y del agente espiritual que la acompaña; todos sus elementos funcionan con tanta regularidad, que las inteligencias más elevadas quedan absortas al contemplar la marcha ordenada de sus movimientos y la exactitud en los resultados, teniendo que reconocer, ante efectos tan sorprendentes, la existencia de un poder infinito y de una suprema sabiduría que todo lo ha previsto y calculado.

La gran variedad de funciones que los órganos ejecutan, supone en nuestro cuerpo la existencia de un vasto sistema de fuerzas sábiamente combinadas: estas fuerzas ó poderes de acción se llaman *facultades físicas*. Tienden unas á la

conservación del individuo y de la especie, otras á ponernos en relación con los demás seres de la Naturaleza, en particular con nuestros semejantes: las primeras dan origen á las funciones de nutrición y reproducción, y las segundas á las de relación.

La organización del cuerpo humano es sumamente complicada y responde á los elevados fines que el hombre ha de realizar en esta vida y está en armonía con las facultades del sér espiritual, las cuales se manifiestan al exterior mediante el ejercicio de los órganos de relación. Siendo, pues, el cuerpo instrumento del alma, necesita cuidados especiales de parte del educador.

La vida del cuerpo se desarrolla en virtud de leyes establecidas por el autor de la Naturaleza; crece y se desenvuelve bajo la acción de elementos diversos, favorables unos y perjudiciales otros. El aire, la luz, el calor, el clima, los alimentos, el vestido, el aseo, el ejercicio y el reposo, ejercen grandísima influencia en la salud, en la robustez y hasta en la belleza del cuerpo, constituyendo tales elementos los puntos culminantes de la educación referente á la vida corporal.

Defínese la *educación física* diciendo que es el conjunto de principios y reglas encaminadas á la conservación de la salud y al desarrollo de las fuerzas y órganos del cuerpo.

De esta definición se infiere que la educación física comprende dos partes: *higiénica* una y *gimnástica* la otra. La primera dá reglas para la conservación de la salud, y la segunda se ocupa en favorecer el desenvolvimiento de las fuerzas y órganos del cuerpo.

Algunos añaden otra parte que podríamos llamar *médica*, y tiene por objeto instruir al profesor en el arte de curar aquellas enfermedades ó accidentes más comunes y de carácter leve que ocurren entre los niños; y hay quien coloca en la educación física el desarrollo de los sentidos corporales, estudio que podría distinguirse con el nombre de *inner-vación*, supuesto que, con esta palabra se expresa en la *Fi-*

*siología* la acción ó influencia que el sistema nervioso ejerce en las funciones de todos los órganos.

La importancia de la educación física es muy grande. En efecto, el hombre debe prepararse desde la infancia para dedicarse con fruto á una profesión, arte ú oficio, como único medio que tiene de perfeccionarse y atender á sus necesidades; y sabido es que todo trabajo, sea del orden material ó espiritual, requiere salud y robustez. El débil ó enfermizo no puede resistir las fatigas inherentes á una ocupación seria y formal por medio de la que está obligado á ganarse la subsistencia; tiende, por el contrario, constantemente al reposo.

Además, siendo el cuerpo, como antes hemos indicado, una verdadera máquina, de la cual se sirve el espíritu para obrar sobre la materia y comunicarse con los seres que nos rodean, y sobre todo con nuestros semejantes, necesario es que se la conserve en el estado más perfecto á fin de que sea manejada fácilmente en las múltiples operaciones de la vida. Cualquiera desarreglo en esa admirable máquina hace sufrir al alma, hasta el punto de que muchas veces sus facultades quedan del todo perturbadas. Del mismo modo, la acción del espíritu influye sobre la salud del cuerpo, pues cuando aquélla es regular y ordenada sostiene la energía del organismo, mientras que cuando es excesiva se pierde la salud y se abrevia la existencia de la vida corporal.

Lo expuesto es más que suficiente para probar cuán necesaria é importante es la educación física; y si alguna duda pudiera caber sobre este punto, bastaría tener presente que en todos los momentos á través de los sentidos, llegan á nuestra alma impresiones del mundo exterior, que luego las elabora, por decirlo así, y las transforma en ideas ó conocimientos, leyendo y estudiando constantemente en el gran libro de la Naturaleza y elevándose en la escala de los seres racionales.

El progreso de la especie humana exige asimismo se cumplan los preceptos concernientes á la educación física,

pues es evidente, y la misma naturaleza nos lo patentiza, que de una generación robusta y vigorosa salen individuos perfectos y llenos de vida, mientras que de generaciones raquíticas y enfermizas no pueden esperarse sino vástagos endebles, anémicos é incapaces de desarrollarse y dedicarse al trabajo. De aquí que puede afirmarse que todo individuo es responsable no sólo de su salud y de su vida, sino también de la salud y vida de sus hijos, de la prosperidad ó desgracia de sus descendientes.

«La educación física tiene una relación muy directa, dice *Herbert Spencer*, con todo lo relativo á la seguridad é independencia de las naciones; pues mientras más fuertes y vigorosos sean los ciudadanos, mejor podrán defenderlas cuando la necesidad lo exija, y más fácil es encender la llama del entusiasmo patrio en organizaciones robustas y enérgicas, que en naturalezas débiles, entecas y apocadas. Así lo comprendieron los pueblos de la antigüedad, y de aquí la importancia tan grande que daban á la educación física de los jóvenes.»

La educación física es la primera que se da al niño, protegiendo su débil vida, suministrándole cuanto necesita para su alimentación, vigilándole constantemente para que no sea víctima de su inexperiencia, y apartándole, en fin, de todo lo que podría perjudicarle. Semejantes cuidados comienzan, como es sabido, en el seno de la familia desde los primeros momentos en que nace el nuevo sér, y continúan hasta que esté en disposición de dirigirse por sí mismo.

Todas las reglas de educación física aplicadas á los niños se reducen á suministrarles alimentación sana y abundante; á que vayan bien abrigados según lo exija la estación; á que respiren un aire bien oxigenado; á que tengan libertad de acción para entregarse con sus amiguitos, en las horas de ocio, á los juegos propios de su edad, y á que reine en ellos la más esmerada limpieza. El cumplimiento de estas reglas corresponde á la familia.

En las escuelas de primera enseñanza tan sólo pueden

hacerse uso de medios indirectos, tomando las precauciones higiénicas más convenientes para que la salud de los niños no se altere: tales son las relativas á las condiciones del local, al aire, temperatura, luz, aseo y limpieza, ejercicio y reposo, paseos escolares, etcétera. Sin embargo, pueden establecerse, si se quiere, los ejercicios de salón, especialmente en los días fríos del invierno.

Podrá suceder que en la Escuela haya algún niño de cuerpo raquítico, enfermizo, contrahecho, de rostro antipático; ó bien un niño hermoso de clara inteligencia y de penetrante mirada, pero que sus extremidades inferiores flaqueen tanto que apenas puedan sostenerse. La ciencia ha agotado todos sus recursos para darles el vigor que necesitan y hacer que desaparezcan tales defectos corporales. Estos niños desgraciados piensan sobre su porvenir, y la tristeza más profunda se apodera á veces de su corazón. Es necesario, pues, tratarlos con el mayor cariño, distraerlos cuanto se pueda y darles ánimo. Por medio de reflexiones morales y religiosas hay que prepararlos para que se acostumbren á soportar con resignación tan terrible prueba.

De todo lo dicho se infiere que la educación física está subordinada á ciertos principios que no deben olvidarse: los principales son:

El crecimiento y conservación del cuerpo requiere alimentación sana y ejercicio moderado.

El desenvolvimiento de los órganos se verifica de una manera gradual como en todo ser orgánico, obedeciendo á las leyes establecidas por el Creador.

En el desarrollo de los órganos debe haber la más perfecta armonía.

La actividad es el estado natural del niño; la inacción debilita los órganos y los atrofia. Por lo tanto, el secreto está en saber dirigir esa actividad, escogiendo los ejercicios más adecuados para que todos los órganos se pongan en movimiento, adquieran la energía necesaria y se verifique su desenvolvimiento de una manera gradual.

Finalmente, la educación física ha de estar en relación con la educación moral é intelectual, teniendo presente que los cuidados del cuerpo tienden á que pueda soportar en todo tiempo el trabajo que el espíritu le impone.

Inspirada la educación física en estos saludables principios y realizados con perseverancia, no cabe duda de que se obtendrán felices resultados.

## LECCIÓN X

### EDUCACIÓN DEL SÉR ESPIRITUAL

Existencia del alma.—Facultades fundamentales.—Opinión de algunos autores sobre el particular.—Consideraciones sobre la importancia y orden de aparición de las facultades fundamentales.—Partes que comprende la educación del sér espiritual; su necesidad.—Harmonía en el desenvolvimiento de las tres facultades fundamentales.

Una simple observación basta para que se distingan en nuestro interior dos clases de fenómenos; unos que corresponden á la vida del cuerpo y que se efectúan con independencia de la voluntad, como la respiración, la digestión, la circulación de la sangre y demás actos producidos por el organismo; y otros que son de un orden más elevado, como el sentir, pensar y querer, los cuales, no pudiendo ser producidos por la materia, reconocen por causa otro sér de naturaleza diferente: tal es *el alma*, que también se llama *espíritu*. Alma, como causa ó principio de acción; *espíritu*, como sér sustancial, inteligente y libre.

Una de las pruebas más convincentes de la existencia del alma consiste en que el hombre tiene la facultad de hacer completa abstracción de la materia, lo que no podría suceder sin el principio espiritual; mas el sér pensante no es capaz de hacer abstracción de sí mismo. Cuando estudiamos las operaciones de nuestra inteligencia; cuando resolvemos un problema cualquiera por sencillo que sea; cuando nos elevamos á la investigación de la primera causa; cuando,

en fin, nos entregamos á la reflexión y meditación, nos espiritualizamos, salimos del mundo material, y en este caso no obra el cuerpo, sino el alma.

Otra de las pruebas consiste en la voluntad; pues cuando movemos, por ejemplo, el brazo, es porque una causa interior, que no es el cuerpo, lo ordena.

La unidad de conciencia es otra de las pruebas más irrefutables de la existencia del alma, facultad que ningún naturalista puede localizar en punto alguno del organismo. Interrogando á la conciencia, á este constante y permanente testigo, presente á todas nuestras operaciones intelectuales, es como, en efecto, llegamos á conocernos en nuestra naturaleza espiritual: esa unidad de conciencia, en medio de las mudanzas ó cambios de la materia, nos revela la existencia de un sér superior al cuerpo y de naturaleza diferente.

El alma es la esencia sensible, libre, inteligente y racional del hombre, unida al cuerpo, de cuyos órganos se sirve para manifestarse al exterior, para comunicarse con los seres que le rodean, susceptible de un progreso indefinido y por lo tanto inmortal; es, en fin, lo que constituye nuestra personalidad. Veamos ahora cuáles son sus facultades fundamentales.

Por poco que se fije la atención en los hechos que pasan en nuestro interior, se vendrá en conocimiento de la existencia de tres facultades fundamentales: *sensibilidad* ó facultad de sentir, *inteligencia* ó facultad de pensar y *voluntad* ó facultad de querer.

En efecto, en todos los momentos de la vida estamos recibiendo impresiones de placer ó dolor, producidas ya por la acción que el mundo exterior ejerce sobre nuestro organismo ó ya por nuestra propia actividad. A veces una noticia, un simple recuerdo nos conmueve profundamente, haciéndonos vibrar las cuerdas más delicadas del corazón: todo lo grande, todo lo que es bello, justo y bueno nos afecta agradablemente, nos entusiasma; al paso que ciertos

hechos nos producen horror y nos encienden de indignación, pudiendo desde luego asegurarse que el hombre es el ser más sensible de la creación. Tales hechos suponen en el alma una facultad que llamamos *sensibilidad*.

Desde la más tierna infancia comenzamos á adquirir ideas, que las conservamos y reproducimos cuando conven- ga; luego las comparamos entre sí formando juicios; con los juicios hacemos también lo que con las ideas y formamos racionios; trazamos el plan de vida más conforme á nues- tra naturaleza racional y á nuestro destino, y así, por una serie de juicios y racionios, nos elevamos al conocimiento de la primera causa, que es Dios. Todos estos fenómenos son de un orden diferente de los anteriores, ejecutados por otra facultad que llamamos *inteligencia* ó facultad de *pensar*.

Cuando pensamos sobre un objeto cualquiera, podemos continuar pensando, ó bien suspender este acto y emprender otro, sin que haya nada que nos lo impida. Cuando esta- mos, por ejemplo, escribiendo, esta acción depende de una resolución de nuestro espíritu, pues la mano no hace más que obedecer su mandato, y continúa escribiendo hasta que el *yo* ordena otra cosa. Estos actos ó fenómenos son de orden distinto y diferente de los ya mencionados, y por lo tanto es necesario atribuirlos á otra facultad que llamare- mos *voluntad* ó facultad de querer.

En estas tres facultades principales se pueden resumir todas las operaciones y manifestaciones del espíritu. Algu- nos autores citan como fundamentales otras facultades, como la reflexión, la memoria, la imaginación y la razón; pero la facultad de pensar es quien obra en ellas: nosotros reflexionamos por el pensamiento; por él nos acordamos de los actos pasados, y por él producimos en la mente imáge- nes de las cosas sensibles: por el pensamiento formamos ideas ó nociones generales que reflejan el lado universal de las cosas, cuya percepción se atribuye á la razón; luego la reflexión, la memoria, la imaginación y la razón no son

facultades particulares aparte de la facultad de pensar; son únicamente diferentes estados, funciones ó grados de aplicación de la facultad de pensar. El pensamiento puede desarrollarse de una manera predominante en una ú otra de estas diferentes direcciones sin perder su carácter general, y no hay necesidad de admitir, para estos diferentes estados de desarrollo, facultades particulares. Lo mismo sucede con las facultades del sentimiento y de la voluntad.

No puede decirse cuál de las tres facultades fundamentales sea la más importante, porque todas son necesarias para que el espíritu pueda realizar su obra de progreso ó de perfeccionamiento; no obstante, «cuando se consideran las tres facultades en su orden racional, dice un filósofo, la voluntad es la facultad suprema y primera, porque es el poder determinante y ejecutivo, y como tal tiene la supremacía sobre las otras dos aún cuando no pueda funcionar sin ellas. La voluntad debe iluminarse por medio de la inteligencia, y encenderse en el amor de lo que es verdadero y bueno: entonces su determinación es entera y completa. Las facultades del pensamiento y del sentimiento son coordinadas; no hay ninguna razón para poner la una por encima de la otra, pues se distinguen por dos caracteres igualmente importantes.»

Tampoco podemos asegurar si alguna de las tres facultades precede á las otras en el orden de su aparición, puesto que nadie recuerda el momento en que dieron principio á ejercer sus funciones; al contrario, nos hemos reconocido sintiendo, pensando y queriendo desde la más tierna infancia. Y es que las tres facultades existen realmente en el espíritu y siempre á la vez, y en encadenamiento recíproco; no hay facultad completamente independiente de las otras; cada una está acompañada continuamente de las otras dos. «Podrá suceder, dice el mismo filósofo, que una tome un desarrollo predominante y que obre con más energía ó decaiga de su actividad, pero jamás puede su acción absorber enteramente la actividad de las otras ni cesar en sus

funciones; estas tres facultades existen simultáneamente como facultades fundamentales del espíritu, y obran siempre simultáneamente, aún en el estado que llamamos ensueño.» Sin embargo, á juzgar por los efectos, parece que en el niño la sensibilidad es la primera en dar señales de existencia, la cual despierta, por decirlo así, la inteligencia del letargo en que se halla sumida, obligándola á fijarse en la causa productora de las sensaciones de placer y dolor que el alma experimenta, y desde este instante el niño siente, conoce y quiere.

De todo lo dicho se infiere que la educación del sér espiritual comprende tres partes: la primera se ocupa en el desenvolvimiento de la sensibilidad, y se llama educación *estética*; la segunda en el de la inteligencia, y se llama educación *intelectual*; la tercera en el de la voluntad, y se llama educación *moral*. A estas tres partes hay que añadir la educación *religiosa*, alma y sostén de la gran obra de la educación, porque la aspiración constante del sér humano es elevarse al conocimiento de la causa Suprema á que debe su existencia y disfrutar de los beneficios de la creación en la vida inmortal del espíritu.

Todas estas partes son necesarias, porque tienden á un mismo fin, que es la perfección del alma, razón por la cual el desarrollo de sus facultades ha de ser armónico. Necesítase que la sensibilidad del niño se ejercite, no tan sólo para la satisfacción de las necesidades del cuerpo, sino como una condición indispensable á la vida moral; es preciso se afecte y conmueva ante las maravillas del Universo y ante los acontecimientos que ocurren en la sociedad; debe procurarse que las alegrías y pesares del prójimo penetren en su corazón y le impulsen á la práctica de acciones generosas. Al mismo tiempo hay que cultivar su inteligencia y voluntad: la primera, para que distinguiendo la verdad del error pueda trazar el plan de vida que como sér racional está obligado á seguir, y la segunda, para que constantemente se decida á la práctica del bien. Por último, todo este

trabajo debe estar basado en la idea de Dios, como verdad suprema, fuente y origen de todo bien y de toda belleza. «Lo más sublime, lo más noble, lo más bello de la naturaleza humana, dice un autor, es del dominio del principio religioso. Asegurar el imperio de este principio, equivale á favorecer el desarrollo del amor á la verdad, del amor á lo bueno y á lo justo.»

Mientras no se establezca la debida armonía en el desenvolvimiento de las tres facultades principales, la educación será deficiente, y el hombre jamás podrá ser feliz; la falta de equilibrio es la causa de todos los males que hoy afligen á la humanidad. Si la sensibilidad no se educa más que para la satisfacción de los placeres materiales, no hay que esperar que el amor tome asiento en el corazón de los hombres, y donde no hay amor no puede haber caridad, que es la principal de todas las virtudes. Si la inteligencia se abandona, el hombre nunca podrá salir del estado de su infancia, veráse reducido á la esclavitud del más fuerte ó del más audaz, y será mil veces más desgraciado que los irracionales. Y si la voluntad no se educa para la práctica del bien, para el cumplimiento de los deberes morales, entonces el individuo será víctima de las pasiones más desordenadas, el egoísmo más feroz se apoderará de su corazón ó se entregará locamente á los goces de la materia, labrando su desdicha y la de los que le rodean.

Enseñar á los niños á *sentir, pensar y querer*, hé aquí el gran problema de la educación.

## LECCIÓN XI

### EDUCACIÓN INTELECTUAL

Objetos á que se dirige la acción de la inteligencia.—Importancia de esta educación.—Diferencia entre la educación intelectual y la instrucción.—Fines que deben distinguirse en la cultura de la inteligencia.—Enumeración de las facultades intelectuales.—Desarrollo progresivo de las mismas y orden en que aparecen.—Diversidad de inteligencias.—Principios á que debe sujetarse la educación intelectual.

EDUCACIÓN INTELECTUAL es la preparación de la inteligencia, por medio de ejercicios adecuados, para la investigación de la verdad.

En pocas palabras podría decirse que todo el trabajo de la educación intelectual se reduce á enseñar al niño á pensar y á conocer pronto y bien.

La verdad es la presencia de los objetos y de sus relaciones en nuestra mente tal cual son, ó como dice un autor, es la realidad de las cosas.

La verdad es, en efecto, el objeto de la inteligencia, á cuya posesión se dirige la actividad del pensamiento: la verdad es el pan del alma, puesto que por ella adquiere fuerza y vigor.

Tres son los grandes objetos á cuyo conocimiento se dirigen los esfuerzos de la humana inteligencia: *Dios, el hombre y la Naturaleza*. Sobre ellos debe, por lo tanto, descansar el edificio de la educación intelectual.

El hombre ha hecho y sigue haciendo los mayores sacrificios para adquirir clara idea de estos tres objetos, que encierran los más profundos misterios y dan lugar á problemas del mayor interés y de la más alta importancia. La historia de las ciencias registra numerosos mártires, que han llevado penosa existencia estudiando sin cesar, renunciando á los placeres del mundo, entregados á una observación con-

tinua, siempre con la idea de arrancar un secreto de la Naturaleza y de contribuir al progreso de la humanidad.

Esta educación es no sólo importante sino necesaria, por que sin el desarrollo de esta facultad el espíritu humano no saldría jamás del periodo de la infancia, no podría apreciar las verdades morales y religiosas, no podría dedicarse á ninguna ocupación útil, habría de vivir como los animales irracionales alimentándose de los productos de la naturaleza; sería en fin el sér más desgraciado de la tierra; mientras que la cultura intelectual rasga el negro velo de la ignorancia, ábrenos horizontes infinitos donde el hombre puede aplicar con provecho su actividad, da vivísima luz por medio de la cual distinguimos la verdad del error y el bien del mal, preparamos al cumplimiento de los deberes sociales, y nos dispone, por último, á cultivar las ciencias y las artes y cuantos elementos contribuyan al bienestar de la humanidad.

No debe confundirse la educación intelectual con la instrucción. La primera comprende la serie de ejercicios hábilmente dirigidos por el profesor y encaminados á poner en actividad la inteligencia del niño, adiestrarla á discurrir con acierto, habituarla al estudio y darle el vigor que necesita para resistir el trabajo que le espera; mientras que la segunda tiene por objeto la adquisición de conocimientos acerca de los diferentes ramos del saber: aquélla cultiva una facultad y ésta recoge sus frutos. Así, entre dos niños de la misma edad no está mejor educado el que más conocimientos posea, sino aquel cuya inteligencia esté más dispuesta para la investigación de la verdad.

«En la cultura de la inteligencia, dice un autor moderno, hay que distinguir dos fines, que, por más que en la práctica se confundan, suponen trabajos ó intenciones diferentes en la aplicación de los métodos, procedimientos y medios de enseñanza. *Desenvolver, dirigir, disciplinar, preparar* las facultades intelectuales para que puedan ejercitarse en buenas condiciones y recibir con provecho y soportar la instrucción, á la vez que servir con eficacia y discretamente al

desenvolvimiento total del espíritu, es el primero de dichos fines; y *suministrar conocimientos* para que, apropiándose los, asimilándose los la inteligencia por el trabajo de sus facultades, haga de ellos el individuo las aplicaciones necesarias en el comercio de la vida, es el segundo de los fines. El primero constituye lo que en toda propiedad se llama *desenvolvimiento* de la inteligencia, su *cultura formal*, y el segundo representa la *cultura positiva* de esa facultad anímica, y es el *fin inmediato de la enseñanza*. El uno es la *educación* propiamente dicha, y el otro la *instrucción*.»

Ambos fines son necesarios, préstanse mutuo auxilio y por lo mismo deben atenderse igualmente en las escuelas. Educarse instruyendo é instrúyese educando. No obstante, el primero se considera por los pedagogos como principal y de mayor alcance y trascendencia; pues, como dice Montaigne, importa más que el educando tenga la cabeza bien formada que llena, y antes de amueblar la casa es menester edificarla y darle solidez. Por nuestra parte diremos que una instrucción bien dirigida es el medio más eficaz, ó mejor dicho, el único de cultivar la inteligencia.

Para investigar la verdad, conservarla en la mente, reproducirla y manifestarla cuando convenga, ejecuta la inteligencia diferentes operaciones; por eso, aunque la facultad sea una, se le atribuyen otras tantas potencias subalternas que llamamos *facultades intelectuales*. Algunos autores, tal vez con más propiedad, las designan con el nombre de *funciones* de la inteligencia.

Considerando primeramente las funciones principales del pensamiento, descubrimos inmediatamente la *atención*. Nos hallamos siempre dirigiendo nuestro pensamiento á alguna cosa, ya sea interior ó exterior á nosotros mismos, y para percibir un objeto cualquiera es preciso que el espíritu dirija hacia él su atención.

Así opina un afamado filósofo, porque, efectivamente, por más que nuestro pensamiento se esfuerce, es imposible señalar un momento en que nuestra atención no esté ocupa-

da en algo; y desde luego se comprende que para que este trabajo de la inteligencia produzca algún resultado, que no es otro sino el de formar concepto claro del objeto, sea éste interior ó exterior, es preciso que sea bien percibido, y en esto se funda el mismo autor para afirmar que la *percepción* es la segunda función del pensamiento.

Como quiera que sea, lo cierto es que el alma, estando unida al cuerpo por lazos que la ciencia no ha podido todavía descubrir, necesita de una facultad que la ponga en relación con el mundo exterior, y en particular con sus semejantes, quienes, como ella, se hallan en iguales condiciones. De lo contrario, el alma viviría á oscuras, sufriría horriblemente, como el desgraciado que estuviere encerrado en un calabozo sin luz y sin comunicación de ninguna especie. Pues bien, dicha facultad se llama *percepción externa*.

Necesita también otra facultad por la que el alma pueda conocerse á sí misma, estudiar su naturaleza, sus cualidades; para saber, en fin, cuántos fenómenos espirituales se suceden en su interior: tal es la *percepción interna*; ó como dicen otros, *conciencia* ó *sentido íntimo*. Mas esta facultad, no aparece tan pronto, porque la atención del niño en los primeros años está muy ocupada con las cosas que le rodean.

De nada nos servirían los conocimientos adquiridos si no tuviésemos la facultad de conservarlos y de reproducirlos cuando nos convenga; fuera inútil todo trabajo emprendido por el espíritu; encontrariase siempre en el principio de su existencia. Pues bien, la facultad que nos recuerda lo que hemos sentido, ó pensado; la facultad por cuyo medio convertimos, por decirlo así, el pasado en presente, es la *memoria*.

Y no sólo conservamos las ideas una vez adquiridas, sino que dentro de nuestro espíritu se reproduce la Naturaleza con todos sus encantos, y vemos los objetos con sus formas, sus dimensiones, sus colores, sus distancias respectivas, como si todo ello estuviere pintado en un cuadro.

Además, cual hábiles artistas, hacemos multitud de combinaciones por las cuales nos representamos seres que no tienen existencia real, pudiendo así aumentar la hermosura ó fealdad de los cuadros, aumentar ó disminuir sus efectos. Tan grandiosa facultad se llama *imaginación*.

Comparamos las ideas y afirmamos la relación de conveniencia ó inconveniencia que entre ellas descubrimos, función que ejecutamos desde la más tierna infancia y por medio de la cual venimos en conocimiento de las propiedades de los seres: tal es el *juicio* ó facultad de juzgar.

No pudiendo abrazar de una sola mirada las cualidades de las cosas, nos vemos precisados á fijarnos en una de ellas, prescindiendo de las demás, como si aquella cualidad tuviese realmente existencia por sí sola: esta facultad, tan necesaria para el progreso del individuo, se llama *abstracción*.

Por otra parte nos es imposible estudiar individualmente la infinidad de objetos y de fenómenos que se presentan á nuestro examen, y tenemos que proceder á su clasificación, reuniendo en cada grupo todos aquellos que están dotados de cualidades iguales ó semejantes, operación que se debe á la existencia de otra facultad que llamamos *generalización*.

Mas el pensamiento no sólo compara las ideas y afirma sus relaciones, sinó que compara también los juicios, examina sus relaciones y saca sus consecuencias: facultad que se conoce con el nombre de *raciocinio*.

Cuando el pensamiento ha llegado á cierto grado de desarrollo, no se contenta con las nociones que puede adquirir por medio del análisis y de la comparación, sino que trata de elevarse en todos los órdenes de hechos, físicos ó morales, al primer principio, ó sea al conocimiento de la causa, procurando á la vez determinar el lazo que une todas las cosas entre sí y buscar un principio supremo, universal, para todo cuanto existe: esta elevada función de la inteligencia se llama *razón*.

Poseemos, finalmente, la facultad de manifestar los pen-

samientos por medio de signos, estableciéndose entre los hombres una corriente de ideas que se extienden por todos los pueblos del globo, y constituyéndose la gran familia humana: esta facultad se llama *lenguaje*.

Las facultades que acabamos de enumerar existen en el alma desde que nace el niño, pero en estado rudimentario durante el primer período de la vida, y van desarrollándose progresivamente á medida que el organismo crece y se fortifica, hasta que el espíritu se orienta, por decirlo así, del mundo y está en disposición de dirigirse á sí mismo, haciéndose responsable de sus actos: entonces cesa la acción del Maestro sobre él, y más tarde, la tutela de los padres.

«El pensar, dice un filósofo, es una necesidad del espíritu, como el respirar lo es del cuerpo; no tenemos conciencia del momento inicial de nuestro pensamiento, pues en todos nuestros recuerdos nos encontramos pensando.» De aquí la imposibilidad de fijar el orden de aparición de las facultades en la escena de la vida. Sin embargo, la observación nos conduce á afirmar que la acción de la inteligencia comienza por la atención, y que luego siguen la percepción externa, la memoria y la imaginación; y no tardan en dar señales de existencia el juicio y el raciocinio, la abstracción, la generalización y la percepción interna. Por último aparece la razón, por medio de la cual el niño se hace cargo de cuanto piensa, dice y obra, dirigiendo sus pasos por el sendero del bien. El lenguaje natural comienza al nacer, y el artificial á los dieciocho ó veinte meses de edad.

Pero cuando los niños ingresan en las escuelas, ya funcionan sus facultades intelectuales con más ó menos energía, y toca á los maestros continuar la obra principiada dentro de la familia. Debe atenderse al desarrollo harmónico de todas, pero teniendo presente que la vida material es la que predomina durante la infancia; lo que hace que el educador se valga de la forma intuitiva á fin de que la inteligencia del niño se ejercite en los objetos que tanto llaman su atención.

La educación intelectual en un principio debe ser obra

de preparación para el ejercicio de la razón y de la conciencia, que son las dos facultades que más nos ennoblecen elevándonos sobre los demás seres de la naturaleza.

Los profesores, como los padres de familia, no han de perder de vista que la inteligencia tiene sus grados entre los niños: los hay que la poseen muy clara, de fácil comprensión; pero la mayoría ha de trabajar bastante para adquirir los conocimientos más indispensables, y existen, por último, niños de inteligencia sumamente limitada. En cuanto á los primeros, basta dirigirlos y despertar su afición al estudio; con los segundos deben los profesores ser activos y laboriosos, poniendo en práctica los recursos que proporciona el arte de enseñar, y á los terceros es necesario, además, alentarlos y tratarlos con el mayor cariño.

La educación intelectual, para que no se desnaturalice, ha de estar sujeta á principios fijos, y son los siguientes:

1.º Siendo el objeto de la inteligencia la verdad, debe la educación intelectual fundarse en la idea de Dios, fuente y origen de toda verdad.

2.º La cultura de la inteligencia estará en armonía con las demás facultades del espíritu.

3.º Se establecerá el mayor equilibrio posible en el desenvolvimiento de todas las facultades intelectuales, puesto que son necesarias y se prestan recíproco auxilio.

4.º Cada facultad reclama ejercicios adecuados según el objeto á que se aplica.

5.º El desarrollo de la inteligencia se alcanza por medio de ejercicios variados, metódicos y graduados, habida consideración á la edad y fuerzas del niño.

6.º No abusar de la memoria del niño, y atender principalmente al desarrollo de las facultades superiores, como son: el juicio y raciocinio, la razón y la conciencia.

---

## LECCIÓN XII

**ATENCIÓN.**—Importancia de esta facultad.—Nombres que recibe la atención según el objeto á que se aplica. Formas ó modos de la reflexión; ídem de la atención.—Nombres de la atención según su manera de obrar: penetración y superficialidad.—Vicios que se oponen á la atención: desatención y distracción.—Distracción vulgar ó atolondramiento.—Distracción del pensador ó ensimismamiento.—Atención instintiva y refleja.—Principales cualidades de una verdadera atención.—Cómo se alcanza una atención firme á la par que flexible.—Cómo se despierta y fortalece en las escuelas.—Medios para no distraer la atención.—Cuánto conviene se arraigue en los niños el espíritu de observación.

**ATENCIÓN** es la facultad del entendimiento en virtud de la cual nos fijamos en los objetos con el fin de estudiar sus propiedades y relaciones, y adquirir de los mismos cabal concepto.

Es la función primera de la vida intelectual é indispensable al total desarrollo de la inteligencia, pues sin la atención las demás facultades no podrían ejecutar su labor, y el espíritu humano quedaría imposibilitado de todo progreso. La atención es, como suele afirmarse, la mirada de la inteligencia.

En las escuelas no se obtendría resultado alguno si esta facultad se desviase del objeto que se desea estudiar; no podría sostenerse la disciplina; en cambio reinaría el desorden más espantoso, la incesante gritería y el tumulto continuado, que harían imposible la permanencia en el local. Si el maestro explica y el discípulo no atiende, piérdese el tiempo, el trabajo se hace inútil, y pronto se relajan los vínculos de amor que entrambos deben existir; por el contrario, cuando los discípulos prestan atención á la voz del profesor, se consiguen notables resultados, presentando la escuela agradable aspecto, pues en todas partes se ve actividad y una armonía que encanta. El grado de atención de los niños indica evidentemente las mayores ó menores simpatías que el maestro inspira y su aptitud para la enseñanza.

La esfera de la atención es tan extensa como la del conocimiento; pues así como éste recae sobre todos los objetos, ella se aplica también á todas las cosas, y aun á si misma: de aquí lo que se llama su *extensión*, distinta de la *intensión*, que es la fuerza ó profundidad con que se atiende. Según los objetos á que se aplica, toma diferentes nombres.

Cuando se dirige sobre los objetos de la naturaleza, sobre cualquiera cosa que impresiona nuestros sentidos, se llama *observación externa*; cuando se ocupa en el estudio de los fenómenos misteriosos de nuestra alma, recibe el nombre de *observación interna* ó *reflexión*, que continuada se denomina *meditación* y *concentración*; cuando tiene por objeto el estudio de lo infinito, esto es, las relaciones de la criatura con el Criador, se llama *contemplación*.

*Recogimiento* es concentrarse el alma en si misma preparándose á la reflexión; y *examen de conciencia*, una especie de cargo y data morales de nuestros actos y pensamientos: estos dos hechos son formas ó modos de la reflexión. Las de la atención son: *aplicación*, que es la constante y asidua atención hacia el objeto de nuestros estudios; *comparación*, que es una doble atención aplicada sucesivamente á dos ó más objetos con el fin de percibir las relaciones que los unen ó separan. *Ligereza* es la atención floja, insegura y variable.

La atención, según la manera de obrar, toma otros nombres. Cuando actúa con mucha energía, de manera que no sólo se fija en los objetos sino en sus más mínimos detalles, se llama *penetración*; y cuando obra profundizando poco la materia de estudio, *superficialidad*.

Los vicios que se oponen á la atención son: 1.º, la *desatención*, que consiste en la falta de atención de una persona á otra que le dirige la palabra, defecto reprobado por las reglas de urbanidad; 2.º la *distracción*, que es la falta de atención á lo que debe ser aplicada. Esta puede ser *positiva* ó *negativa*: positiva, si se dirige la atención á un objeto distinto del que se debe; negativa, cuando no se atiende á nada,

ni á lo que se debe ni á otra cosa; es en este caso una especie de letargo ó sueño en que parece se halla el espíritu.

Se llámase *distracción vulgar* ó *atolondramiento* el acto de fijar la atención en demasiados objetos á la vez; y *distracción del pensador* ó *ensimismamiento*, el acto de concentrarse el espíritu en un objeto sin separarse de él. Cuando la atención vaga de una parte á otra sin apenas fijarse en los objetos, prodúcese el atolondramiento, que impide al espíritu ver con claridad, obligándole á cometer los mayores desaciertos. Este defecto, tan común entre los niños, es el primer escollo contra el cual tropieza el maestro: pues el niño atolondrado no escucha la esplicación, ni se hace cargo de lo que lee. Requíerese impresionar fuertemente su espíritu con descripciones horrosas unas veces, amenas é interesantes otras.

Concentrada la atención en una idea dominando por completo la actividad del espíritu, prodúcese el ensimismamiento, que también nos imposibilita al trabajo, porque todas las facultades—sensibilidad, inteligencia y voluntad—se hallan paralizadas, como obedeciendo á una fuerza irresistible. Semejante estado en los niños puede ser efecto de una impresión profunda ó de alguna pasión desordenada, como la envidia. Combátese ocupándolos en cosas que satisfagan verdaderas necesidades é inspirándoles confianza y cariño.

Diremos, por último, que la atención, como todas las funciones, puede ser instintiva y reflexa, según se atienda espontáneamente ó por mandato exclusivo de la voluntad. La espontánea se llama *curiosidad*, y la reflexa propiamente atención. La primera sobresale durante la infancia, por cuya circunstancia deben los profesores aprovecharse de ella en pro de la educación é instrucción del niño.

Las principales cualidades de una verdadera atención son tres: una, enérgica y sostenida. Debe ser una, esto es, debe recaer en un solo objeto y no en muchos á la vez; enérgica, es decir, que ejerza su actividad de un modo

intenso y con mucha viveza; sostenida, esto es, debe permanecer sobre el objeto el tiempo necesario para formar sobre él el cabal concepto.

Debe ser también reflexa, directa y veloz, tomando parte la voluntad, dirigiéndose en línea recta al objeto que se trata de conocer y acudiendo con prontitud.

«El secreto para alcanzar una atención firme sin dureza, y flexible sin flojedad, dice el filósofo Balmes, consiste en estudiar con método, ocuparse en los trabajos con orden y en cumplir las obligaciones con ánimo tranquilo y reposado.» En efecto, todo esto supone que el hombre está sobre sí, atento á todo lo que hace y que la voluntad está al servicio de una inteligencia bien cultivada.

La falta de método es por sí sola una serie de distracciones; el desorden en los trabajos es manantial continuo de desaciertos: pues llamando la atención hacia muchos lados á un mismo tiempo, la debilita. Las pasiones desordenadas turban el corazón ó imposibilitan la acción de la inteligencia: la atención en este caso se halla fija en el objeto que tanto nos solicita.

»Todas las reglas de la atención pueden reducirse á lo siguiente: amor á la verdad, método en el estudio, orden en todas las ocupaciones, conciencia recta y pura.»

La atención se despierta y fortalece en las escuelas ocupando á los niños en trabajos útiles y de inmediata aplicación, en cosas agradables y que al mismo tiempo satisfagan verdaderas necesidades; hablándoles en términos claros y precisos, haciéndoles comprender las ventajas de la educación é instrucción, los males que resultan de la ignorancia, y siguiendo por último un buen método en las explicaciones.

Son asimismo medios que contribuyen á desarrollar la atención, aunque indirectamente, el instinto de curiosidad, tan propio en los niños; la novedad, las impresiones vivas, sorpresas agradables, etc. Cuando el niño desconfía de sí mismo, conviene se le haga ver que la primera mirada no

basta muchas veces para comprender una cosa, sino que es necesario insistir y redoblar los esfuerzos hasta vencer las dificultades.

Los medios de no distraer la atención son los siguientes: alejar todo lo que sea motivo de distracción; evitar la monotonía en las explicaciones; no prolongar demasiado los ejercicios; no dar lecciones desprovistas de interés; evitar la presencia de niños revoltosos y finalmente no tolerar el más pequeño desorden.

Terminaremos este trabajo encareciendo la necesidad de que se arraigue en los niños el espíritu de observación, porque examinando los objetos y los hechos, es como se adquieren las ideas claras y se forman los talentos prácticos. De aquí la importancia de la forma intuitiva en las escuelas: por ella se acostumbra el niño á darse cuenta de lo que vé, juzga después con acierto y la inteligencia adquiere un gran desarrollo. Sin el conocimiento exacto de las propiedades visibles y tangibles de los objetos, nuestras concepciones serían falsas, nuestras deducciones erróneas, nuestras operaciones mentales estériles. Cuando ha sido descuidada la educación de los sentidos, toda la educación se resiente inevitablemente de su pereza, de su entorpecimiento, de su insuficiencia. Si reflexionamos en ello, nos es fácil ver que el éxito depende en todo de la potencia de observación. Esta es necesaria no sólo al artista, al naturalista, al hombre de ciencia; no sólo al médico que en ella funda la seguridad de su diagnóstico; no sólo al ingeniero, que debe pasar muchos años en los talleres de construcción para adquirirla; lo es también al filósofo que la ejercita más que nadie, porque su misión es observar las relaciones de las cosas allí donde los demás hombres no aperciben relación alguna; y lo es igualmente al poeta, que debe *ver* lo bello en la naturaleza, que todo el mundo admira cuando se le expone, pero en lo que nadie había antes reparado.

Observar es atender, principal medio de educación é instrucción en las escuelas.

### LECCIÓN XIII

PERCEPCIÓN y cómo se divide.—Cómo se verifica la percepción externa; idem la interna.—Opiniones respecto á si la percepción externa es antes ó después de la atención.—Percepción directa é indirecta.—Principales cualidades de toda percepción.—Condiciones para que pueda verificarse la percepción externa.—Elementos que se distinguen en todo acto de percepción externa.—División de las percepciones externas y datos que los sentidos suministran al alma.—Reglas para percibir bien.—Medios que tiene el maestro para favorecer en los niños el desarrollo de la percepción externa.

PERCEPCIÓN, ó como dicen otros, *perceptividad*, es la facultad que tiene el alma de ponerse en relación con los objetos de la naturaleza y consigo misma. En el primer caso la percepción se llama *externa* y en el segundo *interna*.

La percepción externa se llama también *receptividad*, y la interna *sentido íntimo* ó *conciencia*. La primera tiene lugar mediante el auxilio de los cinco sentidos, los cuales son otros tantos conductos encargados de recibir las impresiones del mundo material y trasmitirlas al alma, y la segunda se verifica en virtud de la actividad propia del sér espiritual, que se reconcentra en sí mismo para estudiar sus propias facultades.

Conviene advertir que las percepciones, atendiendo al sujeto que percibe, todas son internas: la distinción es tan sólo con relación al objeto percibido. De este modo estaremos siempre alerta para no atribuir al cuerpo otras funciones que las correspondientes á la vida material.

La *percepción*, según opinión de reputados filósofos, es el resultado inmediato de la atención: atendiendo hacia un objeto llegamos á percibirlo, como mirando hacia una cosa llegamos á verla, por lo que, así como decimos que el que no mira no vé, podemos también decir que el que no atiende no percibe; de donde resulta que la percepción se halla respecto de la atención en la misma relación que el efecto de la causa, que el *ver* del mirar. La percepción, según esto, sería el

acto mediante el cual el espíritu *ve* (percibe) el objeto sobre que ha fijado su atención.

Según otros, no se puede prestar atención sin haber ya algo conocido; pues sólo será excitada cuando la inteligencia ó la sensibilidad nos suministren materia para conocer. En concepto de estos filósofos, tan difícil es atender sin que haya una idea conocida de antemano, como dirigirse á un punto cualquiera sin saber que existe. Una atención sin objeto sería una acción intelectual vaga, indeterminada, ó mejor dicho, nula.

Por último, un autor moderno, ocupándose en el orden en que aparecen las facultades cognoscitivas, dice: «para que pueda verificarse el acto intelectual más sencillo (la concepción de una idea), es preciso que haya dos ó más sensaciones idénticas, pero de intensidad desigual, ó que haya dos ó más sensaciones diferentes, igual ó desigualmente intensas. La sensación no pasaría de tal, si la representación sensible no funcionara; pero además, como dos sensaciones de las condiciones dichas no pueden ser simultáneas, es indispensable que exista el recuerdo de la primera: *luego para que haya percepción han de funcionar antes la imaginación y la memoria, y antes que ambas la atención*, que si primeramente es forzosa, muy pronto no es más que una manifestación voluntaria »

«Si la sensación, añade el mismo autor, es producida por una causa interna, el proceso es el mismo; pero entonces la sensación se llama sentimiento; la atención, reflexión, y el resultado percepción; deduciendo de lo expuesto que las primeras facultades intelectuales que aparecen son: la atención, (que en realidad no es facultad intelectual); la imaginación (como facultad productora), la memoria y la percepción.» (1)

Distínguese también la percepción por su *extensión* é

---

(1). Nociones de Psicogenesia aplicada á la Pedagogía por D. Rufino Blanco y Sánchez, maestro normal. Folleto recientemente publicado.

*intensión*, y se llama *directa* la que se ejerce inmediatamente sin necesidad de términos intermedios, como sucede cuando recae sobre una propiedad ó elemento de nuestro sér; y se denomina *indirecta* la que se ejerce sobre objetos transcendentales de nosotros mismos, á cuya existencia no podemos llegar sino mediante el raciocinio: la primera se llama también *inmediata* y la segunda *mediata* ó *reflexa*.

Las principales cualidades de toda percepción son tres: *claridad*, *distinción* y *rapidez*. La percepción se llama clara cuando el alma vé los objetos tal cual son; distinta, cuando el objeto percibido no puede confundirse con ningún otro, y rápida cuando se percibe en el momento de recibir la impresión. Con un ejercicio continuado y una regular atención se adquieren las tres cualidades.

Vamos á tratar ahora de la percepción externa, toda vez que ésta precede en sus manifestaciones á la interna.

Para que pueda verificarse la percepción externa se necesitan iguales condiciones orgánicas que para la sensación, á saber: impresión ó la acción de un agente sobre alguno de nuestros órganos; transmisión por medio de los nervios; recepción en el cerebro, y comunicación de la impresión recibida por éste al alma. Entonces ésta es afectada, agradable ó desagradablemente, fijase en el objeto impresionante (atención) y adquiere luego conocimiento de una ó más de sus cualidades (percepción).

En todo acto de percepción externa distingúense cuatro elementos: 1.º, sujeto percipiente; 2.º, objeto percibido; 3.º, modificación interna del sujeto percipiente ó aparición interior ante el alma del objeto percibido (*intuición*); 4.º, relación entre el objeto, el sujeto y sus modificaciones.

A cualquier acto de percepción externa acompaña, según afirma un filósofo, un juicio espontáneo, un juicio de exterioridad en cuya virtud nuestra alma afirma cosas que no son ella, sino que están fuera de ella. Este juicio se funda en el principio de causalidad que se formula así: «todo fenómeno que principia reconoce una causa.»

Las percepciones externas se dividen en tantas clases cuantos son los sentidos: gustativas, olfativas, táctiles, visuales y auditivas. Pero hay que advertir que los sentidos no proporcionan más que los primeros datos que el alma necesita para juzgar sobre los objetos y formar de ellos cabal concepto. Así, el gusto y olfato no nos ofrecen sino simplemente sabor y olor; la vista nos proporciona el color, superficie limitada y en cierto modo las formas y el movimiento; el oído nos hace percibir los sonidos, la tonalidad y el timbre, y por el tacto percibimos las formas, el tamaño, el volumen, temperatura, existencia, distancia de los objetos, etc.

Cada sentido lleva al alma datos diferentes anunciando la existencia de múltiples cualidades en los objetos; así es que lo que no puede apreciarse por un sentido se adquiere por otro, y todos juntos sirven de consuno al sér pensante para que éste pueda aplicar su actividad y adquirir claro conocimiento de las cosas.

El alma necesita conocer las cualidades exteriores de los cuerpos, las interiores ó más íntimas dependientes de la naturaleza ó sustancia de que constan, y finalmente aquellas cualidades que resultan de la presencia de otros agentes sobre los mismos. Pues bien, el alma adquiere noticia de todas estas cualidades mediante los órganos de los sentidos, con los cuales deben ponerse en contacto inmediato ó mediato los cuerpos. El cómo se verifica esta incesante comunicación entre el sér pensante y la naturaleza, es todavía un secreto para la ciencia.

Para percibir bien deberán observarse las reglas siguientes: apartar la actividad de todo lo que no sea el objeto que se desea conocer: si la idea nos viene por medio de palabras, fijar con exactitud su sentido: hacer uso de los órganos correspondientes, según el conocimiento que se quiera obtener: cuando el objeto es compuesto, hay que proceder á su análisis para formar idea de las partes: en el examen de las partes no debe perderse de vista el compuesto á que se destinan: evitar la precipitación y mirar las

cosas en diferentes tiempos y en diversas disposiciones de ánimo: hacer uso de los experimentos necesarios siempre que pueda reproducirse el fenómeno que se desea estudiar; y procurar, en fin, que los órganos estén en condiciones de recibir las impresiones de los cuerpos.

Para que la percepción externa se desarrolle es indispensable poner en actividad los sentidos, y al efecto conviene que la enseñanza en las escuelas esté basada en los ejercicios prácticos de intuición, en virtud de los cuales las ideas se materializan, por decirlo así, y se ponen al alcance de los niños. Consisten estos ejercicios en hacer las explicaciones teniendo á la vista el objeto que se quiere dar á conocer ó la representación figurada de la idea que se trata de inculcar; pero este método, exige que las escuelas estén dotadas de abundante material para todas las asignaturas.

Las lecciones sobre objetos contribuyen asimismo al desarrollo de la percepción externa. Preséntense al niño con orden y método aquellas cosas que más le interesa conocer, y después que se haya hecho cargo de ellas mediante una atenta mirada, explíquese su naturaleza, sus propiedades, su procedencia y sus aplicaciones. Estas lecciones pueden multiplicarse cuanto se quiera; pero el profesor debe prepararse para explicarlas con la mayor claridad.

Los objetos se estudian aisladamente dando primero una ojeada sobre el todo, luego sobre las partes principales y después sobre las de segundo y tercer orden, procurando no llevar el análisis demasiado lejos, porque fatigaría al niño y se obtendrían pocos resultados. Después que estos ejercicios se hayan practicado bajo la dirección del maestro, hágase que los niños los repitan solos, corrigiendo los errores y advirtiendo las omisiones en que hubieren incurrido.

Convendría que en las escuelas se formasen colecciones de objetos naturales y artificiales, clasificados convenientemente y guardados en cajitas ó recipientes con sus respectivas etiquetas. La presencia y descripción de estos objetos despiertan la curiosidad en los niños, contribuyen al desa-

rrrollo de la percepción externa, á la par que á la perfección del lenguaje, á la ordenada manifestación de las ideas habiéndose á la observación y al análisis.

La lectura, la declamación y el canto desarrollan el sentido del oído; la escritura, el dibujo, y en las escuelas de niñas las labores comunes y de adorno, ponen en actividad el de la vista.

Citaremos, por último, los paseos escolares, los cuales proporcionan al niño impresiones agradables, siendo excelente medio de desarrollo de la percepción externa; pero es necesario que estén bien dirigidos llevando á los niños allí donde más partido pueda sacarse á favor de su educación é instrucción.

## LECCIÓN XIV

MEMORIA.—Cómo ciertas ideas se modifican y cambian, mientras que otras son persistentes.—Importancia de la memoria.—Cualidades de una buena memoria.—Recuerdo, reminiscencia, memoria propiamente dicha.—Memoria casual y voluntaria.—Memoria racional y mecánica; su importancia relativa.—Aplicación en las escuelas de la memoria mecánica.—División de la memoria mecánica.—Cómo se facilita el desarrollo de la memoria en los niños.—Cómo adquiere fuerza y vigor la memoria racional.—Asociación de ideas.—Principales asociaciones que sirven de lazo á los conocimientos.—¿Deben proscribirse por completo de la escuela las lecciones de memoria?

MEMORIA es la facultad por la cual conservamos y reproducimos los conocimientos adquiridos.

Por medio de esta facultad el espíritu vive en el tiempo y el espacio; convierte lo pasado en presente; evoca las ideas adquiridas y éstas acuden á su llamamiento. Las ideas constituyen el capital de la inteligencia, el cual se conserva, se agranda ó se pierde, según la mayor ó menor actividad del espíritu, ó bien se modifica y se cambia según las necesidades creadas por la ley del progreso. Hay, en efecto, ideas que se abandonan; que se echan al panteón del olvido, por-

que ya no tienen aplicación, ó porque el espíritu está ocupado en otras que más le interesan, ó porque ha descubierto que eran falsas, producto de un trabajo mal comenzado y dirigido. Esto último sucede cuando en la infancia se ha recibido una educación sistemática y arbitraria, alimentando la inteligencia del niño con teorías y creencias absurdas encaminadas á consolidar un orden social que la razón condena. Pero la ley del progreso es de origen divino; y por grandes que sean los males causados por la ignorancia ó perversidad de ciertos directores, siempre queda al espíritu virtud suficiente para arrojar de su seno toda idea ó todo sentimiento que se opone á su perfección. Y ¡cosa admirable! esa misma ley no permite se borren de la mente aquellas ideas ó aquellos recuerdos que más afectan al orden moral, pues su permanencia es necesaria para que el alma experimente las consecuencias de su libre albedrío.

No hay palabras con que poder expresar la importancia y necesidad de la facultad que nos ocupa; su existencia es indispensable tanto á la vida del cuerpo como á la del espíritu. Por eso, sin duda, se manifiesta desde la más tierna infancia, siendo susceptible de un gran desarrollo.

Es necesaria para la vida física, porque sin la memoria no podríamos atender á las necesidades del organismo, no sabríamos qué alimentos tomar, ni qué hacer para defendernos de la intemperie.

Su influencia en la vida moral es también muy grande, pues el recuerdo de las buenas acciones nos afecta agradablemente, y nos alienta á perseverar en el camino de la virtud, continuando la obra de progreso que el espíritu ha emprendido; mientras que el recuerdo de las malas acciones nos produce remordimiento y nos obliga á aborrecer el vicio y á abandonar los defectos que nos dominan.

En cuanto á la vida intelectual, la influencia de la memoria no puede ser más patente, pues sin ella no podría darse un paso por los dilatados horizontes de la ciencia, ni podría tampoco formarse el gran libro de la historia que, como

sabemos, sirve de enseñanza á la generación presente y á las venideras.

Una buena memoria ha de reuir las cualidades siguientes: *fácil*, *extensa*, *tenaz*, *fiel* y *pronta*.

Es *fácil* la memoria cuando se apodera de las ideas, las conserva y reproduce sin esfuerzo alguno; *extensa*, cuando abarca muchos conocimientos; *tenaz*, cuando los conserva por tiempo dilatado; *fiel*, cuando conserva y reproduce las ideas tales como fueron adquiridas, y *pronta*, cuando las recuerda en el instante que se necesitan.

*Recuerdo* es el conocimiento conservado y reproducido con clara conciencia de estos dos caracteres.

Llámase *reminiscencia* un recuerdo imperfecto y oscuro, lo cual sucede cuando la memoria ejerce su actividad de un modo débil y lánguido, recordando con vaguedad los objetos, sin precisar circunstancia alguna de tiempo, de lugar, ni de modo. La memoria propiamente dicha es cuando conserva no sólo la idea, sino hasta sus principales detalles y circunstancias de tiempo.

La memoria se clasifica también en *casual* y *voluntaria*. Casual, cuando ejerce su actividad espontáneamente sin intervención de la voluntad; y es voluntaria cuando ejerce su actividad con intención de recordar lo que aprende.

Divídese asimismo en *racional* y *mecánica*. Racional, cuando retiene las ideas ó concepto de las cosas; mecánica, cuando recuerda los signos, las palabras, nombres, fechas, etc., ó sea, la que recuerda el signo prescindiendo de la idea.

El que recuerda, por ejemplo, ciertas frases bellas de un discurso, ciertas combinaciones de palabras, la actitud del orador y demás circunstancias que impresionan los sentidos, hace uso de la memoria mecánica; pero el que se fija más en el fondo que en la forma y recuerda las ideas capitales del discurso, éste se vale de la memoria racional. Por eso la memoria racional se llama también de ideas, y la mecánica, memoria de signos. Las dos son importantes; pero es indudable que la primera es de un orden superior á la segunda,

porque lo que más interesa al individuo es comprender las ideas y conservarlas para luego comunicarlas con el lenguaje que le es propio.

La memoria mecánica también es de mucha importancia, puesto que se necesita hacer uso de ella con bastante frecuencia, ora dando definiciones ó ya citando textos de autores distinguidos en apoyo de nuestros asertos. Además, existe la tendencia á imitar en palabras y acciones á los que sobresalen por su talento ó habilidad en las ciencias, artes ó profesiones. Entre los niños, sobre todo, el espíritu de imitación está muy desarrollado.

En las escuelas de primera enseñanza, el catecismo de la doctrina cristiana y las definiciones de los libros adoptados de texto se estudian haciendo uso de la memoria mecánica; pero es necesario que acompañe la explicación del profesor, aclarando las dudas y poniendo al alcance de los niños el sentido de las palabras y de las frases, pues sin este conocimiento fuera inútil todo trabajo. Lo demás debe encomendarse á la memoria racional, porque saber de memoria un libro sin haber comprendido los pensamientos que encierra, no es saber: con semejante método se sacrifica el espíritu á la letra y se destruye la vida de la inteligencia.

Los niños que no saben leer recitan una frase pronunciada por el profesor ó el que haga sus veces; aprendida que sea, se añade otra y así sucesivamente se encomiendan á la memoria oraciones ó períodos; pero los que están en disposición de manejar el libro tienen con éste y las advertencias del maestro poderoso medio de cultivar su memoria. Cuanto más se estudie, cuanto con más energía é interés se atienda, mayor desarrollo adquiere esta facultad.

La memoria mecánica, según el objeto á que con preferencia se aplica, se divide en memoria de nombres, de fechas, de lugares, de números, etc., circunstancia que los profesores deben tener presente á fin de ocupar á los niños en aquellos trabajos donde más progresos puedan alcanzar; porque es evidente que los que tengan, por ejemplo, facili-

dad en retener nombres, fechas y lugares, sobresaldrán, por poco que estudien, en geografía é historia.

Esta facultad, como todas las demás, se desarrolla por medio del ejercicio, pues la experiencia nos dice que si se la abandona se debilita de tal manera, que pierde la virtud de adquirir y retener aún las cosas más sencillas; pero adquiere gran poder estudiando con método y repitiendo las lecciones aprendidas. Esto, que es una necesidad en el adulto, lo es con mayor motivo en los niños, pues la memoria es en ellos tan fugaz que hoy no recuerdan lo que ayer aprendieron. El maestro debe tener una paciencia sin límites para repetir las lecciones cuantas veces fuere necesario, y por eso conviene se destine en las escuelas un día de la semana para dar un repaso general á lo ya estudiado.

La lectura en alta voz, la escritura, la recopilación de las lecciones mediante razonamientos expresivos, formación de cuadros sinópticos, explicaciones que impresionen vivamente á los niños, la presencia de los objetos que se trata de dar á conocer, y por fin, todo lo que en cierto modo dé forma y cuerpo al pensamiento, facilita considerablemente la acción de la memoria.

La memoria racional se desarrolla principalmente estudiando las asignaturas con toda conciencia, fijándose bien en el enlace de las ideas, abarcando de una sola mirada los puntos más culminantes de la materia que se estudia, haciendo las debidas aplicaciones de los principios y reglas, comentando lo que se lee, penetrándose del pensamiento del autor y expresándolo por medio del lenguaje usual, propio de cada niño.

Las ideas se presentan en la mente como si unas obedecieran al llamamiento de otras. La presencia de un objeto, el simple recuerdo de un hecho, una sola palabra, basta á veces para que súbitamente acudan en tropel á nuestra mente multitud de ideas. Ignórase todavía la ley por la cual se verifica este fenómeno; sábese que es tan importante como necesario, puesto que si no se estableciese esa corriente de

ideas en nuestra inteligencia no podríamos hablar; cuando más pronunciaríamos palabras sueltas. Si las palabras se suceden sin interrupción en el discurso, débese á que las ideas se evocan ó se atraen rápidamente. Este fenómeno se conoce con el nombre de *asociación de ideas*. Esta ley debe fundarse en una propiedad especial del espíritu, en algo que sea permanente, capaz de poner en movimiento, por decirlo así, las ideas, haciendo que se atraigan mutuamente.

Las principales asociaciones que sirven como de lazo á nuestros conocimientos son: 1.º, la de orden ó asociación inmediata; 2.º, de contigüedad; 3.º, de semejanza; 4.º, de contraste; 5.º, de causa con efecto ó viceversa; 6.º, de espacio; 7.º, de tiempo. Estas relaciones ayudan poderosamente la memoria.

En algunas escuelas se abusa de tal modo de la memoria de los niños, que se les obliga á estudiar literalmente las lecciones, y todo el trabajo del maestro consiste en hacer que las reciten sin añadir ni quitar una palabra, debiendo marcar con el mayor cuidado las pausas indicadas por los signos de puntuación. Semejante procedimiento es perjudicial en sumo grado, contrario á los principios pedagógicos, porque convierte á los niños en verdaderos autómatas, en simples máquinas de repetición, ó en una especie de papagayos que pronuncian sonidos, pero sin conciencia de lo que significan. Las facultades superiores de la inteligencia quedan como aletargadas por falta de ejercicio; y aun suponiendo que el niño comprendiera lo que dice, se acostumbraría á no poner nada de su parte, á no pensar, sino simplemente á expresar lo que otros han inventado. Toda la vida se resiente el niño de esta mala educación, y cuando llega á ser adulto pasa entre los conciudadanos por hombre superficial, sin criterio propio, á quien no puede encomendarse asunto alguno de importancia.

En vista de tan fatales consecuencias, no es de extrañar que se haya tratado de suprimir en las escuelas las lecciones de memoria, fiándolo todo á los esfuerzos del profesor y á la iniciativa particular de los niños; pero en este caso

se desconoce la importancia de la facultad que nos ocupa, y se prescinde de uno de los medios más eficaces para su desarrollo. Nosotros opinamos, pues, que no es conveniente la supresión en las escuelas de las lecciones de memoria; en primer lugar, porque el niño ha de cultivar la memoria de palabras, lo cual es muy interesante; y en segundo lugar porque es indispensable que se desarrolle esta preciosa facultad, que tanto contribuye al buen éxito de los trabajos intelectuales. Toca á los profesores dirigirla con acierto, á fin de que se desenvuelva en armonía con las demás facultades de la inteligencia.

## LECCIÓN XV

IMAGINACIÓN.—Cuándo se llama *reproductora* y cuándo *productora* ó *creadora*.—Por su fin, como se divide.—Importancia de la imaginación.—Necesidad de dirigirla.—Cuándo se manifiesta su mayor actividad.—Medios que tiene el Maestro para favorecer en los niños el desarrollo de esta facultad.—De qué provienen los extravíos de la imaginación y modo de evitarlos.—Cómo debe tratarse á los niños de corta imaginación y cómo á los que la posean exaltada.

IMAGINACIÓN es la facultad de la inteligencia por la cual vemos en nuestra mente los objetos tal cual existen, ó bien, combinando las ideas que la memoria atesora, nos representamos otros que no tienen existencia real en la naturaleza (1).

En el primer caso la imaginación se llama *reproductora*, y en el segundo *productora* ó *creadora*. Por poco que uno

---

(1) Como por medio de esta facultad se presentan las ideas bajo la forma sensible ó material, se la considera por algunos filósofos como facultad sensitiva, y no como facultad intelectual. Otros suponen que la imaginación es una facultad fundamental del alma. Mas si el espíritu concibe no sólo lo universal de las cosas, sino también lo singular ó individual, ¿por qué la imaginación no ha de incluirse entre las facultades subalternas de la inteligencia?—Para no confundir, dicen aquéllos, el espíritu humano con el del perro.—¡Ah! jamás el sér humano, ni corporal ni espiritualmente considerado, se confundirá con los demás seres de la naturaleza.

reflexione hará en sí mismo la distinción de ambas clases de imaginación. Si pensamos, por ejemplo, sobre el país natal, allí donde pasamos los primeros años de la infancia, al momento aparecen en nuestra mente las imágenes de las cosas que más nos halagaron. Vemos la casa de nuestros queridos padres, el hogar donde recibimos las primeras impresiones, con todos los objetos que en él había; vemos la iglesia donde elevamos al cielo sentidas preces; la escuela donde conocimos un hombre cariñoso, un verdadero padre, y numerosos amigos, cuya memoria no se borrará jamás de nuestra alma; vemos las praderas, los árboles, los ríos, los sembrados, los senderos, los animales; en fin, todo lo que daba vida y animación á la naturaleza. Y todo esto se nos presenta con los colores más vivos y sin que se oculte detalle alguno: tal es el poder de la imaginación *reproductora*.

A veces combinamos las ideas tomando de aquí un elemento, de allá otro, y de acullá otro, y así formamos un conjunto que no representa objeto alguno real: las combinaciones pueden multiplicarse indefinidamente, dando á estos seres ideales mil formas que afectan agradable ó desagradablemente al espíritu, y en esto consiste la imaginación *productora* ó *creadora*, que también se llama *fantasía*.

Por su fin, se divide la fantasía en *sensible*, *esquemática* y *poética*.

Sensible, cuando representa cosas materiales, como un edificio; esquemática, cuando en forma sensible representa ideas abstractas, como Minerva, símbolo de la ciencia; poética, cuando representa creaciones artísticas.

Según dice un autor, la fantasía poética es el órgano de la poesía y del arte en general, la representación de lo bello en las condiciones del espacio, del tiempo y del movimiento. Las obras que produce se llaman *bellas*, y en ellas interviene mucho la ficción. Cuando estas obras nos impresionan fuertemente por lo nuevo, por lo bello y por la perfección del conjunto, la fantasía productiva, por la que el hombre recibe comunmente el nombre de *artista* (poeta, pintor, músico,

etc.), se denomina *genio*, *numen*, *inspiración*, etc. Aplicada la fantasía á las artes individuales y mecánicas, recibe el nombre de *invención* y sus productos el de *inventos*.

Es de importancia suma la imaginación, no sólo por su influencia en el desarrollo de las demás facultades del alma, sino porque tenemos que hacer uso de ella frecuentemente en la vida.

Cualquiera que sea la profesión á que el hombre se dedique, necesita, en efecto, hacer uso de la imaginación. Antes de ejecutar una obra, por insignificante que sea, nos la representamos en la mente, trazando y combinando sus principales líneas, modificándola y haciendo los retoques necesarios hasta que quede lo más perfecta posible. Esta operación intelectual precede siempre á la ejecución de la obra, porque de lo contrario caminaríamos á ciegas y nos estrellaríamos en todas nuestras empresas. Un simple artista, por ejemplo, que trata de construir un objeto, traza en su mente las líneas que lo representan, lo vé más ó menos perfecto y lo adorna con algunas preciosidades; después toma el material y los instrumentos y comienza á trabajar obedeciendo al proyecto formado.

Un carpintero recibe el encargo de construir un armario: primero lo forma en su mente, valiéndose de la imaginación, y luego no hace más que trasladar á la materia el cuadro que en su interior se le presenta: sin esta operación intelectual no podría el artista desempeñar su cometido. Lo propio acontece en el arquitecto, el escultor, el pintor y en cuantos se dedican á cultivar un arte ó una industria cualquiera. De lo material pasemos á lo moral. Un individuo, deseando perfeccionarse en su vida y costumbres, concibe un plan de conducta más perfecto del que venía practicando, y ajusta á él todas sus acciones, obteniendo así un grado más de elevación y felicidad. Pues bien, este cambio, este progreso es fruto de la imaginación ayudada de las facultades superiores de la inteligencia.

Otro que está dominado por pasiones desordenadas, con-

cibe un estado de vida halagador á los sentidos, cuadros encantadores que encienden sus apetitos, y desoyendo la voz de su conciencia, corre presuroso á ponerlo en práctica, aunque para ello tenga que infringir las leyes más sagradas. He aquí un ejemplo tristísimo de la influencia que la imaginación ejerce en la voluntad del hombre.

La imaginación bien dirigida es manantial fecundo é inagotable de prosperidad y grandeza: forma artistas ilustrados, obreros hábiles, hombres eminentes en todas las carreras, insignes patricios, héroes que immortalizan las páginas de la historia; mientras que una imaginación extraviada es origen de toda clase de calamidades, como la desmedida ambición, el orgullo, la pedantería y la locura, produciendo artistas ramplones, obreros atolondrados é ignorantes, pequeños hombres de gobierno y, en vez de héroes, agitadores perpetuos, azote de la humanidad.

Siendo, pues, tan señalada la influencia de la imaginación en la vida del hombre y en la manera de ser de los pueblos, todo cuidado será poco para dirigirla de la manera más conveniente. Esta facultad comienza á funcionar desde la más tierna infancia, habiendo quien opina que aparece juntamente con la memoria.

La mayor actividad de la imaginación se manifiesta en la soledad, en los sueños, y en general cuando las demás facultades se hallan, por decirlo así, en reposo. Cuanto más claras son las percepciones, con tanta mayor facilidad las reproduce la imaginación. Es necesario, pues, presentar á la consideración del niño, cuadros que le impresionen vivamente y que puedan servirle de ejemplo durante su vida debiendo ver en el mismo educador un perfecto modelo de moral práctica.

La descripción de cuadros sociales, ora explicando la situación de una pobre madre rodeada de sus pequeñuelos, huérfanos de padre, y para quienes no tiene otro alimento que el cariño, ni más consuelo que lágrimas de dolor; ora manifestando los terribles efectos de ciertas pasiones desordenadas, como la envidia, el odio, el juego, etc.; ora mos-

trando las grandes ventajas que resultan de la práctica de la virtud, son excelentes medios para desarrollar la imaginación, y con ella el sentimiento del amor al prójimo.

La descripción animada y pintoresca de los hermosos cuadros de la Naturaleza, las maravillas que ésta nos ofrece por todas partes, su grandeza y sublimidad, no sólo desenvuelven la tierna imaginación del niño, sino que despiertan en su corazón el sentimiento religioso, el amor á Dios y la fé en su providencia.

La explicación de los acontecimientos más notables de la historia patria y la de biografías de hombres célebres, desarrollan asimismo la imaginación del niño, excitan su entusiasmo, le enseñan á honrar la memoria de nuestros antepasados y le preparan á ser un buen ciudadano, amante de las glorias de su país y protector de cuanto conduzca al bienestar moral y material de los pueblos.

Contribuyen también al desarrollo de la facultad que nos ocupa, las historietas ó fábulas que encierran un fin moral, cuentos ó anécdotas, descripciones de viajes, la lectura de poesías tiernas y animadas, el relato de los principales pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, el dibujo, el canto, la música, las labores de adorno y demás materias de enseñanza. En todas encontrará el maestro abundantes ejemplos con que interesar la imaginación del niño en sus diferentes grados y aplicaciones.

Los extravíos de la imaginación provienen de tomar por realidades lo que es puramente fantástico; de exagerar los bienes ó males que puedan resultar de los hechos que se presentan á la vista del niño; de los medios violentos empleados en su educación; del temor ó del miedo; de la lectura de ciertas novelas en que los autores se olvidan de su elevada misión; de las pasiones desordenadas, de impresiones demasiado vivas, y finalmente de la falta de equilibrio en el desarrollo de las facultades fundamentales del alma, sobre todo cuando la sensibilidad domina á la inteligencia y á la voluntad.

Para evitar en los niños los extravíos de la imaginación,

es necesario acostumbrarlos á distinguir la verdad del error, lo verosímil de lo inverosímil, lo cierto de lo dudoso, lo real de lo puramente fantástico, la felicidad verdadera de la aparente; en una palabra, enseñarles á hacer recto uso de la facultad superior de la inteligencia, que es la razón.

Los profesores deben estimular y alentar á los niños de corta imaginación, y tener á raya á los que la posean demasiado exaltada: los primeros necesitan recibir impresiones fuertes, cultivar con preferencia la percepción externa ó sensible, que sirve de fundamento á la imaginación; y los segundos, por el contrario, deben ser tratados con templanza, acostumbrarlos á analizar los hechos, á investigar sus causas y á sujetarlo todo á la más severa crítica.

## LECCIÓN XVI

Juicio.—Materia y forma del juicio.—Elementos del juicio.—Necesidad é importancia de esta facultad.—División de los juicios por razón de la cantidad, cualidad, relación y modalidad.—Juicios simples y compuestos, verdaderos y falsos, del orden material y abstracto, inmediatos y mediatos.—Sentido común, juicio recto.—Facilidad con que los niños forman juicios falsos.—Principales causas que nos inducen al error.—Reglas para juzgar con acierto.—Primeros juicios que forma el niño.—Desarrollo progresivo del juicio explicando como comienza á formar juicios del orden moral.—Cuidado que en este caso se requiere por parte del maestro.—Eficacia de la forma interrogativa para el desarrollo del juicio.—Qué otros medios conducen al mismo fin en las escuelas.

JUICIO es la facultad de la inteligencia por medio de la cual afirmamos la relación percibida entre dos ideas. Defínese también diciendo que es el acto del entendimiento en virtud del cual afirmamos algo de una persona ó cosa, como *Antonio es aplicado*.

Siempre que en nuestra mente ponemos una idea frente de otra y afirmamos su relación de conveniencia ó inconveniencia, formamos un juicio. Si pensando sobre el planeta *tierra* afirmamos interiormente que *es redonda*, quedará formado un juicio; y si afirmásemos *que no es cilíndrica*,

resultaría otro juicio. De modo que en el juicio siempre se afirma la conveniencia ó desconveniencia entre dos ideas.

Las dos ideas que se comparan constituyen lo que se llama *materia* del juicio y la relación se denomina *forma*. La materia es tan variable como las ideas; mas no así en cuanto á la forma, que es idéntica en todos lo juicios.

En el juicio, según se ve, hay que distinguir tres elementos: 1.º la idea fundamental que representa el sér de quien afirmamos algo, y se llama *sujeto*; 2.º la idea que representa las cualidades, condiciones y propiedades que se afirman ó niegan, y se llama *atributo ó predicado*, y 3.º la idea intermedia que representa la relación entre el sujeto y predicado, y se llama *cópula*. Así, en la oración *Juan es virtuoso*, el nombre propio *Juan* representa el sujeto; el verbo es la *cópula* y el adjetivo *virtuoso* el atributo ó predicado.

La facultad de juzgar es absolutamente necesaria, pues sin ella no fuera posible conocimiento alguno: por el juicio, en efecto, nos hacemos cargo de las propiedades de los seres, de las relaciones entre unos y otros, enlazamos las ideas y así vamos ensanchando la esfera de acción de la inteligencia.

Divídense los juicios por razón de la cantidad, por su cualidad, relación y modalidad.

Llámase *cantidad* en el juicio la mayor ó menor extensión del sujeto; la *cualidad* es la esencia del juicio y consiste en la conveniencia ó desconveniencia que hay entre el sujeto y el predicado; *relación* es la clase de dependencia que existe entre ambos elementos; *modalidad* es el grado de fuerza con que se relacionan.

Con respecto á la cantidad, se dividen los juicios en *universales*, *particulares* y *singulares*. Son universales aquellos cuyo sujeto se toma en toda su extensión, como *el hombre piensa*; particulares, aquellos cuyo sujeto se toma en una extensión indeterminada, ó bien cuando el predicado conviene á parte de una clase, género ó especie, como *algunos niños son aplicados*; singulares ó individuales,

cuando el predicado tan sólo conviene á una persona ó cosa determinada, como *Luis escribe bien*.

Por razón de la cualidad, se dividen los juicios en *afirmativos, negativos y limitativos ó indefinidos*. Afirmativos, cuando el predicado conviene al sujeto, como el *pedernal es duro*; negativos, cuando el predicado no conviene al sujeto, como *Luis no es amable*; limitativos, cuando se afirma que al sujeto no conviene el predicado que se expresa, callándose el que le puede convenir, como *la niña es no perezosa*. En estos juicios el signo de negación va inmediatamente después del verbo.

En cuanto á la relación, los juicios se dividen en *categóricos, hipotéticos y disyuntivos*. Los categóricos son de simple enunciación, afirmación ó subordinación del predicado al sujeto, como *el sol es una estrella fija*; hipotéticos, cuando están sujetos á una condición, como *SERÁS FELIZ SI observas buena conducta*; disyuntivos, cuando se afirma que al sujeto conviene uno ú otro de dos ó más atributos que se expresan, como *este perro está vivo ó muerto*.

Por lo que hace á la modalidad, los juicios pueden ser *problemáticos, asertóricos y apodícticos*. Problemáticos, cuando el predicado es posible que convenga al sujeto, como *el alma puede ser inmortal*; asertóricos, cuando sencillamente se expresa que el predicado conviene al sujeto, como *el alma es inmortal*; apodícticos cuando por necesidad ha de convenir el predicado al sujeto, como *el alma no puede menos de ser inmortal*.

Además, los juicios pueden ser simples y compuestos, verdaderos y falsos, del orden material y abstracto, inmediatos y mediatos.

El juicio se llama *simple*, cuando de un sujeto se afirma un solo predicado, como *este papel es fino*.

*Compuesto*, cuando equivale á dos ó más juicios, lo cual sucede siempre que de un sujeto se afirman dos ó más predicados, ó cuando de dos ó más sujetos se afirma uno ó más predicados, como *el aire es elástico y transparente*.

Para averiguar el número de juicios simples á que equivale un juicio compuesto, se multiplica el número de sujetos por el número de predicados, y el producto expresará el número de juicios simples.

El juicio es *verdadero* cuando se atribuyen al sujeto cualidades que le son propias; *falso* cuando se atribuyen al sujeto cualidades que no tiene.

Juicios del *orden material* son los que recaen sobre los objetos ó hechos que afectan á nuestros sentidos; *abstractos*, cuando las ideas que se comparan son también abstractas; *inmediatos* ó *directos*, cuando la facultad de juzgar descubre instantáneamente y sin trabajo la verdadera relación entre el sujeto y predicado; *mediatos*, *indirectos* ó *reflexivos*, cuando para descubrir la relación se necesita del auxilio de otro juicio.

*Sentido común* es la facultad de formar juicios inmediatos. Juicio *recto* es un don, ó más bien, un hábito de formar juicios verdaderos.

Los niños, como que ignoran las propiedades esenciales de los objetos, forman y expresan con frecuencia juicios falsos, y en tal caso deben los profesores corregirlos haciendo las advertencias necesarias para que comprendan el error que han cometido: en esto consiste la principal tarea de la educación. Hay que tener especial cuidado en que el niño distinga bien los elementos del juicio y en que no se deje engañar por meras apariencias, por el egoísmo ú otros móviles apasionados.

La ignorancia, la precipitación y las pasiones desordenadas son las principales causas que nos inducen al error. Por eso es necesario ilustrar la inteligencia del niño, habituarlo á obrar con calma y obedecer constantemente á la voz del deber.

Todo el mundo desea juzgar con acierto, pues en ello estriba la buena reputación y el prestigio de cada uno: y para conseguirlo deben observarse las reglas siguientes: 1.<sup>a</sup> conocer á fondo los objetos: 2.<sup>a</sup> examinarlo todo con ánimo

tranquilo y sereno; 3.<sup>a</sup> imparcialidad hasta para con nuestros mayores enemigos, y 4.<sup>a</sup> amor á la verdad.

Los primeros juicios que forma el niño versan sobre las personas y cosas que le rodean, sobre aquello que más vivamente impresiona sus sentidos, y en general sobre todo lo que satisface sus gustos y aspiraciones. A medida que se extiende el círculo de sus percepciones, aumentan también los materiales del juicio; la inteligencia se enriquece y adquiere mayor energía para la investigación de la verdad: el niño vive de impresiones, siendo la Naturaleza el gran libro donde hace sus primeros estudios. De aquí la necesidad de poner en ejercicio la percepción externa haciendo uso, en la enseñanza, de la forma intuitiva. Mas no tarda en fijarse en los fenómenos de su propia conciencia, en las causas que nos impulsan á obrar en uno ú otro sentido, en la significación de ciertas palabras que oye pronunciar con frecuencia, en el mérito relativo de las acciones que el hombre ejecuta, en la inmensa diferencia que existe entre él y los demás seres, en el bien que resulta cuando se atiende á las necesidades del prójimo, etc., etc.; entonces se abren ante su espíritu nuevos horizontes, comienza la inteligencia á adquirir ideas del orden moral y formar juicios de un orden más elevado. Por lo mismo se necesita de parte del maestro el mayor cuidado á fin de que la inteligencia del niño no forme conceptos equivocados. Hacer que éste se reconcentre en sí mismo, explicaciones tan claras como sea posible, un método riguroso en los estudios, caminando siempre de lo conocido á lo desconocido; ejercicios prácticos en todas las enseñanzas para que se convenza de la utilidad de cuanto se le enseña y una atención profunda en todo, son los medios más acertados para que el alumno no se desoriente en la formación de estos juicios.

La forma interrogativa en general, sobre todo la socrática, no sólo sirve para despertar el interés del niño y conservar su atención, sino para rectificar los errores, desvanecer las dudas y obligar al niño á juzgar con acierto aun en las

cuestiones más difíciles; es, además, un gran medio de acostumbrarse á la discusión y un poderoso instrumento para remover cuantos obstáculos se oponen al descubrimiento de la verdad.

Las lecciones sobre objetos, los ejercicios de composición sobre temas sencillos é interesantes, el análisis gramatical y lógico, la resolución de problemas de aritmética, la corrección de un escrito que tenga faltas de concepto y de lenguaje, y en una palabra, haciendo que la enseñanza sea racional á la vez que práctica, son los medios más eficaces que tiene el maestro para favorecer en los niños el desenvolvimiento del juicio.

El instinto de curiosidad está muy desarrollado entre los niños, y continuamente, deseando satisfacer el afán de saber, hacen preguntas sobre los objetos y los fenómenos, por lo que deben los profesores aprovecharse de esta feliz disposición dando las explicaciones necesarias: así se desarrolla el juicio á la par que se adquieren multitud de conocimientos.

Finalmente, para que los juicios resulten exactos y verdaderos, conviene fijar bien el sentido de las palabras, hacer recto uso de las mismas observando los preceptos gramaticales, formular definiciones claras y sencillas, sentar bases sólidas en todas las materias, no encomendar nada á la memoria que no esté perfectamente comprendido, y procurar que haya el mayor encadenamiento posible entre las ideas.

---

## LECCION XVII

**RACIOCINIO.**—Fundamento del raciocinio.—Silogismo.—Entimema.—Materia y forma.—En qué se diferencia el juicio del raciocinio.—Silogismo categórico, condicional, disyuntivo y exclusivo.—Imposibilidad de dividir los raciocinios como los juicios.—Cuidado que debe tenerse en la formación de los silogismos.—Dilema.—Sofisma y de qué procede.—Raciocinio inductivo y deductivo.—Preferencia de la forma inductiva en las escuelas. Ejemplos.—Importancia de esta facultad; época en que comienza á funcionar, ejemplos que lo comprueban.—Orden que debe seguirse en su desarrollo; medios eficaces para conseguirlo.

Si pensando en el color de un cuerpo, afirmamos interiormente que es claro ú oscuro, azul ó encarnado, habremos formado un juicio; pero si pensando en el mismo color y examinando sus cualidades, venimos en conocimiento de los ingredientes que han formado la materia colorante, habremos hecho un *raciocinio*. Luego podemos definir el raciocinio diciendo que es el acto con que inferimos una cosa de otra, ó sea, la facultad por la cual comparamos dos juicios deduciendo de esta comparación otro que llamamos consecuencia.

También suele llamarse raciocinio una serie de juicios por medio de los cuales venimos en conocimiento de una verdad, como cuando se demuestra el enunciado de un teorema. Pero en este caso se confunde el efecto con la causa.

En el raciocinio se hace aplicación del axioma matemático que dice: *dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí*. Por ejemplo, todo cuerpo es pesado; el aire es cuerpo, luego el aire es pesado. Aquí tenemos las siguientes igualdades: cuerpo igual á pesado; aire igual á cuerpo; aire igual á pesado. Esta se deduce de las dos primeras.

Cuando en el razonamiento se distinguen las tres proposiciones, recibe el nombre de *silogismo*; cuando se suprime una y sólo se expresan dos, se llama *entimema*, como en *yo pienso, luego existo*. La primera proposición del silogismo

se llama *premisa mayor*, la segunda *premisa menor*, y la tercera *conclusión*.

En todo razonamiento, lo mismo que en el juicio, se advierten dos cosas: la *materia* y la *forma*. La materia comprende las premisas, y la conclusión la forma. Esta última expresa la relación de las dos primeras.

Por lo tanto, diferénciase el juicio del raciocinio en que por el primero se relacionan dos ideas, y por el segundo dos juicios. En el fondo son iguales, puesto que en el raciocinio la conclusión es un simple juicio reflexo.

El silogismo puede ser *categorico*, *condicional*, *disyuntivo* y *exclusivo*.

Llámanse *categorico*, cuando parte de una proposición general por la cual se asevera una cosa cualquiera; *condicional*, cuando la primera expresa una hipótesis; *disyuntivo*, cuando parte de una proposición que consta de varios miembros, de los que sólo uno puede ser verdadero; *exclusivo*, cuando en la premisa se establece la incompatibilidad de dos atributos. Todos los cuerpos son movibles; es así que las estrellas fijas son cuerpos, luego las estrellas fijas son movibles: he aquí un raciocinio *categorico*.—Si la tierra gira sobre sí misma en veinticuatro horas, el movimiento del sol al rededor de la tierra no es más que aparente; es así que la tierra gira en veinticuatro horas sobre sí misma, luego el movimiento del sol es aparente. Este raciocinio es *hipotético* ó *condicional*.—La paz perpetua es, ó una exigencia de la razón ó una quimera; es así que es una exigencia de la razón, luego la paz perpetua no es una quimera. Aquí tenemos un raciocinio *disyuntivo*.—Un sistema de filosofía no puede ser al mismo tiempo verdadero é inmoral; el panteísmo es inmoral, luego no puede ser verdadero. Este es un raciocinio *exclusivo*.

No se pueden dividir los raciocinios partiendo de la cantidad, porque la premisa mayor ha de ser siempre universal, y por consiguiente todo raciocinio expresa idea de totalidad. Tampoco se pueden dividir en cuanto á su cualidad como los

juicios, puesto que una mayor es indiferentemente afirmativa ó negativa. Por último, siendo necesaria toda conclusión en el raciocinio, no puede éste dividirse en cuanto á la posibilidad ni en cuanto á la existencia, sino que todos tienen por carácter la necesidad.

Cuidese sobre todo de que la premisa mayor sea verdadera, y que en ella esté contenida la menor, pues de lo contrario la conclusión sería falsa. Decimos esto, porque los niños suelen quebrantar con facilidad esta regla, y en tal caso forman raciocinios falsos.

El *dilema* es un silogismo que pone al contrario en la precisión de elegir entre dos proposiciones para sacar de cualquiera de ellas una consecuencia.

Un razonamiento falso ó del cual se deduce una consecuencia que no es verdadera, se llama *sofisma*. Esto sucede cuando se expresa alguna premisa inexacta, ó bien porque no se deduzca lógicamente la consecuencia. Resulta unas veces de no comprender bien la cuestión, probando ó demostrando una cosa en lugar de otra; otras de querer demostrar una proposición con ella misma, lo que se llama *petición de principio*; otras de pretender demostrar una proposición con otra, que es á su vez demostrada por la primera, lo cual se llama *círculo vicioso*; otras de tomar por causa un efecto; otras de sacar de un hecho particular una consecuencia general, y otras, finalmente, de la ambigüedad de los términos. La definición es, en general, el mejor remedio contra los sofismas.

El raciocinio puede ser también *inductivo y deductivo*.

Inducción ó raciocinio inductivo es el acto de la inteligencia por el cual se infiere un juicio general de juicios particulares, ó sea, cuando del conocimiento de los efectos nos elevamos al de las causas, de lo concreto á lo abstracto, de los ejemplos á la definición.

Deducción ó raciocinio deductivo es la marcha que sigue la inteligencia cuando de un principio inferimos una consecuencia ó cuando del conocimiento de las causas descende-

mos al de los efectos; de lo abstracto se pasa á lo concreto, de la definición á los ejemplos y, en una palabra, de lo general á lo particular.

La forma inductiva es la que comunmente se emplea en las escuelas de primera enseñanza por ser la que mejor se adapta al desarrollo intelectual de los niños. El maestro dice, por ejemplo: «Este objeto que tengo en la mano se llama *libro*, este otro, *papel*, y aquí vemos otros varios objetos que se llaman *mesa*, *tintero*, *pluma*, *mapa*, etc., etc. Para nombrar las personas nos valemos de las palabras *Luis*, *Juan*, *Antonio*, *Pedro*, y otras mil. Pues bien, estas palabras se llaman en gramática *nombres*; por lo tanto, diremos que nombre es toda palabra que designa una persona ó cosa.» El maestro que se explica así, hace uso de la forma inductiva, toda vez que del conocimiento de los ejemplos se ha elevado á la definición ó sea de lo particular á lo general.

Por el contrario, si diera principio por la definición y luego pasara á poner los ejemplos, haría uso de la forma deductiva.

En la enseñanza de la aritmética, el maestro se propone dar á los niños una idea de la multiplicación, y dice: «Todos vosotros sabéis la lección que voy á explicaros, porque la habeis practicado ya diferentes veces; quiero daros una idea de lo que es la *multiplicación*. Si un pañuelo vale tres pesetas, claro es que dos pañuelos valdrán dos veces tres pesetas, ó sea tres pesetas más tres pesetas, ó lo que es lo mismo seis pesetas; tres pañuelos valdrán tres veces tres pesetas, ó sea, nueve pesetas; cuatro pañuelos, cuatro veces tres pesetas, ó sea doce pesetas, y asi sucesivamente podríamos hallar el valor de un número cualquiera de pañuelos á tres pesetas cada uno. En esto consiste la multiplicación, operación que sin duda alguna la habréis hecho muchas veces, y por eso os dije que vosotros ya sabíais la lección que quería explicaros. Hemos repetido el número tres varias veces, y como éste podría repetirse cualquiera otro, tanto si fuese entero como quebrado; y bien, siempre que se haga esta

operación, se multiplica. Por lo tanto, diremos que multiplicar es una operación que tiene por objeto repetir un número tantas veces como unidades tiene otro.» El profesor que de esta suerte hace raciocinar á los niños, emplea también la forma inductiva. Pero si siguiera la marcha contraria, esto es, comenzando por la definición y descendiendo luego á los ejemplos, emplearía la forma deductiva, que por lo regular se usa en los repases, ó bien cuando los niños poseen una inteligencia bastante desarrollada.

La facultad que nos ocupa es, como se vé, de inmensa importancia: por ella descubrimos los secretos que encierra la naturaleza, depuramos la verdad, enlazamos los conocimientos y construimos todas las ciencias. Por eso en las escuelas la enseñanza ha de ser eminentemente racional.

Aparece desde la más tierna infancia, como se observa en los parvulitos cuando piensan sobre alguna cosa que les interesa. Discurriendo sobre la manera de evadirse del cumplimiento de un deber, de ir, por ejemplo, á la escuela, se le ocurre á uno la idea de fingirse enfermo, porque sabe que los niños enfermos se quedan en casa: llora, grita y se revuelve en la cama, hace ver que sufre atrocemente, hasta que la madre, compadecida, le prodiga todo género de atenciones, y le dice: «hijo mío, no te muevas de la cama, ya pasaremos un recado al maestro.» El niño ha triunfado, y este triunfo es resultado de un verdadero raciocinio.

Al pasar por una calle advierte que hay un edificio que amenaza ruína, y para librarse de una muerte casi segura si el edificio se desplomase en el momento de llegar á él, cambia el niño de dirección y pasa por otra calle: he aquí otro acto en el cual se descubre un raciocinio.

Otro vé que su hermanito lleva la cara ensangrentada de arañazos, y de aquí infiere que ha reñido con algún amiguito: he aquí otro raciocinio. Los que dicen, pues, que los niños no raciocinan, están en un error.

El orden seguido en el desarrollo del juicio debe seguirse con respecto al raciocinio, y son aplicables aquí las mismas

reglas; pero debe procederse con mucha discreción, porque los niños, careciendo de la instrucción suficiente para comprender ciertas verdades, no podrían sacar las consecuencias que entrañan ni hacer aplicación alguna. No basta que hayan aprendido de memoria los principios de una ciencia, sino que es necesario que los hayan comprendido bien y estén en disposición de practicarlos: no siendo así, la enseñanza sería completamente nula. Por lo tanto, en todo lo que esté al alcance de los niños se debe hacer que ellos mismos se habitúen á deducir de lo que han visto en un caso particular, lo que debe ser en todos los casos semejantes. Han visto, por ejemplo, que un compañerito, por haber comido en exceso, ha tenido una grave enfermedad, que ha puesto en peligro su vida, obligándole á guardar cama por espacio de muchos días, dando trabajo á la familia, disgustos de consideración y no pocos gastos. Pues bien, de aqui infieren los niños que debe pasar lo mismo en todos los casos semejantes. Con tales datos están los niños suficientemente preparados para desarrollar el siguiente tema: «Consecuencias de la glotonería;» y con este trabajo y otros mil de igual índole que pueden presentarse, se pondrá en actividad el raciocinio: no hay nada que haga discurrir tanto á los niños como los ejercicios de composición, siendo, por lo tanto, uno de los medios más eficaces que se conocen para facilitar el desenvolvimiento de esta facultad.

Por lo demás, todas las materias de enseñanza ofrecen medios poderosos de desarrollo, y el secreto para conseguirlo estriba en que la enseñanza sea racional y esencialmente práctica: todo lo cual depende de la actividad del maestro y de su amor á la niñez.

---

## LECCIÓN XVIII

ABSTRACCIÓN: su importancia.—Cuándo aparece esta facultad.—Carácter de las abstracciones hechas por los niños.—Cuidado que debe tenerse en la enseñanza respecto á las ideas abstractas. Cómo se va desarrollando esta facultad.—COMPARACIÓN; su importancia en las escuelas.—GENERALIZACIÓN.—Qué es generalizar.—Importancia de esta facultad.—Cuándo comienza á funcionar; ejemplos que lo comprueban.—Extensión y comprensión de las ideas.—Género, especie, individuo y diferencia.—Las ideas de género y especie son relativas.—Distinción del género y diferencia en las definiciones.—Generalización verdadera y falsa.—Facilidad con que los niños forman falsas generalizaciones y qué debe hacerse para evitarlo.

Podemos considerar como un caso particular de la atención las facultades llamadas *abstracción*, *comparación* y *generalización*.

ABSTRACCIÓN es la facultad por medio de la cual la inteligencia separa cosas que en realidad están unidas para estudiarlas en sí mismas.

Si examinando una azucena sólo nos fijamos en su blancura, sin pensar en su forma, en su perfume, su tamaño, etc., abstraemos; y el concepto que formamos de la blancura, considerando esta cualidad en sí misma, es una idea abstracta.

Todo cuerpo, por diminuto que sea, tiene la propiedad de ser largo, ancho y grueso; estas tres cualidades son inseparables del cuerpo, y sin embargo podemos fijarnos en una de ellas prescindiendo de las otras, como por ejemplo, en lo largo, é imaginar esta cualidad por sí sola; entonces hacemos uso de la abstracción. La palabra *longitud* expresa una idea abstracta. Las palabras que expresan ideas abstractas, se llaman en gramática *nombres* ó palabras *sustantivas*.

En virtud de los dos ejemplos que preceden, podría definirse la abstracción diciendo, que es la función por la cual separamos mentalmente las cualidades ó caracteres de los objetos á que están natural ó esencialmente unidos.

Aunque la abstracción sea esencialmente analítica, dife-

renciase del análisis, en que éste es objetivo ó de cosas materiales, mientras que aquélla es un análisis subjetivo ó de ideas.

No puede llamarse conocimiento sino aquel que es producto de la abstracción; de manera que sin esta facultad nuestra inteligencia estaría vacía de conocimientos. Por eso el carácter de las ciencias es el de ser todas abstractas; pero toman especialmente este nombre aquellas que, como las matemáticas, no necesitan de los sentidos para asentar sus verdades.

Lo que acabamos de manifestar demuestra la necesidad é importancia de la abstracción; y para más convencernos de ello basta tener presente que la inteligencia del hombre es limitada, y, no pudiendo abarcar de una sola mirada el conjunto de cualidades de los objetos, vese precisada á estudiarlas separadamente: así vamos por grados venciendo las dificultades y haciéndonos cargo de cuanto deseamos conocer.

Esta facultad aparece desde la más tierna infancia: el niño, cuando aprende las letras del alfabeto ya abstrae, de lo contrario no podría formarse concepto de las figuras ni llegaría jamás al conocimiento de la palabra. Es verdad que no sabe darse cuenta de lo que hace ni lo entendería aunque se le explicase; pero llega un momento en que fija su atención en los fenómenos que se realizan en su interior, y entonces descubre la existencia de la abstracción.

Al principio las abstracciones que hacen los niños son muy rudimentarias, porque, no teniendo apenas noción de las cosas, fijanse tan sólo en aquellas cualidades que más impresionan sus sentidos. Si les ponemos delante una bujía encendida se fijarán en la luz, que, por ser lo que más brilla, es lo que más solicita su atención. A la vista de varias flores de color distinto, fijarán más la atención en la del color más vivo. Así empieza el niño á distinguir tales ó cuales cualidades, separando unas de otras.

Pero, aun cuando el niño posea ideas abstractas, no se

crea que piense sobre ellas con independencia de los objetos, sino que las refiere á alguno en que reside la cualidad. Por eso no debe en las escuelas abusarse del lenguaje abstracto, porque los niños no lo comprenden y creen se les habla de cosas reales. Así, por ejemplo, cuando se trata de la virtud, de la ciencia, de la justicia, etc., se figuran que estas palabras representan objetos materiales. Si á un niño se le hace multiplicar cuatro por tres, apenas se da cuenta de la significación del resultado; pero si se le pregunta cuánto valen cuatro pañuelos á tres reales uno, vendrá fácilmente en conocimiento de lo que se le pide, pues enseguida comienza á calcular diciendo: si un pañuelo vale tres reales, cuatro pañuelos valdrán cuatro veces tres reales, ó sea, doce reales. Véase, pues, la diferencia obtenida, según se emplee uno ú otro lenguaje.

En el desarrollo de esta facultad, como en las demás, hay que seguir la marcha indicada por el mismo niño: del conocimiento de lo concreto se pasa á lo abstracto, de lo particular á lo general, hasta que á fuerza de la costumbre y del hábito comienza á distinguir las puras abstracciones de las realidades. Sin saberlo hace el alumno muchos ejercicios de abstracción: el cálculo con números abstractos, el estudio de las líneas y superficies, el fijarse en una cualidad del objeto prescindiendo de las otras que le acompañan, el juzgar de la bondad ó malicia de las acciones sin atribuir las á personas determinadas, etc., son un continuado ejercicio de abstracción. En el estudio de todas las materias de enseñanza se pone en actividad esta facultad, sobre todo en el de las matemáticas, que son por excelencia ciencias abstractas.

La atención aplicada á las relaciones de las cosas se denomina *comparación*. Puede definirse diciendo que es la función en cuya virtud dirige la inteligencia su atención sucesivamente sobre dos ó más objetos para hallar sus semejanzas ó apreciar sus diferencias: es el medio de que nos valemos con frecuencia para precisar los conocimientos;



de aquí el que se la considere como uno de los recursos más eficaces de la enseñanza. Se hace un gran uso en toda clase de escuelas, sobre todo en las de párvulos, como, por ejemplo, cuando para dar á los niños idea de la figura de la tierra, se compara ésta con la de una naranja.

La comparación entraña á su vez otra operación que es la *generalización*. Defínese diciendo que es la función por medio de la cual concebimos ideas que se aplican á un número mayor ó menor de individuos. Esta facultad es necesaria, pues sin ella no hay ciencia posible; generalizamos hasta por instinto. Por la generación unimos lo que la naturaleza nos presenta separado, así como por la abstracción separamos lo que la naturaleza nos presenta unido.

Generalizar es ver lo común en lo vario; es ver entre varios objetos aquello que les es común, dejando á un lado lo que les es peculiar. Si fijamos los ojos en un grupo de manzanas de distintas cualidades, conoceremos que todas son manzanas; advertiremos que, aun cuando cada una tenga sus distintivos, poseen todas las cualidades generales de la manzana. Con esto hemos abstraído á la par que hemos generalizado; hemos visto lo común en lo vario.

Para que se comprenda la importancia de la generalización, basta considerar que sin esta facultad no podría darse un paso en el estudio de las ciencias; pues no pudiendo ver lo común en lo vario, tendríamos que estudiar las cosas una por una, y pronto abandonaríamos el trabajo, confundidos ante la multitud de seres que por todas partes nos rodean. Mas la generalización es un auxiliar poderoso de la inteligencia, porque ella abraza de una sola mirada un número tan grande como se quiere de cosas en las cuales resplandecen cualidades comunes, y forma con ellas un concepto general: dentro de este concepto caben todos los individuos habidos y por haber de una misma especie. Así, dentro del concepto *árbol* caben todos los árboles existentes en el globo, así como dentro del concepto *caballo* caben cuantos caballos existen, han existido ó pueden existir. Hé ahí cómo

la generalización simplifica el trabajo y hace posible el estudio de la Naturaleza.

Esta facultad se manifiesta también desde la más tierna infancia, como lo comprueban las clasificaciones que los niños suelen hacer de los objetos que están á su disposición. Cuando en el análisis de un periodo entresacamos los nombres que contiene, luego los adjetivos, los verbos, etc., hacemos uso de la generalización porque vemos en varias palabras unas mismas propiedades. Esto mismo se practica en el estudio de las demás materias; constantemente estamos reduciendo la variedad á la unidad.

Cuanto más individuos comprenda la idea general, mayor será su *extensión*, y el conjunto de cualidades que les son comunes, constituye la *comprensión* de la idea.

Así, pues, extensión de una idea es el número de objetos que representa, y comprensión el conjunto de cualidades que la distinguen ó caracterizan, las cuales son comunes á todos los individuos.

Una idea general representa muy pocas cualidades comunes á los individuos que abraza. Así, por ejemplo, la palabra *vegetal* expresa la idea de un ser organizado que carece de sensibilidad y movimiento; mas los objetos llamados vegetales tienen además formas, magnitud, color, etc., etc.

Cuanto mayor sea la extensión de una idea, menor es su comprensión, y viceversa. En efecto, la idea expresada por la palabra *animal* es de más extensión que la expresada por la palabra *caballo*, puesto que aquélla abraza infinidad de seres más que ésta; en cambio su comprensión es menor, toda vez que las cualidades que la determinan, no son más que la de sensibilidad y movimiento; mientras que la idea de *caballo* representa, además de las dos cualidades dichas, otras que son propias de estos seres.

Para determinar la generalidad de las ideas, ó sea su comprensión y extensión, se han adoptado las denominaciones de *género*, *especie*, *individuo* y *diferencia*.

Entiéndese por *género* una idea general en cuanto con-

tiene á otra menos general que le está subordinada; *especie*, es una idea menos general en cuanto está comprendida en otra más general; *individuo*, es el sér singular y de terminado que sirve de punto de partida á la generalización; *diferencia*, es el carácter ó suma de caracteres que añadidos á la comprensión de un objeto limitan su extensión convirtiéndola en especie.

Las ideas de género y especie son relativas, de modo que un género es especie con respecto al género más alto, y es género con respecto á la especie que le es inferior. Así, por ejemplo, la idea de *cuadrilátero* es especie respecto á la de *polígono*, y es género respecto á la de *trapecio*.

Toda definición consta de género y diferencia, pues ha de haber en ella palabras que expresen la idea general dentro de la cual está comprendida la cosa que se define, y palabras que expresan las cualidades ó circunstancias que la distinguen de las demás: sin estos dos requisitos no podría formarse idea clara del objeto que se quiere dar á conocer, y por lo tanto la definición sería imperfecta. Cuando decimos que triángulo es un polígono que consta de tres lados, la palabra *polígono* expresa la idea de género, y las palabras *que consta de tres lados*, la diferencia.

Generalización *verdadera* es aquella que se apoya en datos ciertos, y *falsa* la que se funda en datos que no son verdaderos. Los niños incurren con facilidad en falsas generalizaciones atribuyendo á todos los seres de una clase hechos ó cualidades que han visto en un individuo, ó afirmando de una cosa propiedades que no tiene, confundiéndola con otra de diferente naturaleza. Pues bien, para no equivocarse en el ejercicio de tan importante facultad, hay que acostumbrarlos á hacer recto uso de la percepción, abstracción y comparación, porque sin el conocimiento de las cualidades esenciales y permanentes de los seres nada puede fundarse que sea verdadero y sólido. Procúrese asimismo que los niños aprendan á distinguir en las definiciones el

género y la diferencia, observando con cuidado si esta segunda es la que realmente caracteriza el objeto que se define. Y por último, júzguese de las personas ó cosas con ánimo tranquilo y sereno, libre de toda pasión desordenada; pues la precipitación, el aturdimiento, el odio, la envidia y otros sentimientos exagerados del alma, conducen, sin advertirlo, á la formación de falsas generalizaciones. Atribuir, por ejemplo, los defectos de los hijos á los padres, ó viceversa, los de un individuo cualquiera á toda una clase, es una torpe generalización que acusa el atraso moral del que la forma.

## LECCIÓN XIX

PERCEPCIÓN INTERNA.—Grados que se distinguen en la conciencia.—Importancia de esta facultad; conocimientos que nos suministra.—División de las percepciones internas y en qué se diferencian de las externas.—Elementos que se distinguen en la percepción interna.—Carácter esencial del juicio de interioridad ó de conciencia.—Necesidad de la reflexión para percibir interiormente.—Cuándo comienza el niño á reflexionar; ejemplos que lo comprueban.—Meditación.—Desarrollo de la percepción interna: cuándo se da principio á su verdadera educación y marcha que debe seguirse.—Males que resultan de la falta de desarrollo de la percepción interna.—Ventajas que proporciona su desenvolvimiento.

Por la percepción externa venimos en conocimiento de los objetos materiales, y por la interna estudiamos el mundo moral é intelectual, nos reconcentramos en nuestro interior y descubrimos la existencia del alma, sus facultades y las operaciones que ejecuta.

Suele definirse la PERCEPCIÓN INTERNA diciendo que es la facultad de la inteligencia por la cual el hombre se conoce á sí mismo, ó sea, la facultad de ponerse el alma en relación consigo misma, conociéndose en sus propias modificaciones y atributos. Llámase también *conciencia* ó *sentido íntimo*, porque, en efecto, por medio de ella podemos examinar y conocer los fenómenos más ocultos de nuestra alma, fenó-

menos que se escapan á la observación ajena porque no es posible apreciarlos con los sentidos corporales.

«Es evidente, dice un filósofo, que en la conciencia de sí mismo, nuestro yo es para nosotros el objeto de la reflexión; en la conciencia somos al mismo tiempo el sér que conoce y el sér que es conocido; somos á la vez el sujeto y el objeto de la percepción. Además, añade, no tenemos solamente conciencia de nosotros mismos; tenemos también conciencia de nuestra propia conciencia, y aun podemos elevarnos á un tercer grado, ó, como diría un matemático, podemos elevar la conciencia á la tercera potencia: tenemos entonces conciencia de la conciencia de nuestra propia conciencia.»

Esta facultad es de una importancia tan grande, que puede desde luego afirmarse que á ella se debe principalmente la superioridad del hombre sobre los demás seres de la naturaleza. Sin la percepción interna el hombre se confundiría con los irracionales; porque no pudiendo examinar sus propios actos, ni darse cuenta de la grandeza de su sér, obraría como ellos, á impulsos de una fuerza ciega que llamamos *instinto*.

La filosofía, sobre todo la Psicología, la Lógica y la Ética, es obra de la percepción interna; y hasta en las ciencias de observación externa hay que hacer uso de esta facultad para afirmar la relación que existe entre las cosas, establecer fórmulas generales y elevarnos del conocimiento de los hechos al de las causas que los han producido.

Las percepciones internas, por razón de la cosa percibida, se dividen en *afectivas*, si pertenecen á la sensibilidad; *intelectuales*, si al entendimiento, y *volitivas*, si á la voluntad. Diferéncianse de las externas en que son resultado de la propia actividad del espíritu, de modo que en ellas no hay condiciones orgánicas. La percepción interna acompaña á todas las demás funciones intelectuales y á todas las operaciones y modificaciones del alma.

En la percepción interna se distinguen tres elementos: un sujeto percipiente, que es el *yo*; una modificación interna ó de conciencia, y una relación entre estos dos términos. De

aquí nace el juicio de interioridad ó de conciencia, que es espontáneo y por el cual se afirma que todo lo que pasa es interior ó del alma, deduciendo además el principio de sustancialidad de ésta, pues que toda modificación se refiere á un sér. Este juicio es de certeza absoluta, porque nadie puede dudar de su realidad.

Así como la percepción externa necesita de la atención para distinguir bien los objetos que nos rodean, así la interna no podría llenar su cometido sin el concurso de la *reflexión*, que no es otra cosa que la misma atención aplicada á los hechos interiores, ó sea al estudio de las facultades del espíritu y de sus múltiples operaciones.

La reflexión es un acto que se verifica desde la más tierna infancia. Cuando un niño piensa, por ejemplo, sobre la diferencia que existe entre los quebrados comunes y decimales, reflexiona; y cuando ha descubierto la diferencia, *percibe*. Cuando piensa sobre la conversación que tuvo ayer con su amiguíto, reflexiona; y cuando distingue las verdades ó falsedades que ambos expusieron, percibe.

Si pensamos con detenimiento sobre las faltas que hemos cometido y sus consecuencias, la responsabilidad en que hemos incurrido y los sufrimientos que por ellas nos esperan, entonces se dice que estamos en meditación. Los niños suelen también meditar, y conviene se les acostumbre á practicar este acto á fin de que vayan corrigiéndose de sus defectos. En el momento en que por la reflexión ó meditación han llegado á descubrir una verdad, una relación ó una cualidad, se verifica la percepción, porque percibir es el acto de ver ó distinguir una cosa.

El desarrollo de la percepción interna tiene lugar al principio de una manera espontánea, sin que el niño se haya fijado en la existencia del sér espiritual: adelanta rápidamente y adquiere gran energía cuando la enseñanza es racional y metódica; cuando los profesores, haciendo uso de la forma interrogativo-socrática, le obligan á discurrir y dar solución á las cuestiones que se le presentan.

Pero su verdadera educación comienza desde el instante en que por medio de la reflexión percibe en sí la existencia de un principio activo, permanente, idéntico, uno y simple; en una palabra, cuando hace la distinción entre el alma y el cuerpo. Entonces se presentan ante el niño nuevos horizontes que recorrer, donde, según el uso que hiciere de sus facultades, le esperan grandes victorias, ó por el contrario, grandes derrotas: entonces adquiere conciencia de sí mismo, siéntese capaz de perfeccionarse, declárase responsable de sus actos porque comprende que es inteligente y libre: entonces, del conocimiento de los efectos se eleva al de las causas, y concibe desde luego la existencia de Dios, causa del Universo entero; de lo finito se eleva á lo infinito, de lo temporal á lo eterno, y de la vida corta y limitada del cuerpo, á la vida inmortal del espíritu. Nunca se hará lo bastante para que estas ideas, base de toda educación racional y científica, sean bien comprendidas y se arraiguen en la inteligencia de los niños: descuidarlas equivale á dar paso libre al materialismo, que es una de las mayores calamidades que pueden caer sobre el individuo y la sociedad.

Debemos, pues, habituar á los niños á la reflexión y meditación, y al efecto se presta admirablemente el estudio de todas las materias de enseñanza, sobre todo la lectura, la aritmética, la gramática, la doctrina cristiana y la historia sagrada.

Cuando los niños hayan adquirido cierto desarrollo intelectual, no será difícil llamar su atención acerca de los fenómenos que continuamente se suceden en su interior, y con pocos esfuerzos se conseguirá hacer la distinción entre el espíritu y el cuerpo, que es lo principal. Una vez hecha esta distinción, se tiene mucho adelantado, porque pronto el niño viene en conocimiento de las propiedades esenciales del alma y de sus facultades fundamentales. Entonces él mismo busca el recogimiento, porque siente placer al descubrir en sí facultades tan ricas como variadas y por las cuales se distingue principalmente de los animales irracionales; entonces es

cuando se abre ante él un mundo de esperanzas, se reconoce un sér inteligente y libre, y por lo tanto responsable; comprende, en fin, que ha nacido para la virtud y que tiene grandes deberes que cumplir.

La falta de desarrollo de la facultad que nos ocupa hace que haya en la sociedad tantos hombres superficiales y ligeros, incapaces de gobernarse, entregados brutalmente á los goces materiales, perjudiciales á su familia y elementos peligrosos á la sociedad. Con la mayor tranquilidad niegan las verdades más evidentes y quebrantan los más sagrados deberes, de que resultan males sin cuento.

Pero cuando la percepción interna se desenvuelve desde la niñez, el hombre se hace reflexivo y formal, rinde culto á la verdad y á la religión del amor, profundiza las cuestiones y no se resuelve en sus actos sino después de haberse convencido de que los medios ideados conducen rectamente al fin que se propone. Hombres de esta clase inspiran confianza y se les encargan los negocios más importantes y los destinos más difíciles y de mayor responsabilidad. Jamás el hombre reflexivo obra al acaso, sino que cuando da un paso, sabe por qué lo da y prevé sus efectos y consecuencias. De aquí la nota de hombre previsor, formal y de otras bellas cualidades con que se le distingue por sus conciudadanos.

Hacer, pues, reflexivos á los niños equivale á preparar una generación robusta, con fuerzas suficientes para consolidar la paz entre los hombres y dar poderoso empuje á la grande obra del progreso humano.

---

## LECCIÓN XX

RAZÓN, su grandeza é importancia, carácter esencial.—Necesidad de su educación.—Males que resultan cuando el hombre abdica de su razón.—Qué es lo que aprueba y condena la razón.—Cómo se enseña á los niños á hacer recto uso de la razón.—Cuándo se deja manifestar la luz de la razón.—Medios que los profesores deben adoptar para facilitar el desenvolvimiento de esta facultad.

RAZÓN es la facultad por medio de la cual nos elevamos del conocimiento de los efectos á las causas inmediatas que los producen, de éstas á otras causas superiores, y así sucesivamente ascendemos á la causa única, que es Dios.

También se define la razón diciendo que es la facultad superior de la inteligencia que dirige las demás facultades cognoscitivas y las conduce al descubrimiento de la verdad. Para otros es la facultad de indagar el por qué de las cosas. En concepto de un filósofo distinguido, es la facultad por la cual del conocimiento de una verdad deducimos otra. Y finalmente, hay quien dice que la razón ordena y enlaza las verdades particulares, haciéndolas derivar de un reducido número de verdades evidentes.

Todas estas definiciones convienen en el fondo, y por cualquiera de ellas se viene en conocimiento de la grandeza é importancia de la facultad que nos ocupa. En efecto, la razón nos da á conocer lo absoluto y esencial de las cosas, las leyes que rigen el mundo moral y material; nos enseña á distinguir lo verdadero de lo falso, lo real de lo imaginario; sienta los principios fundamentales del derecho y traza el plan de vida á que debemos sujetarnos para alcanzar el grado de perfección de que somos susceptibles.

Cuando el pensamiento ha llegado á cierto grado de desarrollo, no se contenta con las nociones adquiridas por medio del análisis y de la comparación, sino que trata de descubrir en todos los órdenes de hechos, físicos ó morales,

el *primer principio*; procura determinar el *lazo* que une á todas las cosas entre sí, y propónese de este modo buscar un principio supremo, *universal*, para todo cuanto existe. «Por este camino, dice un filósofo, el pensamiento se eleva necesariamente á las ideas de lo infinito, de lo absoluto, de Dios; y al concebir las relaciones generales que unen á todos los seres, y que revelan en todos el mismo principio y la misma razón de existencia, se penetra de la idea de la unidad y de la comunidad de toda la vida; y comunicando este pensamiento elevado al corazón del hombre, le hace salir del círculo de los sentimientos individuales, estrechos y egoistas, y le eleva á la simpatía y benevolencia generales que constituyen los lazos morales entre los hombres.» Solamente la razón puede hacer conocer al hombre en qué consiste el verdadero bien, *el bien en sí*, pues ella le eleva por encima de las consideraciones personales hasta la idea de unión íntima entre todos los seres racionales.

Para la razón todos los hombres son hermanos, puesto que todos son hijos de un mismo padre que está en los cielos, y por eso se hallan dotados de idéntica naturaleza y están destinados al mismo fin, á que unos llegarán hoy y otros llegarán mañana, según su grado de cultura alcanzado por su propia actividad y pasando por diferentes pruebas como consecuencia del uso que hubieren hecho de la razón y demás facultades.

Para la razón, el bien no es lo que el cálculo y la reflexión presentan como ventajoso para el individuo, sino lo que se conforma con la naturaleza humana en general y con el fin que todos deben llenar en la vida.

Y no se detiene la razón en este orden de ideas. La humanidad no es el primer principio de las cosas, sino que tiene una razón superior, que es Dios, principio de su existencia y causa de las relaciones y de la armonía establecidas en todo el Universo. De aquí que la razón conciba á Dios como principio único de moralidad para todas las acciones humanas.

Así la razón se eleva en todo y por todo al último fundamento de las cosas, al principio universal y absoluto, luz que todo lo ilumina, principio de orden, que da á cada cosa su lugar y á cada acción su valor moral. Tal es el carácter esencial y los efectos maravillosos de la razón.

Lo dicho es más que suficiente para que se comprenda cuán necesaria es la educación de la facultad de que venimos hablando, pues de su buena ó mala dirección depende el que la generación naciente disfrute de un porvenir venturoso ó triste: todos los esfuerzos de los profesores deben ir encaminados á que la razón en los niños adquiera el mayor grado de desarrollo á fin de que más tarde, cuando lleguen á su mayor edad, sepan gobernarse por sí mismos, siendo miembros útiles á la familia y á la sociedad. El hombre que abdica de su razón es juguete de las pasiones más desordenadas, instrumento de la tiranía, dócil á la esclavitud y objeto de explotación de los que viven á espensas del sudor de sus semejantes, que por desgracia abundan todavía por el mundo. El maestro, cultivando la razón en los niños, es el primer agente en la grande obra del progreso humano, y tan sólo por este trabajo es digno de las mayores consideraciones.

La razón aprueba todo principio que tienda á dignificar la personalidad humana, á levantarla de la esfera de los instintos animales, á dulcificar los sentimientos del corazón y á ilustrarla con la mayor suma de conocimientos; la razón aprueba todo principio que tienda á establecer la solidaridad humana, la fraternidad universal, la felicidad entre los hombres; la razón, en fin, se eleva hasta el Creador de todas las cosas y le rinde adoración en espíritu y en verdad.

Pero la razón condena toda doctrina encaminada á humillar y esclavizar la personalidad humana, á embrutecer el hombre, á perpetuar la ignorancia en los pueblos y la división entre las familias.

Es necesario, pues, enseñar á los niños á hacer recto uso de la razón, mostrándoles siempre la verdad y acos-

tumbráncelos á que ellos mismos deduzcan las consecuencias; hay que exponerles con frecuencia los terribles dramas de la historia, las grandes aflicciones porque ha pasado la humanidad por haberse despojado de este noble y elevado atributo, sin el cual queda el hombre convertido en cosa é imposibilitado para todo progreso.

La luz de la razón se deja manifestar desde la más tierna infancia: tenemos en nuestro entendimiento un principio de causalidad que nos impulsa constantemente á inquirir lo desconocido; pues siempre que presenciemos un fenómeno cualquiera, deseamos saber la causa: cuando un niño llora, sus amiguitos le preguntan por qué llora; observan un cambio cualquiera dentro de la familia, y enseguida tratan de investigar la causa; en presencia de un trabajo que les llama la atención, preguntan por su autor, porque ya comprenden desde luego que no hay efecto sin causa. En todos estos casos se manifiesta la razón y son las primeras señales de su existencia. Por lo tanto, debe el maestro aprovecharse de esa feliz disposición y ayudar al niño en la tarea que él mismo ha iniciado obedeciendo, sin darse cuenta de ello, á las leyes establecidas por el Creador en el desenvolvimiento de los seres racionales.

Al principio se manifiesta, como es natural, sumamente débil, y necesita el niño del auxilio de las personas que le rodean; por eso es necesario dirigirle á fin de que no se extravíe. Abusar de su ignorancia ó trastornar la razón del niño con ideas absurdas para más tarde convertirle en instrumento de ambiciones desenfrenadas, es cometer un verdadero crimen.

Cuando el niño es víctima de una preocupación, conviene atacarla por medios indirectos, hasta que él mismo confiese su error. Entonces el profesor explica con toda claridad la verdad, y pone de manifiesto el error de que el niño estaba dominado.

Cuando llega, á la edad del uso de la razón, á distinguir la moralidad de los actos humanos, es el momento oportuno

de comenzar directamente el desarrollo de la razón; pero debe procederse con sumo cuidado, porque, si se le concediese una excesiva libertad de acción, podría extraviarse por falta de experiencia en la vida.

La inducción y la deducción son los instrumentos de que la razón se vale para la indagación y posesión de la verdad, por lo que es menester que los profesores sepan hacer uso en la enseñanza de estas dos funciones de la inteligencia. Por lo demás, para que la razón se desenvuelva y adquiera todo su vigor, es necesario que la instrucción sea sólida; que el niño se habitúe á darse cuenta de lo que aprende y á resolver las cuestiones por sí mismo. Los profesores no deben olvidar que la vida racional que distingue al hombre de las criaturas inferiores es una actividad enteramente divina, fundada sobre las ideas absolutas de lo bueno, de lo bello, de lo verdadero, de lo justo, de Dios, y consagrada á la realización libre y desinteresada de estas ideas eternas en el transcurso del tiempo. Hacer el bien por el bien y por amor á nuestros semejantes, hé ahí la vida moral; buscar la verdad, únicamente por lo que ella es, hé ahí la vida intelectual ó científica; realizar ó percibir lo bello por ser tal, hé ahí la vida social; aproximarse á Dios por ser Dios, por ser perfección absoluta y padre de todos los hombres, hé aquí la vida religiosa. La vida racional abraza todos estos ramos de la cultura humana.

---

## LECCIÓN XXI

LENGUAJE.—Palabra.—Analogía entre la palabra y el concepto.—Carácter de la facultad del lenguaje.—Hechos que prueban la semejanza entre la palabra y el concepto.—Unidad de lenguaje y como se va realizando.—Los maestros de primera enseñanza deben ser los principales agentes en esta obra.—Lengua española y su importancia.—Como se manifiesta en la infancia la facultad de hablar.—Principales medios que tiene el maestro para favorecer en los niños el desarrollo de esta facultad.—Cualidades del lenguaje.

El hombre ha nacido para vivir en sociedad y necesita por lo mismo comunicarse con sus semejantes: á esta necesidad responde la existencia del lenguaje.

LENGUAJE es la facultad de expresar los pensamientos por medio de la palabra.

La palabra es uno ó más sonidos producidos por el órgano de la voz, y á los cuales asociamos las ideas; es, por decirlo así, la misma idea presentada en forma sensible ó material, ó, según la expresión de un autor, es la encarnación del pensamiento.

La palabra, pues, es un signo que puede ser considerado en su material aspecto, en cuanto concepto (aspecto ideológico), y en la relación del signo con lo significado (aspecto gramatical).

Siendo la palabra expresión del concepto, tiene con él una analogía, aunque convencional, tan exacta, que puede decirse que es su fiel reflejo. Por esto la palabra se confunde con el concepto, é involuntariamente, al representarse en nuestra mente alguna idea, nos la fingimos revestida con las formas de la palabra que le sirve de expresión; y es tan íntima la compenetración de la palabra y la idea, que hoy se admite la imposibilidad de pensar sin hablar y de hablar sin pensar. Por esto también, cuando estamos próximos á recordar un concepto cualquiera, decimos que tenemos la palabra en la punta de la lengua; y cuando vemos por primera vez

una palabra de significación desconocida, inmediatamente le adjudicamos un concepto más ó menos aproximado á la verdad.

La facultad del lenguaje es muy compleja, porque es el resumen y compendio de las demás facultades, pues cuando hablamos funcionan todas. Considérase como facultad intelectual, porque el lenguaje en general es una fiel representación del pensamiento humano. Algunos dicen que es una facultad mixta, porque consta de parte intelectual y material: la parte intelectual es la idea y la parte material la palabra.

Que el lenguaje es una fiel representación del pensamiento humano, es una verdad probada por los siguientes hechos:

- 1.º La analogía que existe entre el genio de cada idioma y el carácter general de los hombres que lo hablan.
- 2.º La tendencia de los idiomas á construirse lógicamente conforme progresa el espíritu humano.
- 3.º La posibilidad, hoy demostrada, de un idioma universal de formas sencillas.

A estos hechos se oponen otros por los que opinan que no es tan exacta la semejanza entre el hablar y el pensar; por ejemplo: la diversidad de estilos entre escritores del mismo idioma, las dificultades que encuentran en la oratoria personas que escriben con facilidad, etc.; pero ninguna razón de éstas tiene fuerza, pues examinados debidamente los casos de diversidad, podrá observarse la misma diversidad en el pensamiento. Así, por ejemplo, el pensador profundo que carezca de prontitud en la memoria, no podrá tener nunca facilidad de palabra, y cuando desee hablar en público con afectada verbosidad, tendrá necesariamente que cometer incorrecciones en el lenguaje y hasta faltas imperdonables en el sentido.

De lo anterior se deduce, pues, que el significado de la palabra se halla tan estrechamente unido á la palabra misma, como el alma al cuerpo en los animales, y que la palabra no es sólo signo, sino expresión del pensamiento, obedeciendo

sin duda la articulación de los sonidos orales á una causa racional.

La identidad de naturaleza entre todos los seres racionales y la necesidad de comunicación entre todos los pueblos de la tierra, reclaman la unidad del lenguaje, y á la consecución de esta obra responde la transformación que se va operando en todos los idiomas. A medida que la humanidad avanza, siéntese con más energía la necesidad de un lenguaje común á todos los pueblos. La unidad se verifica primero dentro de cada nación; después vendrá á realizarse en los grandes continentes, y finalmente se extenderá á todo el globo. Mas esta labor será obra de muchos siglos.

Dentro de cada nación, los maestros de primera enseñanza son los principales agentes que trabajan á favor de esa anhelada unidad, enseñando una misma lengua en todas las escuelas: es éste un trabajo de humanidad y de progreso, porque tiende á la unión é inteligencia de todos los hombres; y dentro de cada nación es una obra de patriotismo, porque se dirige á fraternizar todos los pueblos que viven al amparo de unas mismas leyes y están llamados á defenderse mutuamente.

Generalmente cada nación tiene una lengua diferente de las demás; nosotros poseemos la española, que también se llama castellana porque tuvo su origen en el antiguo reino de Castilla. Esta lengua se habla además en la mayor parte de los pueblos de América, desde Méjico hasta la República Argentina, exceptuando el Brasil, donde impera el portugués. La lengua castellana está reputada como una de las más sonoras, armoniosas, flexibles y enérgicas de cuantas se hablan hoy en el globo, supuesto que se presta á la natural expresión de las ideas y á las diversas modificaciones del sentimiento. Por lo tanto, uno de los primeros deberes de todo español consiste en estudiar el idioma patrio como lazo de unión y comunicación de todos los habitantes que concurren á la formación de una misma nacionalidad; y este deber es todavía más imperioso en los profesores de primera ense-

ñanza, toda vez que el estudio de la lengua constituye parte del programa de las escuelas.

La facultad de hablar se manifiesta desde la más tierna infancia, haciendo rápidos progresos desde la edad de tres años en adelante. El niño oye nombrar las personas y cosas que le rodean, y comienza por imitación á producir los sonidos, que luego se convierten en palabras. La presencia de un objeto le hace recordar su nombre y lo expresa; al poco tiempo ya no necesita tener el objeto á la vista, sino que le basta para nombrarlo su simple recuerdo; más tarde entiende lo que los demás hablan, porque las palabras que oye le hacen recordar las ideas que representan; y finalmente, de las voces sueltas pasa á la expresión de las oraciones, y con ellas á hacer uso de uno de los dones más grandes de que la Providencia nos ha dotado, cual es la facultad del lenguaje.

De lo dicho se infiere que las lecciones sobre objetos, los ejercicios de intuición en general, la lectura y la escritura, la declamación, el uso constante del idioma y el estudio de la gramática, serán los principales medios que tiene el maestro para favorecer en los niños el desarrollo de la facultad que nos ocupa, ó lo que es lo mismo, para que adquieran facilidad en la expresión. Pero ya hemos dicho antes que para que haya facilidad en el lenguaje se requiere que al conocimiento del lenguaje acompañe una buena memoria.

El lenguaje ha de tener tres condiciones principales: claridad, exactitud y propiedad.

La claridad consiste en que sea fácil de comprender. Esta condición es la primera que debe reunir todo buen lenguaje. Están en un error los que creen que el usar un lenguaje difuso y oscuro demuestra mayor sabiduría; al contrario, el mérito se halla en la habilidad de expresar las ideas de manera que se apoderen de ellas sin esfuerzo alguno los oyentes ó lectores. Por lo tanto, debe procurar el maestro que sus explicaciones lleven el sello de la claridad, descendiendo al nivel intelectual de los discípulos: sin esta condición no hay adelantos en las escuelas.

La exactitud consiste en presentar las ideas ni más ni menos complejas de lo que han de ser. Si decimos, por ejemplo, que el hombre es un sér organizado, el lenguaje no será exacto, porque expresamos una idea menos compleja de lo que ha de ser; pero si decimos que el hombre es un sér organizado, sensible y racional, habrá exactitud en el lenguaje, supuesto que se presenta la idea con la complejidad necesaria para que no se confunda con otra.

Hay propiedad en el lenguaje cuando las palabras que se usan son adecuadas al objeto y se cumplen en las oraciones que vamos formando los preceptos gramaticales. Si de una persona que es económica, que ahorra lo superfluo, se dijera que es avara, no se hablaría con propiedad; y si de otra que es generosa y compasiva se afirmase que es pródiga, tampoco se hablaría con propiedad, porque las palabras no serían adecuadas al pensamiento que se desea comunicar.

Así, pues, procuren los profesores corregir las faltas que con tanta frecuencia cometen los niños contra la claridad, exactitud y propiedad.

## LECCIÓN XXII

Significación de la palabra TALENTO.—Disposiciones ó aptitudes individuales; importancia de este conocimiento.—Variedad de talentos y á que se atribuye.—A qué debe atenderse para distinguir las disposiciones intelectuales de los niños.—Conducta del maestro con los niños de corta capacidad.—Obligación de los maestros de hacer estudio detenido sobre las disposiciones de los niños.—Cuánto importa que el hombre se dedique á la profesión á que se siente inclinado.

La palabra TALENTO expresa la propiedad de la inteligencia según la cual la fuerza de investigación se extiende á mayor ó menor número de objetos y descubre con más ó menos facilidad sus relaciones. En el lenguaje vulgar, por talento se entiende la disposición especial de cada individuo para comprender bien las cosas. Según otros, es el grado de comprensión de que los hombres se hallan dotados. Así

decimos que un sujeto posee gran talento cuando comprende con facilidad las cuestiones, cuando las profundiza y las domina con pocos esfuerzos; por el contrario, se dice que tiene poco talento cuando le cuesta mucho trabajo comprender las cosas más sencillas y su pensamiento se resiste á penetrar en el campo de la ciencia.

No obstante, en todos existe esa luz por la cual el hombre se distingue de los demás seres de la naturaleza y que le hace capaz de perfeccionarse; pero sucede al espíritu respecto á los objetos de investigación lo que al cuerpo respecto á los manjares: manifiéstanse desde la infancia marcadas inclinaciones hacia determinados objetos, de donde nacen las disposiciones ó aptitudes individuales, que es necesario respetar y fomentar, dando al niño el medio de elegir en sus juegos y ejercicios, entre las diversas esferas de actividad que abrazan los trabajos del hombre, y observando cuidadosamente las manifestaciones espontáneas de sus gustos y tendencias.

Estas aptitudes anuncian la vocación é indican la misión á que cada uno está llamado: las atracciones son proporcionadas á los destinos, dice un filósofo. Cuando se conocen las disposiciones naturales del niño, se posee una brújula pedagógica; el profesor tiene la medida de las cualidades y defectos del discípulo, no titubea; sabe á punto fijo lo que puede exigir y lo que debe fortalecer; trabaja, en fin, con método para poner al niño en el camino de su vocación especial.

Es un hecho constante que los talentos son tan variados como las fisonomías, y esta variedad se nota desde la más tierna infancia: entre los niños que asisten á una escuela, los hay de percepción clara y fácil; otros de feliz memoria, de fecunda imaginación y algunos de recto juicio. Unos tienen talento para las letras y otros para las artes mecánicas; quién se distingue por su disposición para las ciencias exactas; éste sobresale por su espíritu de observación; aquél manifiesta grandes aptitudes para la música; etcétera;

y aun dentro de un mismo orden de ideas se dan disposiciones especiales. En matemáticas, por ejemplo, hay quien posee más talento para la geometría que para la aritmética, y viceversa.

La psicología no ha podido averiguar la causa de tales diferencias; los materialistas, no sabiendo qué decir sobre fenómeno tan notable, suponen que tal vez consista en la diferente cantidad de fósforo que en los cerebros existe; los teólogos no encuentran tampoco razones de peso, y afirman que es un hecho sobrenatural donde resalta la sabiduría y omnipotencia de Dios; y finalmente Platón, célebre filósofo ateniense, discípulo de Sócrates, decía que era un fenómeno naturalísimo, debido á la actividad del espíritu, en el tiempo y en el espacio, desde el principio de su creación. Sea como fuere, es indudable que de esa inmensa variedad de talentos resulta la armonía de la civilización, el progreso en todos los ramos del saber, producto de todas las fuerzas individuales.

Para distinguir las disposiciones intelectuales de los niños, debe atenderse á sus palabras y acciones, á la mayor ó menor facilidad en comprender y relatar los hechos que presencian, á la exactitud y precisión de sus percepciones, y á la naturaleza de los juicios que manifiestan. Cuando un niño comprende las lecciones oyéndolas tan sólo una vez, y luego las explica con claridad empleando su propio lenguaje, es prueba segura de que posee buen talento; pero si á pesar de los esfuerzos del maestro, de la repetición de las explicaciones y excelencia de los métodos, el niño sigue sin adelantar un paso, será señal de que su capacidad intelectual es muy reducida. Entre estos dos extremos se comprende la generalidad de los niños, que se distinguen por su talento regular ó mediano, y los adelantos están en razón directa de su aplicación. Es evidente que con igual capacidad y en las mismas condiciones obtendrá mayores resultados el que más trabaje. Pero téngase presente que hay niños cuya inteligencia comienza á manifestarse de una ma-

nera débil, desenvolviéndose luego con rapidez y energía; mientras que otros, por el contrario, prometen mucho y acaban siendo nulidades.

Enseñar á niños de talento claro es una tarea fácil y placentera; el mérito está en despertar la inteligencia de los que la tienen como perturbada ó adormecida. Requiere-se, en este segundo caso, de parte del maestro, una paciencia sin límites, y un amor profundo á la niñez, y que despliegue toda su habilidad pedagógica. Jamás se debe humillar al niño echándole en cara su poco talento, ni menos aplicarle castigo alguno; al contrario, hay que alentarle para que no se acobarde, dándole esperanzas de que todo se vence por medio del trabajo. Guárdese el rigor para los niños desobedientes y perezosos.

Es obligación de los maestros hacer estudio detenido sobre las disposiciones del niño, no tan sólo para que puedan aplicar con acierto los principios de educación, sino para aconsejar á los padres respecto á la carrera á que sus hijos se sientan inclinados. De la buena ó mala elección de la carrera, arte ú oficio á que el hombre debe dedicarse, depende su felicidad ó su desgracia, y es además asunto de suma trascendencia para la familia, la patria y la sociedad en general. En efecto, cuando se siente amor á la profesión, se trabaja con gusto y hasta con entusiasmo, se llevan con paciencia las contrariedades, se vencen los obstáculos, se alcanzan resultados positivos y el hombre vive feliz al ver que le proporcionan sus afanes honra y provecho. De esa misma felicidad disfruta la familia, y padres é hijos, prestándose recíproco auxilio, ofrecen el cuadro más encantador y halagüeño de esta vida. La patria se engrandece, porque los adelantos realizados por los ciudadanos le proporcionan cuantos elementos necesita para atender á todos sus servicios y asegurar su libertad é independencia. Y la sociedad en general, en cuyo seno reina la actividad y el amor, marcha á pasos agigantados por el camino del progreso.

## LECCIÓN XXIII

### EDUCACIÓN ESTÉTICA

Superioridad del hombre sobre los demás seres de la Naturaleza.—Objeto supremo de la sensibilidad.—Carácter de esta facultad.—Clases de fenómenos que se distinguen en la sensibilidad: sensaciones y sentimientos, su diferencia, ejemplos.—Cómo las sensaciones predominan durante la infancia.—Sensaciones agradables y desagradables.—Necesidad de que el niño comprenda las condiciones bajo las cuales deben experimentarse las sensaciones agradables.—Regla general.—Cómo las sensaciones contribuyen á la perfección del hombre.—Clases de sentimientos y cuándo comienzan á formarse.—Variedad que se observa entre los niños.—Fin de la educación sobre este punto.

EDUCACIÓN ESTÉTICA es la parte de la Pedagogía que expone los medios de cultivar la facultad de la sensibilidad. En un sentido más estricto se dice que tiene por objeto el desarrollo ó perfección del sentimiento de lo bello.

Entre todos los seres de la Naturaleza, el hombre se distingue por su mayor grado de sensibilidad como por su inteligencia y voluntad: estas tres facultades se hallan en relación con las necesidades propias y exclusivas del sér racional, sobre todo con la vida inmortal del espíritu, con el atributo esencial de la perfectibilidad.

La esencia del principio inteligente y libre en el ser humano es indudablemente de distinta naturaleza que el que anima á los demás seres de la naturaleza; porque es evidente que si fuera idéntico, como suponen los materialistas, produciría iguales resultados y serviría de agente á cuerpos semejantes. Entre el hombre más atrasado que vive en el estado salvaje y el animal más inteligente, media un abismo.

El objeto supremo de la sensibilidad en el hombre es el amor, es la vida moral del sér racional; mientras que en los demás seres tan sólo sirve para la satisfacción de las necesidades materiales y conservación de la especie.

Amar á nuestros semejantes como á nosotros mismos, hé

aquí el maravilloso efecto de la delicadeza y perfección de la sensibilidad. Mientras la sensibilidad no produzca este resultado, no podrá decirse que ha llegado á la plenitud de su desarrollo, ni el espíritu estará bastante purificado para que pueda elevarse á las regiones en que reina la actividad y el amor.

Nos consideramos muy pequeños para dar una explicación satisfactoria acerca de una facultad tan grandiosa y que tanto influye en la elevación de los seres racionales. Algunos dicen que el carácter distintivo de esta facultad es el de ser pasivo, partiendo del supuesto de que el espíritu, para sentir, necesita ser afectado por una causa cualquiera; pero otros afirman, y creemos que están en lo cierto, que es la facultad por excelencia activa, toda vez que nada tan esencialmente activo como el sentir. El efecto inmediato de esta actividad consiste en producir en el alma placer ó dolor.

De las tres facultades fundamentales del alma, la sensibilidad es la primera que da señales de existencia en la escena de la vida, anunciando el nacimiento de un nuevo sér y reclamando las atenciones de los que le rodean.

Distínguense en la sensibilidad dos clases de fenómenos, unos producidos por la influencia de la materia sobre el espíritu, y otros por la actividad propia del mismo espíritu: los primeros dan origen á las sensaciones y los segundos á los sentimientos. Por lo tanto, las palabras *sensibilidad*, *sensación* y *sentimiento* no expresan la misma idea. La primera es nombre que damos á la facultad de sentir; la segunda expresa la afección agradable ó desagradable que experimenta el alma producida por un hecho físico, y la tercera es la afección que resulta por un hecho psicológico, como por el descubrimiento de una verdad, por un juicio, por un raciocinio, y hasta por un simple recuerdo. Las sensaciones, por lo mismo que son producidas por la influencia de la materia sobre el espíritu, podemos referirlas al cuerpo ó á alguno de sus órganos; pero los sentimientos son propios del alma y no pueden localizarse en punto alguno del organismo. La exis-

tencia de los sentimientos es una de las pruebas más convincentes de la existencia del sér espiritual. Las sensaciones son resultado de la vida del cuerpo y responden á los movimientos ó funciones que los órganos ejecutan; mientras que los sentimientos son resultado de la vida del espíritu y responden á la acción de sus propias facultades.

Ejemplos.—El placer que nos produce el olor de una rosa es una sensación; y el dolor que sobreviene por una indigestión, es otra sensación. La satisfacción íntima que resulta en el alma al ejecutar una acción generosa, es un sentimiento; y la pena que experimentamos al recibir una mala noticia, la muerte, por ejemplo, de una persona querida, es otro sentimiento.

Las sensaciones predominan durante la infancia porque el niño atiende principalmente á las necesidades del cuerpo, como que ese periodo es el destinado por la Providencia para el desarrollo ó crecimiento del organismo, del cual ha de servirse el espíritu para ponerse en relación con sus semejantes mientras permanezca sobre la tierra.

El niño va siempre en pos de todo lo que produce sensaciones agradables y huye de lo que es causa de sufrimiento. Pero las sensaciones agradables no pueden prolongarse más allá de lo que permiten las leyes que rigen en la conservación y desarrollo de la humana naturaleza, pues cuando se quebrantan estas leyes, las sensaciones agradables se transforman en dolores, como justo castigo á la falta cometida. Por lo tanto, hay que enseñar al niño en qué consisten esas leyes y habituarle á cumplirlas. La regla general es la siguiente: que el niño se habitúe con preferencia á lo puramente necesario para la conservación de la vida. De este hábito resulta después una de las principales virtudes, cual es la templanza.

De una sensación agradable pueden resultar males gravísimos. Del placer, por ejemplo, que el niño siente al beber agua fría estando sudado, es seguro que ha de sobrevenirle una afección penosa á la garganta ó al pulmón; al buen rato

que pasa cuando se sacia de dulces ú otras golosinas, no cabe duda de que pronto sucederán fuertes dolores de estómago. Así pues, es necesario que el niño sepa las condiciones bajo las cuales deben experimentarse las sensaciones. A este fin concurren por una parte la higiene y por otra la religión y moral.

Las sensaciones contribuyen á la perfección del hombre. En efecto, el recuerdo de las sensaciones agradables nos impulsa á la satisfacción de las necesidades de la vida, al cumplimiento de los deberes, á la actividad, al ejercicio, en una palabra, de las facultades en una cosa útil; mientras que la memoria de los sufrimientos ó dolores nos advierte la necesidad de respetar las leyes físicas y morales establecidas por Dios para la felicidad de todos los hombres. El día que se comprendan y se cumplan religiosamente estas leyes, cesará indudablemente todo sufrimiento y la tierra se convertirá en una especie de paraíso. Pues bien, la educación tiene por objeto el conocimiento y la práctica de estas leyes.

Los sentimientos son de un orden más elevado que las sensaciones, y determinan el grado de cultura de los seres racionales. Como son producto de la actividad del mismo espíritu, comienzan á formarse desde la más tierna infancia; su desarrollo y naturaleza dependen de la inteligencia y de la voluntad.

Cuando la voluntad está bien dirigida y la inteligencia desenvuelta suficientemente, los sentimientos son puros y el hombre sigue naturalmente la senda del bien; por el contrario, cuando hay desequilibrio entre la inteligencia y la voluntad, ó cuando el corazón se halla más ó menos viciado, los sentimientos se oponen á la perfección del hombre y nos arrastran por el camino del mal.

Según sean producidos por la acción de una ú otra facultad, pueden ser *estéticos* ó de la sensibilidad, *intelectuales* ó de la inteligencia, y *morales* ó de la voluntad. Entre los primeros el más puro y elevado es el de lo bello, entre los

segundos el sentimiento religioso, y entre los morales el sentimiento del amor.

Aparecen los sentimientos desde la más tierna infancia, siendo lo más notable la desigualdad que sobre este particular existe en los niños, aún entre los hijos de una misma familia. Unos están animados de sentimientos delicados, son dóciles y obedientes, compasivos y generosos: otros rebeldes y pendencieros, vengativos y egoístas, y otros indiferentes á todo, incapaces de hacer bien ni mal.

Por lo tanto, según sea la naturaleza de sentimientos que el niño abriga en su corazón, así deben adoptarse unos ú otros medios de educación. En general conviene hacer uso de la persuasión, de la dulzura y del cariño, y sólo en raros casos debe apelarse al castigo y á la fuerza material.

El fin de la educación en este punto debe ser que el sentimiento del amor lata en todos los corazones para que los hombres vivan como hermanos.

## LECCIÓN XXIV

Concepto de la palabra *belleza*.—No es necesaria la definición.—Fuentes de lo bello.—Variedad que se observa en el desarrollo del sentimiento de lo bello.—Influencia de la inteligencia en este desarrollo.—Cuánto conviene se cultive en las escuelas el sentimiento de lo bello.—Clases de *belleza*.—En qué consiste lo bello en el orden físico; idem en el orden intelectual y moral.—Cuándo comienza á manifestarse el sentimiento de lo bello.—Medios que tienen los maestros para facilitar el desarrollo de este sentimiento en los niños.—Término de la educación estética.

Se han dado multitud de definiciones sobre la palabra *belleza*. Platón la llamaba esplendor de la verdad; San Agustín, la unidad en la variedad; Santo Tomás, la proporción debida de las cosas; Kant, el símbolo del bien; Hegel, la manifestación sensible de la idea; Krause, lo infinito en lo finito; Taparelli, aquello á cuya vista la fuerza cognoscitiva del alma halla reposo, contento, deleite; De-Maistre, lo que

agrada á las inteligencias ilustradas y esclarecidas. Estas definiciones convienen en el fondo, pues en todas se expresa una misma cosa, á saber: el conjunto de perfecciones de un objeto que nos afecta de una manera agradable y pura, nos atrae fuertemente y nos obliga á contemplarla y admirarla.

No hay necesidad, por otra parte, de que esforcemos la inteligencia para encontrar una definición, pues tiene la belleza tal virtud que no permite se la confunda con las cosas ordinarias, y menos con las cosas feas. En la belleza se distingue siempre algo extraordinario. «Lo bello, dice un autor, es lo que ablanda, esponja, deslíe el alma; lo que la hace caer á veces en desfallecimientos, en deliquios, en dulces y deliciosísimos desmayos.»

Al decir que el alma siente lo bello, queremos manifestar que el alma se sonríe, que se halla embelesada, que desfallece, que desmaya, unida á lo bello en dulcísimo ósculo y amorosísimo abrazo. Busca el corazón lo bello en los arroyos que bajan cantando por caminos de flores á sepultarse en los cristales de los ríos, en las verdes laderas del valle, ricas en frescura, y habitadas por lirios y violetas; en los verjeles y pensiles donde coquetea la flor, tiene sus amores la brisa y hacen sus travesuras las juguetonas corrientes de las aguas: lo busca en la nuvecilla que pasa, en el pájaro que hiende los aires, en el ruiseñor que canta cantares de ángel, en el céfiro que amoroso suspira por las flores, y en las fuentes cristalinas y copiosos manantiales de aguas puras. Gusta el hombre, curioso por bañarse en los placeres de lo bello, devolver sus ojos á los crepúsculos de su vida, á los arreboles de su niñez, al delicioso verjel de su juventud, y devolverlos de nuevo para fijarse complacido en la hermosa estrella que trémula se levanta en el verde horizonte del porvenir. ¡Cuánto goza el mortal en pasear sus ojos por las hermosuras y bellezas de este mundo! Angel desterrado, el hombre, de las siempre apacibles orillas del río de lo bello, que serpentea por entre los floridos pensiles celestes, al buscar por aquí, por la tierra, las bellezas y hermosuras, no

hace sino buscar los destellos de belleza de aquel país de horizontes infinitos, donde las almas se extasian ante las magnificencias que presencian, de aquel país de las beldades y gracias. Son, pues, innumerables las fuentes de lo bello.

No se entienda, sin embargo, que el sentimiento de lo bello existe igualmente desarrollado en todos los individuos. Mientras que para unos pasan desapercibidas las cosas más bellas, para otros todo en la Naturaleza, hasta un pedazo de musgo, ofrece mucho que admirar, debiendo de reconocer, donde quiera se dirija la vista, el inmenso poder é infinita sabiduría del Supremo Artífice.

La unidad dentro de la variedad, y la variedad más asombrosa dentro de la unidad, que son los signos característicos de la belleza, existen en todas las obras de la creación, hasta en las, al parecer, más sencillas é insignificantes.

La aptitud de apreciar la belleza se halla en relación con el desarrollo de la inteligencia y del sentimiento. Para todo se requiere que el hombre adquiera cierto grado de cultura. No es posible que el ignorante descubra en los objetos el mismo número de perfecciones que el hombre instruído. En un museo de pintura, por ejemplo, gozará mucho más un pintor que un profano en el arte; y ante la grandiosa obra de la creación, más se deleitará el naturalista que ha pasado sus vigiliass estudiándola, que no aquel que se dedica al cultivo de una ciencia abstracta, ó á un simple oficio.

La belleza produce en el hombre sensaciones de un orden muy elevado, siendo uno de los medios de que la Providencia se vale para invitar á los hombres al estudio y á llevar una vida pura y sin mancha. De aquí la importancia que la Pedagogía reconoce en la Estética (ciencia de lo bello), considerándola como uno de los principales elementos de educación; de aquí, en fin, la conveniencia de que se cultive en las escuelas el sentimiento á que da origen. El maestro que logre despertar y avivar en el corazón de los niños tan precioso sentimiento, habrá dado un gran paso en la obra confiada á sus manos; porque es indudable que

cuando el alma se recrea ante las armonías de la Naturaleza, se halla en condiciones de seguir una vida arreglada, amando y practicando el bien.

El hombre comienza á distinguir la belleza en los seres de la naturaleza; luego se fija en la de los objetos de arte, y finalmente, mediante el raciocinio, se eleva al conocimiento del Sér infinito, de la belleza absoluta, causa y origen de todo lo bello.

Hay, pues, belleza natural, belleza artística ó ideal y belleza absoluta ó divina, que reside en Dios, por ser infinito en perfecciones.

La belleza del Universo, la belleza de la ciencia y de la moral no son más que un reflejo ó irradiación de la belleza infinita y absoluta, y constituyen, por lo tanto, la belleza relativa, la cual, según los objetos en que reside, toma diferentes denominaciones, como belleza física ó sensible, belleza intelectual ó científica, belleza moral, etc.

Lo bello en el orden físico consiste en el conjunto ordenado de los cuerpos, de los planos, de las líneas, de los colores, sonidos, movimientos y demás cualidades que agradan á nuestros sentidos.

Lo bello en el orden intelectual es la admirable armonía que reside entre las verdades de una ciencia y entre unas ciencias y otras; es, como dijo Platón, el resplandor de la verdad.

Lo bello en el orden moral es la hermosura del bien, la cual resplandece en los eternos principios de la moral y del derecho, en cuya realización estriba la felicidad del género humano.

El sentimiento de lo bello se manifiesta desde la más tierna infancia, pero al principio de una manera instintiva ó espontánea; pues los niños se sienten atraídos, sin que sepan darse cuenta de ello, por los objetos naturales ó de arte en los cuales resalta la belleza. Primero se fijan en los colores, luego en las formas y movimientos, y finalmente, cuando la inteligencia ha adquirido cierto desarrollo, distinguen la

harmonía que reside entre las partes y el todo, es decir, que ve la unidad en la variedad, ó viceversa.

Para favorecer el desarrollo de este sentimiento en los niños, es necesario que las escuelas estén bien organizadas, de manera que al primer golpe de vista impresionen agradablemente. Al efecto deberá procurarse reine en ellas la más esmerada limpieza; que el material sea escogido y de buen gusto; que maestro y discípulos se presenten perfectamente aseados, y que todo esté colocado con orden y simetría. Viene luego la marcha de la Escuela, ó sea el gobierno interior por medio de reglas sabiamente establecidas y que dispierten el espíritu de subordinación, amor al orden, al estudio y á cuanto conduzca al progreso moral é intelectual de los niños. Con esto, y con que el maestro ejerza una influencia avasalladora por su palabra correcta, dulce y cariñosa, y por su ejemplar conducta, se consigue desarrollar en los niños el sentimiento de lo bello en el orden moral, que es lo que más importa en materia de educación.

Finalmente, la escritura y el dibujo, la música y el canto, la lectura de composiciones poéticas, el examen frecuente y detenido de las obras de arte y descripciones animadas y pintorescas de las magnificencias de la naturaleza, son otros tantos medios de que el maestro se vale para desenvolver en el alma de los niños el sentimiento de lo bello.

Pero nada tan bello entre los seres racionales como su propia actividad al calor de un amor puro y desinteresado y en aras de la felicidad de todos; nada tan bello como el espectáculo de una sociedad cuyos miembros se tratan como verdaderos hermanos; nada, en fin, tan bello como la reconciliación entre los hombres, el perdón de los agravios recibidos, el volver bien por mal, la abnegación y el sacrificio á favor de los que padecen y sufren: tal debe ser el término de la educación estética, el fin de toda educación.

---

## LECCIÓN XXV

### EDUCACIÓN MORAL

Concepto del bien y de la educación moral.—Diferencia entre el hombre y los demás seres deducida del cumplimiento de las leyes naturales.—Cómo se divide el bien.—Bien absoluto y relativo.—Bien universal y particular.—Bien humano; bien moral.—Otra definición sobre la educación moral fundada en el amor.—Carácter condicional de la educación moral.—Fundamentos de la educación moral.—Cuándo obra el hombre como sér moral.—Importancia de la educación moral.—Cuándo se da principio á esta educación y cómo debe procederse en los primeros años de la infancia.

EDUCACIÓN MORAL es la parte de la educación en general que tiene por objeto el conocimiento y la práctica del bien.

El *bien*, dice un filósofo, es todo lo que se realiza en la vida conforme á la esencia de un sér, según la ley de su actividad ó según su destino; en otros términos, todo lo que es como debe ser.

Según los teólogos, el bien es todo lo que está conforme con la ley de Dios.

Según el sentido vulgar, *bien* es todo lo útil; todo lo que tiende á la perfección del hombre, á la felicidad del género humano.

De las tres facultades fundamentales del alma, hay una cuyo objeto es el bien, tal es la voluntad. Luego la educación moral, pedagógicamente considerada, se reduce á habitar la voluntad de los niños á la práctica del bien, ó lo que es lo mismo, al cumplimiento del deber.

La educación moral, mirada en sí misma y en un sentido absoluto, es la bondad suma, la santidad perfecta en los seres racionales; y en sentido relativo, es el grado de bondad de cada individuo. Es evidente que todos los hombres, dotados de idénticas facultades, son susceptibles del mismo

grado de perfección, y que, por lo tanto, han de llegar al mismo fin según sus méritos.

Todos los seres de la Naturaleza se desarrollan según leyes establecidas por el Creador: en el cumplimiento de estas leyes estriba el *bien* para cada individuo. El mal es la negación del bien, ó sea la transgresión de las leyes naturales establecidas por la Providencia.

En los seres irracionales se cumplen esas leyes de una manera instintiva: sólo el hombre es capaz de comprenderlas y de cumplirlas con conocimiento de causa, ó de obrar en sentido opuesto á ellas: de aquí nace su responsabilidad.

Hay, pues, una diferencia grandiosa entre la voluntad del hombre y la de los animales irracionales. La voluntad del hombre es libre y está presidida por la razón; mientras que la de los animales es fatal y ciega, y obra cual una máquina, dirigiéndose siempre á la conservación del individuo ó de la especie. Por eso los animales de cada especie ejecutan todos la misma labor, pudiendo considerarse como verdaderas máquinas, que concurren inconscientemente á la realización de los designios del Creador.

El bien se divide en absoluto, que es Dios, y relativo, que pertenece al universo y á los seres que lo ocupan.

El bien relativo se subdivide en universal y particular. El bien universal es el cumplimiento regular y harmónico de todas las leyes que rigen el Universo. Bien particular es el desarrollo regular y harmónico de cada sér conforme á las condiciones de su naturaleza y al fin para que ha sido creado.

Bien humano, el desarrollo regular y harmónico de todas las facultades del hombre.

*Bien moral* es el cumplimiento del deber ó el bien hecho con conciencia y libertad: es el amor y la caridad, bienes purísimos y divinos, por los cuales viven los hombres como verdaderos hermanos y á cuyo desarrollo se dirige la educación moral.

De aquí podría formularse la siguiente definición, Educa-

ción moral es el desarrollo del sentimiento del amor entre los hombres y la práctica de la caridad. Según esto, la educación moral se halla basada en el principio de igualdad de naturaleza y de fin entre todos los seres racionales.

Pero la educación moral de los pueblos está sujeta á la ley del progreso, y tiene por lo tanto un carácter condicional que el educador no puede perder de vista: tal es el grado de cultura del medio en que vive, ó sea las costumbres establecidas, las instituciones sociales profundamente arraigadas, y la disposición de los ánimos para admitir saludables reformas. Sin este criterio, el educador se estrellaría contra la dura roca de las preocupaciones, y sus tareas serían del todo infructuosas. Es necesario, pues, que la educación moral en las escuelas se atempere á las ideas dominantes, preparando los niños al cumplimiento de los deberes sociales. Pero cualesquiera que sean las ideas y las costumbres establecidas, el amor y la caridad dulcifican los corazones y abren el camino á todas las reformas.

Por medio de la razón distinguimos el bien del mal, lo lícito de lo ilícito, lo justo de lo injusto y trazamos el plan de vida que mejor cuadra á nuestra naturaleza y al fin para que hemos sido criados; por la voluntad nos resolvemos á obrar en un sentido ú otro, y por la conciencia aprobamos ó condenamos las acciones libremente ejecutadas. Luego, la razón, la voluntad y la conciencia son los tres fundamentos sobre que descansa la educación moral, sin los cuales ésta no podría existir. Pero estos tres fundamentos son como ramas que se apoyan sobre un tronco de donde reciben fuerza y vigor: tal es la idea suprema del bien que la razón concibe en Dios, considerándola como fuente y origen de todo bien, de toda belleza, y por lo tanto base ó fundamento de la educación moral. Una educación sin Dios es como un edificio sin cimiento.

Existe además otro fundamento sobre que se apoya la vida moral de los seres racionales: tal es el conocimiento de su propia inmortalidad en virtud del cual se juzgan capaces

de una perfección indefinida, perfección que no puede alcanzarse sino amando y practicando el bien, despojándonos de todo egoísmo, sujetando las pasiones animales, purificándonos cada vez más y contribuyendo con nuestras débiles fuerzas al progreso general de la sociedad.

Así, pues, el hombre obra como ser moral cuando impulsado por un amor puro y desinteresado practica el bien, estando el mérito de las acciones en razón directa de la abnegación y del sacrificio. El trabajo de todos los hombres tiende á la emancipación del espíritu, á su dominio sobre la materia, y para conseguirlo lucha contra las pasiones desordenadas, procurando llevar una vida pura y sin mancha.

Después de lo manifestado, fácilmente se comprenderá la importancia de la educación moral. Es, como si dijéramos, el resumen de la vida, el punto á que deben converger todos nuestros afanes. Porque la moralidad es la condición primera que nos hace acreedores á los beneficios de la creación; porque la moralidad es fuente purísima que fecundiza el árbol de la vida; porque la moralidad es el bien realizado, el orden dentro de la familia y el reposo dentro de las naciones, porque la moralidad, en fin, es lo que más nos purifica y eleva, haciéndonos dignos de la estimación de nuestros semejantes y dignos también de las recompensas eternas.

Es, además, importante esta educación por la gran influencia que ejerce sobre la vida física é intelectual del individuo. Cuando éste observa una conducta sin tacha, cuando es de costumbres morigeradas y cuando ajusta sus actos á la voz del deber, vive tranquilo y su organismo funciona con regularidad, disfrutando del inapreciable don de la salud. Del mismo modo, sus facultades intelectuales conservan toda su energía y pueden entregarse de lleno á la investigación de la verdad, participando así de las ventajas de la instrucción.

El vicio enerva los órganos del cuerpo, los debilita y los destruye después de haber pasado días de los mayores

sufrimientos; el vicio, por otra parte, produce en la inteligencia una especie de niebla que le impide distinguir la verdad; de donde resulta el embrutecimiento del hombre, su descrédito, su deshonra y su miseria. Por eso es preciso que en las escuelas se forme ante todo el corazón de los niños, haciéndolos bondadosos, dóciles, obedientes, compasivos, amantes del trabajo, pundonorosos y dignos.

Esta educación debe comenzarse desde los primeros años de la infancia, antes de que el niño llegue al uso de la razón; porque sabido es que las primeras impresiones son las más permanentes, y que los hábitos contraídos en la niñez se arraigan tan fuertemente que es difícil abandonarlos más tarde. Por eso conviene enseñarles desde luego á ser amables y corteses, pundonorosos, caritativos, leales, sinceros y exactos en todo lo que á ellos concierne. Así van preparándose poco á poco para la vida moral que les espera; y cuando llegan al uso de la razón, en vez de repugnancia, sienten placer en el cumplimiento de los deberes sociales. Para conseguirlo, no hay necesidad de violentar la naturaleza del niño: fuera un atentado imponerle castigos que lastiman su tierno organismo, y una crueldad contrariar su tendencia irresistible al movimiento y su amor á la libertad. Basta una vigilancia constante presentándole dignos ejemplos que imitar. Las malas inclinaciones se combaten por medios indirectos y siempre con cariño. El rigor se usa tan sólo en casos de rebeldía.

La voluntad es la única facultad moral del hombre, pues las acciones realizadas sin querer, no pueden considerarse imputables; pero como la voluntad se mueve á impulsos de ciertos agentes interiores que á veces la dominan, se da á éstos también el nombre de facultades morales: tales son los instintos, los sentimientos morales, las pasiones y la conciencia moral. Según esto, la educación moral debe tratar: 1.º de la voluntad, de sus diferentes manifestaciones y medios de dirigirla y fortalecerla; 2.º de los instintos y de su influencia en la conducta del hombre; 3.º de los sentimientos

morales; 4.º de las pasiones, y 5.º de la conciencia moral. Pero las tres partes más esenciales de la educación moral son: 1.ª desarrollo de los buenos sentimientos, como el amor al prójimo, caridad, justicia, etc., 2.ª modo de combatir los malos sentimientos, como el orgullo, la soberbia, ira, envidia, etc., y 3.º conocimiento de los deberes morales. Tarea grandiosa encomendada á los maestros, la más difícil de realizar sin duda, pero la más importante, por lo que debemos aplicar á ella nuestros mayores afanes.

## LECCIÓN XXVI

Sentimientos morales.—Efectos de los buenos sentimientos; idem de los malos.—Principal tarea del maestro.—Sentimiento moral por excelencia.—Objeto, supremo del amor.—Fórmula que nos dió Jesucristo.—Perdón de las injurias, volviendo bien por mal.—Del amor á Dios y al prójimo depende el buen éxito de la educación.—Cómo debe tratarse á los niños según que estén animados de buenos ó malos sentimientos.—Cómo ganará el maestro el corazón de los niños.—Qué debe hacerse para que los niños se amen como verdaderos hermanos.

Además de la vida física é intelectual, existe en el hombre la vida moral ó afectiva, que consiste en el ejercicio del sentimiento.

Llamamos *sentimientos* las modificaciones agradables ó desagradables que experimenta el alma, producidas por la acción de sus propias facultades. Cuando han sido originados por ideas pertenecientes al orden moral, se llaman SENTIMIENTOS MORALES, como el sentimiento de justicia, el de venganza, etc.

Bajo el nombre de sentimientos morales se comprenden tanto los buenos como los malos; pero generalmente llamamos morales á los primeros é inmorales á los segundos.

Los buenos sentimientos nos impulsan á la práctica de todas las virtudes, y los malos, por el contrario, nos separan de la senda del bien y nos arrastran al vicio.

El hombre dotado de buenos sentimientos está siempre dispuesto á sacrificarse á favor de sus semejantes; mientras

que el hombre de corazón pervertido goza en las desdichas del prójimo. Por eso, la principal tarea de la educación consiste en desarrollar y fortalecer los buenos sentimientos y combatir los malos, para lo cual deben los maestros hacer un estudio especial de los niños confiados á su dirección. Sin este conocimiento no podrían aplicarse con acierto los principios que la Pedagogía establece para tales casos.

Los sentimientos morales se dividen en individuales y sociales, ó sea, en subjetivos y objetivos. Los primeros se refieren al mismo individuo, como el amor propio, la dignidad, vanidad, orgullo, soberbia, etc., y los segundos se refieren á nuestros semejantes, como la caridad, la amistad, la urbanidad, la compasión, el odio, la venganza y otros varios.

El sentimiento moral por excelencia es el amor, del cual se derivan todos los demás. Del amor nace la principal de las virtudes que es la caridad. En estas dos palabras *amor* y *caridad*, se resume toda la moral de Jesucristo. El amor y la caridad son como dos hermanos gemelos que no pueden separarse, que el uno vive para el otro, que se auxilian en todos los momentos. Hé ahí por qué se dice que no hay amor sin caridad, ni verdadera caridad sin amor.

El objeto supremo de nuestro amor es Dios, no sólo porque á Él debemos la existencia, sino por ser bondad infinita, fuente y origen de todo bien; y al mismo tiempo debemos amar á nuestros semejantes por ser su obra predilecta. Por eso dice el texto sagrado: «amarás á Dios con todo tu entendimiento, con todo tu corazón y con toda tu voluntad, y amarás al prójimo como á tí mismo.» A estos dos mandamientos se reduce la ley de Dios impresa en el corazón de los hombres.

Jesucristo nos dió la fórmula cuando dijo: Amaos como hermanos, pues que todos sois hijos de un mismo Padre que está en los Cielos. Y no sólo debeis amar á los que os aman, sinó también á aquellos de quienes hubieseis recibido algún agravio. Volved bien por mal, como así nos lo enseña el

Padre, que hace salir el sol y brotar la espiga lo mismo para el bueno que para el malo.»

Para que los niños comprendan y practiquen tan santa doctrina, es necesario se les presente por modelo á Jesucristo, quien tuvo la sublime abnegación de ofrecer su vida por amor al hombre, perdonando á sus más encarnizados enemigos y orando á favor de los que le martirizaban, aún estando clavado en la cruz sufriendo los más atroces tormentos.

El maestro dirá á los niños: «Cuando veáis que uno está dominado por el odio y espíritu de venganza, compadeceos de él por la enfermedad moral que sufre; y en vez de irritaros por los agravios que os infiera, debeis, por el contrario, perdonarle y volverle bien por mal: de este modo se consigue ablandar su corazón y atraerle al buen camino, y toda su vida se mostrará agradecido. El que se venga por los agravios recibidos, se pone al nivel de los que le han ofendido y contribuye á que el malestar aumente y se prolongue indefinidamente.»

Si el maestro logra que los niños amen á Dios y al prójimo, puede desde luego afirmarse que la obra de la educación está asegurada; pues de este amor resultan como corolarios los demás sentimientos morales y todas las virtudes que elevan al hombre en la escala de los seres racionales. En efecto, quien ama á Dios y al prójimo, será complaciente, afectuoso, cortés, justo, caritativo, sincero, leal, humilde, etc., etc., y estará dispuesto á sacrificarse en aras del progreso general de la sociedad; mientras que el hombre que no cree en Dios ni ama á sus semejantes, él mismo se constituye en objeto de adoración, y como consecuencia, se hallará dominado por el egoísmo, la ambición, el orgullo, la soberbia, la envidia, la ira, el odio, la venganza y demás sentimientos de que resultan todas las plagas sociales.

Cuando los niños ingresan por primera vez en la escuela, ya germinan en su corazón unos ú otros sentimientos, por lo que es necesario vigilarlos y hacer un estudio, de cada

uno á fin de aplicar las reglas más convenientes: ésta es la gran misión del educador.

Las tendencias é inclinaciones que manifiestan los niños no sólo son efecto de su temperamento é idiosincrasia, sino de los sentimientos de que están poseídos. Si éstos son buenos, la tarea del maestro consiste en velar por la inocencia del niño, en presentarle ocasiones y ejemplos para ejercitarlos, y en darle consejos é instrucciones á fin de que no sea víctima del error y de las preocupaciones sociales; pero cuando el corazón del niño está maleado, es preciso tratarlo con cierta habilidad, contrariando, sin que él lo note, sus disposiciones ó hábitos, presentando con vivos colores la fealdad de los defectos que le dominan (pero hablando en sentido impersonal), y exponiendo la mala suerte de aquellos hombres que tienen la desgracia de dejarse arrastrar por la envidia, el orgullo ó por algún otro mal sentimiento.

La escuela es una sociedad en pequeño y en ella pueden cultivarse los sentimientos morales de que hemos hecho mención. El maestro debe ante todo ganar el corazón de los niños, empleando la dulzura y dando pruebas de que verdaderamente los ama; pero al mismo tiempo ha de saber ejercer sobre ellos la ascendencia necesaria para que sea respetado y querido hasta por los más rebeldes. Trabajando con celo y perseverancia, explicando las lecciones con claridad y sencillez, mostrando vivos deseos de satisfacer las nobles aspiraciones de los padres, siendo cariñoso para con todos, justo en la distribución de las recompensas, enérgico para con los que delinquen, en una palabra, siendo exacto en el cumplimiento de sus deberes, llegará el maestro á granjearse la estimación y el respeto de sus discípulos.

Dentro de la escuela y fuera de ella, ha de procurarse reine entre los niños verdadero compañerismo; hay que enseñarles á tratarse como hermanos, á ayudarse mutuamente en sus trabajos y á desplegar su actividad en aras de la felicidad de todos. Mas para esto ha de respirarse en la escuela, libre de todo espíritu de secta, una atmósfera esen-

cialmente moral y religiosa; pues sólo con el amor y temor de Dios y con los santos y sublimes preceptos de Jesucristo es como pueden arraigarse en el corazón humano los sentimientos por los cuales ha de establecerse entre los hombres el reinado de la fraternidad. El profesor ha de dar el ejemplo, amando á todos los niños sin distinción de clases; mostrando, si cabe, más interés por los humildes y por los más atrasados, á semejanza del médico que redobla sus esfuerzos cuando el enfermo se halla más gravemente amenazado: todos los niños de la escuela son igualmente dignos del amor del maestro. Debe destruirse sin demora todo germen que tienda á la desunión entre los pequeñuelos ó á fomentar la vanidad y la soberbia de los más adelantados. Cuanto más instruído sea un niño ó más le favorezca la fortuna de sus padres, más empeño debe haber en el educador en que sea modesto y se muestre amable y cariñoso para con todos. Cuando un niño sufre por cualquiera causa, invítese á los demás á que le presten algún auxilio ó á compartir con él la pena; y cuando otro está de enhorabuena, celebren todos la causa y participen de su alegría. En fin, hágase de modo que la escuela sea una verdadera familia regida por la ley de amor, y así los niños harán el aprendizaje de la vida preparándose al cumplimiento de los deberes sociales, que es en lo que consiste la educación.

---

## LECCIÓN XXVII

Etimología de la palabra PASIÓN.—Definición.—Si las pasiones pueden considerarse como fuerzas ó facultades morales.—Lucha que el hombre sostiene contra las pasiones desordenadas: armas de que Dios le ha dotado para salir victorioso.—Fatales consecuencias de las pasiones desordenadas.—División de las pasiones.—Causas que favorecen el desarrollo de las pasiones y cuáles de éstas dominan en los diferentes periodos de la vida.—Reglas que deben tener presentes los encargados de la educación.—Modo de combatir las pasiones desordenadas.

La palabra PASIÓN se deriva de una voz latina que significa *yo padezco*, porque en realidad la pasión es un padecimiento físico ó moral, sobre todo cuando es desordenada. Las pasiones, dicen algunos autores, se llaman tales porque el hombre no se las da, sino que las recibe; está sometido á su acción desempeñando un papel pasivo.

Se han dado muchas definiciones sobre esta palabra. Según el docto y juicioso Bergier, las pasiones son las inclinaciones ó tendencias naturales extremadas, porque sus movimientos no son voluntarios; el hombre es puramente pasivo cuando las experimenta, y no es activo sino cuando las consiente ó cuando las reprime.

Zenón, jefe de la Escuela estoica, define la pasión como sigue: «Un desorden contranatural del espíritu que aparta á la razón de su sendero.»

Galeno, á tenor de las ideas de Hipócrates y Platón, considera las pasiones como movimientos contranaturales del alma irracional, y las juzga procedentes todas de un apetito insaciable, añadiendo que hacen salir al cuerpo del estado de salud.

Descartes las considera como movimientos producidos por los espíritus vitales, los cuales agitan de varios modos todas las partes del cuerpo.

El placer nos mueve agradablemente, y nos inclinamos á él; el dolor produce en nosotros un efecto contrario. Esa

atracción y repulsión han sido llamadas movimientos del alma, como para indicar que en su amor y en su aversión, el alma se une ó se aparta de los objetos, á la manera que se acerca ó se aleja el cuerpo. Por estas consideraciones, Bossuet y otros moralistas cristianos definen las pasiones como movimientos del alma, la cual, tocada por el placer ó el dolor sentido, lo busca ó lo repele.

Algunos han confundido las afecciones con las pasiones; otros han reservado el nombre de afecciones para los sentimientos en cierto modo pasivos, como la tristeza, el malhumor, el temor, calificando solamente de pasiones los sentimientos activos en alto grado, como la ira y la ambición.

Monlau dice, que pasión es un sentimiento imperioso que avasalla la inteligencia y arrolla la voluntad; y otros autores, como Santos, definen las pasiones manifestando que son los mismos sentimientos morales llevados á la exageración.

Todas las definiciones convienen en el fondo, y como quiera que las pasiones se consideren, siempre se vendrá en conocimiento de que son *movimientos ó impulsos de amor ú odio hacia determinados objetos, siempre con carácter predominante ó permanente.*

Las pasiones, ejerciendo poderosa influencia sobre la voluntad del hombre, impulsándonos con energía en uno ú otro sentido, pueden desde luego admitirse como fuerzas ó facultades morales que imprimen un carácter especial en cada individuo, obligándole á mostrar sus preferentes deseos é inclinaciones, sus gustos y apetitos, en una palabra, su manera de ser. Por eso es necesario que el educador se haga cargo de ellas para dirigir las de la manera más conveniente.

Consideradas las pasiones con relación á la moral, han sido por unos calificadas como buenas y por otros como malas; pero la mayor parte de los autores convienen en que no son buenas ni malas en sí, dependiendo su calidad del uso que de ellas se haga. «Todas las pasiones son buenas, dice

Rousseau, cuando uno es dueño de ellas, y todas son malas cuando nos esclavizan.»

La existencia de las pasiones es consecuencia necesaria de la doble naturaleza del hombre; pero según el uso que de ellas se haga, las más nobles y elevadas podrán degenerar en vicios. El hombre ha de sostener, pues, lucha incesante entre los impulsos de su corazón y el sentimiento del deber, y de este combate nace el triunfo de la virtud ó su derrota. Por eso Bossuet define la virtud: «el hábito de vivir según la razón,» y luego añade: «la virtud, por grande que nos parezca, no es digna de llamarse tal hasta que se ha acreditado de capaz para sufrir toda clase de pruebas » Dios nos ha dotado de suficientes armas para salir victoriosos en esa lucha y hacernos dignos de su amor: estas armas son la razón y la conciencia. Si á ellas sometemos la voluntad, las pasiones serán manantial inagotable de bienes, porque siempre se dirigirán á la práctica de acciones generosas; pero cuando la voluntad cede, prescindiendo de aquellas dos facultades, el hombre se esclaviza y las pasiones degeneran en vicios.

Las pasiones desordenadas trastornan el cerebro, oscurecen la inteligencia y avasallan la voluntad: el hombre en tal caso no es dueño de sí mismo y se pierde necesariamente; la imaginación campea como soberana y le conduce á los mayores desórdenes. Hay pasiones tan fatales que producen males sin cuento al individuo y á la sociedad: la gula, por ejemplo, da lugar á indigestiones que destruyen el estómago y aceleran la muerte después de haber pasado por grandes y prolongados sufrimientos; la envidia no se cansa jamás de herir y maltratar al prójimo; es una especie de sutil veneno que se infiltra en el organismo del individuo y en las entrañas del cuerpo social; el orgullo engendra el despotismo y todo género de tiranías; la ambición nunca está satisfecha y atropella cuanto se le opone al paso para el logro de sus fines. En fin, enfermedades agudas, la locura en muchos casos, el oprobio, la miseria, los crímenes más atroces, una

muerte prematura y con frecuencia afrentosa, son las tristes consecuencias de las pasiones desordenadas.

Si los autores difieren tanto respecto á la definición de las pasiones, no menos divergencia existe en cuanto á la división que de las mismas han hecho.

Los estóicos admitían cuatro pasiones primitivas: *el deseo, la alegría, la tristeza y el temor*, que subdividían en treinta y dos pasiones derivadas.

Los epicúreos las reducían á tres: alegría, dolor y deseo.

La filosofía aristotélica clasifica las pasiones según el orden de su generación establecido por el gran maestro: 1.º amor y odio; 2.º deseo y aversión; 3.º esperanza y desesperación; 4.º miedo y audacia; 5.º cólera; 6.º alegría y tristeza.

Santo Tomás de Aquino, en su *Suma teológica*, admite once pasiones, que clasifica por el orden siguiente: amor, odio, deseo, aversión, gozo ó deleitación, dolor ó tristeza, esperanza, desesperación, temor, audacia, cólera. Las seis primeras son referidas al *apetito concupiscible* y las otras cinco al *apetito irascible*.

Bossuet opina que todas las pasiones pueden reducirse á una sola, al *amor*. «Así, dice, el odio que se profesa á un objeto no viene sino del amor que se aplica al bien que ya se posee; el atrevimiento es un amor que acomete lo más difícil para poseer el objeto amado; la esperanza es un amor que se lisonjea de poseer el mismo objeto, y la desesperación un amor desconsolado de verse privado de él para siempre; la cólera es un amor irritado, porque le quieren quitar su bien y que se esfuerza en defender. Quitad el amor y ya no hay encanto: tal es la opinión de este grande hombre, que es la misma de San Agustín y el Padre Senault.

Todas las afecciones que Bossuet refiere al amor como necesidad ó instinto de poseer lo que nos gusta, son reducidas por otros al *amor propio*, ó más bien, al *amor de sí mismo*, al *interés personal*.

Podríamos citar otros autores y divisiones; mas para abreviar diremos que las pasiones, según el objeto á que se

dirigen, se reducen á tres clases: físicas, morales é intelectuales. Así, por ejemplo, la pasión por determinados manjares será física; la pasión por el estudio, intelectual, y la pasión por socorrer á los necesitados, moral.

Hay pasiones que ennoblecen al hombre y producen grandes bienes á la sociedad, como la pasión por la caridad, por el trabajo, etc.; mientras que otras son un peligro constante por los grandes males que originan, como la pasión por el juego. Una vez arraigadas, constituyen verdaderas necesidades, puesto que hacen sentir vehementes deseos de satisfacerlas, y entonces es cuando comienza la lucha entre ellas y el sentimiento del deber.

Sinnúmero de causas favorecen el desarrollo de las pasiones, siendo las principales, la disposición orgánica, la educación, el ejemplo, la herencia y sobre todo la ociosidad. La edad influye no poco; pues las pasiones que aparecen vivísimas en la juventud se apagan en la vejez, época de la vida en que ni el alma conserva su vigor, ni el cuerpo responde á sus impulsos. En la infancia domina la gula, el amor en la juventud, la ambición en la edad viril, y la avaricia y codicia en la vejez.

Los encargados de la educación han de tener presente: 1.º que las pasiones asoman débiles, siendo, por lo tanto, fácil de combatirlas y dominarlas; 2.º que si se las descuida, arraigan y crecen hasta convertirse en avasalladoras, siendo ya entonces difícil vencerlas y subyugarlas, y 3.º que pasión alguna debe dejarse abandonada á sí misma, porque la experiencia enseña que casi nunca ceden, ó si calman es después de haber causado funestos estragos.

El mejor modo de combatir las pasiones desordenadas es el trabajo, por medio del cual la atención del niño está constantemente ocupada, procurando que en las horas de recreo se entregue á diversiones inocentes propias de la infancia. Por último, la vara mágica que las domina, es el sentimiento del deber apoyado y robustecido por la idea de Dios, la fé en su providencia y en su divina justicia.

## LECCION XXVIII

CONCIENCIA MORAL.—Carácter de esta facultad y su importancia.—La conciencia puede compararse con un libro de *cargo y data*.—Cómo el hombre no puede negar su propia conciencia, estando siempre en condiciones de perfeccionarse.—División de la conciencia moral; consideraciones sobre el particular.—Influencia de la razón y el sentimiento en el desarrollo de la conciencia.—Diferentes medios de que el Maestro puede valerse para favorecer en los niños el desarrollo de esta facultad.

Entre las facultades humanas descuella como una de las principales aquella que aquilata la importancia y el valor moral de las acciones que ejecutamos y las aprueba ó condena según estén ó no conformes con la idea del bien: tal es la CONCIENCIA MORAL.

Defínese la conciencia moral diciendo que es la facultad por medio de la cual el hombre se juzga á sí mismo. Es, en efecto, la conciencia un verdadero tribunal donde nada queda oculto y donde los fallos se pronuncian de una manera justa. Somos á la vez autor y testigo, juez y fiscal de nosotros mismos; facultad grandiosa que nos eleva sobre todo lo creado, que nos hace responsables de nuestros actos, que nos acusa ó nos absuelve, obligándonos tarde ó temprano, á despojarnos de los defectos que nos dominan y nos impiden marchar por la senda del progreso. La conciencia puede compararse con un gran libro de cuentas corrientes constantemente abierto, en el cual quedan apuntadas las acciones que vamos ejecutando. Las acciones malas constituyen el *cargo* y las buenas la *data*. De la comparación entre unas y otras, deducimos si adelantamos ó no en la obra que Dios nos ha encomendado. Habiendo deudas que satisfacer, nuestros esfuerzos deben dirigirse á verificar cuanto antes el saldo, y continuar luego realizando operaciones que redunden en beneficio de la casa, que es nuestro propio espíritu: esas operaciones consisten en practicar el bien, ó sea, en el cumplimiento de nuestros deberes.

Puede el hombre negar cuanto se quiera, pero no le es dable negarse á sí mismo; ha de oír necesariamente esa voz interna que sale del fondo de su alma y resuena en su corazón aún cuando sea mas duro que una roca. Y hé aquí por qué no hay que desconfiar jamás de la obra del progreso humano, que á impulsos de la conciencia individual y colectiva va realizándose á través de los siglos. Por atrasado que se encuentre un individuo, por más que se haya encenegado en el vicio y por grandes que sean los crímenes que haya cometido, siempre le queda una chispa en esa caja cerrada, en este sagrado santuario donde reside la conciencia y donde sólo Dios puede penetrar; de manera que el hombre, cualquiera que sea su estado moral, siempre será un sér perfecto y por consiguiente capaz de rehabilitarse algún día. Según esto, debemos rechazar con energía toda doctrina que tienda á justificar la destrucción de la vida de un sér humano: el mérito está en hacer de un hombre perverso, un hombre de bien; la destrucción es un acto de barbarie y como tal se opone al principio de caridad, formulado en estas palabras de Jesucristo: «amaos como hermanos.»

La cultura de la conciencia moral está en relación con la de la inteligencia, y con la del sentimiento del amor y del deber: de aquí la división que suele hacerse de la conciencia en antecedente y consiguiente, recta y errónea, cierta, probable, dudosa y escrupulosa.

Conciencia *antecedente* es la que raciocina acerca de la moralidad de las acciones antes de ejecutarlas; y conciencia *consiguiente* cuando se hace cargo de las acciones después que han sido ejecutadas.

Conviene se diga á los niños que es necesario aplicar la conciencia antecedente, porque de lo contrario confundirán á cada paso lo bueno con lo malo y cometerían los mayores desaciertos.

Conciencia *recta* es la que presenta lo bueno como bueno y lo malo como malo; y conciencia *errónea* la que presenta lo bueno como malo, ó lo malo como bueno. Esta

segunda abunda entre los niños, y en general entre los ignorantes, y de aquí la necesidad de la instrucción.

Conciencia *cierta* es la que raciocina sobre la moralidad de las acciones con la más completa seguridad de no errar.

*Probable*, la que raciocina con algunos fundamentos que la inclinan hacia un lado, pero no tales que excluyan todo temor de equivocarse.

*Dudosa*, la que está suspensa sobre la moralidad de una acción sin poder calificarla de buena ó mala.

*Escrupulosa*, la que se funda en razones frívolas, haciendo creer ó recelar que las acciones son malas aunque no lo sean.

Cuando hay conciencia probable es necesario estudiar para adquirir la certeza ó evidencia, ó en su defecto no rendirse sino á la mayor probabilidad.

En los casos de conciencia dudosa, si no hay precisión de obrar, se suspende la acción hasta ilustrarse; pero si la hay, se sigue la parte más segura.

En orden á la conciencia escrupulosa, que es muy común entre las personas timoratas, debemos procurar librarnos de ella; pero teniendo cuidado de no incurrir, como es frecuente, en el extremo opuesto, ó sea en la conciencia *ancha*, porque de ésta al crimen sólo hay un paso.

La conciencia no sólo necesita para desarrollarse de la luz de la razón, sino que en ella toma parte también el sentimiento. Las buenas acciones, en efecto, producen en nuestra alma placer dulcísimo y satisfacción profunda; mientras que las malas producen dolor, un pesar que no nos permite vivir tranquilos, que es lo que llamamos *remordimiento*. Este pesar es mayor ó menor según la gravedad de la falta, la claridad de la conciencia y el desarrollo de la sensibilidad.

Varios son los medios de que el Maestro puede valerse para favorecer en los niños el desenvolvimiento de la conciencia moral. Desde luego hará ver á los niños la enorme diferencia que existe entre el bien y el mal obrar: en el pri-

mer caso, tranquilidad de espíritu, satisfacción íntima, estimación pública, y por último felicidad eterna; en el segundo, desasosiego continuo, pesar profundo, desprecio de nuestros semejantes y más allá de la muerte, oscuridad y sufrimientos. «Debéis, pues, dirá el maestro á sus discípulos, esforzaos en ser dóciles y obedientes, en seguir una vida honrada, cumpliendo exactamente los mandamientos de Dios, que están grabados en vuestra propia conciencia; sed puros de corazón, amables y cariñosos con todo el mundo; estad siempre dispuestos á llevar un consuelo al necesitado, á enjugar las lágrimas del que sufre ó padece: así os haréis dignos hijos del Altísimo y mereceréis las recompensas eternas.»

Dentro de la escuela se ejecutan acciones buenas, pero también suelen cometerse faltas que no pueden ni deben tolerarse. Conviene que los mismos niños se constituyan en jueces y se acostumbren á fallar con rectitud é imparcialidad, y que el culpable se resigne á sufrir las consecuencias de la falta cometida. El maestro en tales casos ha de penetrar con su palabra hasta el fondo del alma del niño, exponerle con claridad la razón por la cual se le juzga, la responsabilidad en que ha incurrido y la necesidad que todos tenemos de cumplir los deberes.

La historia sagrada ofrece numerosos ejemplos, que, cuando son bien relatados, hieren las fibras más delicadas del corazón, siendo, por lo tanto, su estudio, uno de los medios más eficaces para favorecer en los niños el desarrollo de la conciencia moral. Al efecto el maestro debe escoger aquellos pasajes que más vivamente impresionan y de los cuales más aplicaciones puedan hacerse, sobre todo la vida, pasión y muerte de Jesucristo.

La historia profana es también una gran maestra de la vida, porque en ella se encuentran multitud de hechos, unos dignos de alabanza y otros de vituperio, cuyo conocimiento influye en el desarrollo de la conciencia moral.

La doctrina cristiana, que enseña los deberes del hombre

para con Dios, para consigo mismo y sus semejantes, contribuye grandemente al desarrollo de la conciencia, máxime cuando es estudiada con aquel interés y aquella devoción que tan importante como sagrada materia requiere.

El maestro, en fin, debe aprovecharse de los acontecimientos que ocurren diariamente en la sociedad, haciendo sobre ellos las reflexiones más convenientes para que los niños aprendan á amar la virtud y aborrecer el vicio.

## LECCIÓN XXIX

**HÁBITO.**—Hábitos infusos, naturales, activos y pasivos.—Influencia de los hábitos en la conducta del hombre.—Virtud y vicio.—Facilidad con que se adquieren los hábitos.—Cuánto conviene contraer buenos hábitos desde la niñez.—Principales hábitos que los niños deben adquirir (obediencia, orden, trabajo, limpieza, templanza, sociabilidad, y medios de que para ello pueden valerse los maestros.

Entendemos por **HÁBITO** la propensión á ejecutar ciertos actos que se repiten con frecuencia. La observación y la experiencia nos dicen que los hábitos son modificaciones permanentes adquiridas por la repetición de unos mismos actos y por la continuidad de unas mismas impresiones. Una vez arraigados, constituyen en el hombre una segunda naturaleza, mucho más fuerte que la primera.

Hay autores que dividen los hábitos en infusos, naturales, adquiridos, activos y pasivos. *Infusos* son los de orden sobrenatural, como los de las virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. *Naturales* son las propensiones é inclinaciones espontáneas, como la inclinación de la voluntad á obrar el bien, la de la inteligencia á descubrir la verdad, la del cuerpo á moverse, etc.—*Adquiridos*, los que contraemos por nuestra propia voluntad, como el del estudio, el de trabajo, el de templanza y otros. *Activos*, si la causa productora es interna y se manifiesta por una serie de actos, como el hábito de hablar continuamente. *Pasivos*, si la causa es

externa y se forma por repetidas impresiones y sensaciones, como el hábito de sufrir el frío ó el calor.

Los activos pueden pertenecer al entendimiento, como la facilidad de retener las ideas; á la voluntad, como el ejercicio de cualquiera virtud; á la sensibilidad, como la vista penetrante del cazador.

En todo se hace sentir la influencia del hábito, y por eso la principal tarea de la educación consiste en favorecer el desarrollo de los buenos hábitos y combatir los malos.

El hábito produce sobre los actos tres efectos distintos, á saber: 1.º aumentar absolutamente el poder de una facultad; 2.º aumentarlo bajo la forma especial y determinada en que se ejercita esta facultad; y 3.º aumentar en ella la necesidad de ejercitarse de nuevo. En una palabra, acrecienta el *poder*, lo acrecienta en una *dirección* determinada y, en fin, lo transforma en *necesidad*.

Los hábitos de la inteligencia nos dicen que todas las facultades mentales se perfeccionan por el ejercicio; que todas pueden aumentar en su poder, desenvolverse en la dirección que hayan tomado y transformarse en necesidad. Las percepciones, por ejemplo, se perfeccionan, sin duda alguna, por el ejercicio, puesto que el ojo aprende á ver y el oído á oír; pero se perfeccionan en un determinado sentido. El pintor aprende á ver las formas, si es sobre todo dibujante, ó los colores, si es colorista. El oído de un orador notará las entonaciones; el de un músico, las modulaciones, y así de los demás. Lo mismo acontece con las demás facultades. Da esto una gran importancia al hábito, y de aquí que se diga que toda la educación consiste en último término, en formar, en crear buenos hábitos en el individuo y en todas las esferas de su naturaleza psicológica.

Los buenos hábitos engendran las virtudes y los malos dan origen á los vicios. *Virtud*, es el hábito de sujetar las acciones á la ley del deber, ó sea el hábito de obrar el bien. *Vicio*, es el hábito de faltar á la ley del deber, ó sea el hábito de practicar el mal. La primera es la manifestación

del conjunto de sentimientos bellos de que un individuo se halla dotado y que le impulsan constantemente á la práctica del bien; mientras que el segundo, ó sea el vicio, es producto de malos sentimientos arraigados en el corazón y que sin cesar arrastran al hombre á quebrantar las leyes morales.

El hombre se habitúa poco á poco á comer mucho, lo mismo que á las mayores privaciones; á respirar un aire infecto y mal sano, del mismo modo que á hallarse rodeado de una atmósfera pura; al silencio más absoluto, lo propio que al ruido más fuerte y continuado. Habitúase el hombre á los medicamentos, á los excitantes y hasta á los venenos.

Uno se identifica lo mismo con los buenos hábitos que con los malos; y como quiera que una vez arraigados es muy difícil abandonarlos, conviene que los niños se acostumbren á la práctica de todas aquellas virtudes compatibles con su tierna edad. Así, cuando lleguen al uso de la razón, no sentirán repugnancia alguna por el cumplimiento de sus deberes; al contrario, sentirán placer.

Cuando los niños principian á concurrir á la escuela, tienen inclinaciones y deseos más ó menos vivos, á veces violentos é impetuosos; pero nada existe en ellos bastante fuerte que no sea posible combatir y dominar. El Maestro inteligente y laborioso se halla en posición ventajosa para que sus discípulos vayan despojándose de los malos hábitos y adquiriendo los buenos.

La afición al estudio, la moderación en el hablar, las buenas formas, el cumplimiento de los deberes escolares, todo esto y mucho más adquieren los niños con la repetición continuada; pero los principales hábitos que deben adquirir durante la infancia son el de obediencia, el de orden, el de trabajo, el de limpieza, el de templanza y el de sociabilidad.

El hábito de obediencia se adquiere sujetando á los niños á los preceptos del reglamento, á la voz del Maestro y á la de los instructores; acostumbrándolos, en fin, á ser exactos en el cumplimiento de sus deberes; todo lo cual se consigue

con firmeza y perseverancia. La verdadera obediencia es la que se funda en el sentimiento del amor y en la idea del deber. Hacer de un niño rebelde, un niño dócil y obediente, es una conquista tan grande que tan sólo por ella merece el Maestro los mayores aplausos y las más nobles y respetuosas consideraciones.

El hábito de orden se adquiere haciendo que el niño coloque siempre las cosas en su verdadero lugar, que ejecute los trabajos con método y contribuya por su parte al sostenimiento de la disciplina. Es necesario que el niño se convenza de que sin orden no es posible adelanto alguno, de que el orden es una condición necesaria de bienestar y en general del progreso humano, al paso que el desorden es la imagen espantosa de la locura, origen de todo género de desdichas. El orden no es, como creen los niños y espíritus atrasados, contrario á la libertad, sino, por el contrario, su más firme garantía, supuesto que es la acertada aplicación de las facultades de que el hombre está dotado. El desorden es resultado del trastorno que reina en las ideas y por lo tanto de la mala aplicación de nuestras facultades.

El hábito de trabajo es manantial de toda suerte de prosperidades, y se obtiene procurando que los niños estén constantemente ocupados en alguna cosa útil. Para esto hay que aprovecharse de su inclinación natural al movimiento, á la actividad incesante: la inmovilidad sería para ellos el mayor de los castigos; pero debe el Maestro alentar al discípulo y hacer que el estudio sea agradable.

El hábito de limpieza es también de los más preciosos por la gran influencia que ejerce en la salud. Para que los niños lo adquieran, debe acostumbrárseles á que se laven por las mañanas con agua fría las manos, cara y cuello, y durante el día cuantas veces fuese necesario; á que se peinen, se cepillen la ropa, se laven los piés con agua templada cada ocho ó quince días, y se froten con una esponja, empapada en agua fría, si no todos los días, á lo menos una vez cada semana. Dentro de la escuela se les obliga á con-

servar, con la mayor limpieza, libros, cartapacios, cuadernos y demás objetos.

La templanza, es otro de los hábitos que se recomiendan como condición necesaria á la conservación de la salud; consiste en el uso moderado de las comidas y bebidas, en no apetecer más que lo puramente necesario, para la vida del cuerpo. A fin de que los niños se habitúen á esta gran virtud, debe dárselos alimentos sencillos, pero nutritivos, en cantidad suficiente para que no padezcan de hambre. La prohibición suele ser causa de la glotonería, y ésta de muchas indigestiones y sufrimientos.

La sociabilidad es resultado del amor mutuo que los hombres se profesan, y por la cual se auxilian en sus necesidades y concurren juntos á la grande obra de la civilización.

La escuela es una sociedad en pequeño donde los niños hacen el aprendizaje de la vida, tratándose como verdaderos hermanos y poniendo cada cual sus facultades al servicio de los demás. Este hábito se robustece y se fortifica con la idea de Dios, con la esperanza en otra vida mejor y con la práctica de la caridad.

De todo lo expuesto se infiere cuán importante es el estudio de los hábitos, y la necesidad de parte de los padres y Maestros de ejercer constante vigilancia para que los niños puestos á su cuidado los adquieran buenos y sean en consecuencia modelos de virtud.

## LECCIÓN XXX

### EDUCACIÓN RELIGIOSA

Fundamento, importancia y necesidad de la educación religiosa.—Cuál es el hombre más religioso.—Diferencia entre la educación moral y religiosa.—Qué sería una educación sin Dios y sin el principio de la inmortalidad del alma.—Necesidad de que en las escuelas se respire una atmósfera profundamente religiosa y qué debe hacerse al efecto.—Qué debe evitarse en materia de educación religiosa: funestos efectos del fanatismo y como debe combatirse.—Qué es la religión de Jesucristo.—Cuándo y cómo comienza á desarrollarse el sentimiento religioso.—Continuación en la escuela de la obra iniciada en el seno de la familia.—La educación religiosa, aunque una en lo fundamental, varía en los diferentes países.—En nuestras escuelas se informa esta educación en los principios de la religión católica.

El alma humana tiene una propiedad esencialísima en virtud de la cual conserva su vida eternamente, á diferencia del cuerpo, que se descompone y muere; y al contemplar la riqueza de sus propias facultades, á la par que la magnificencia de los cielos, la admirable armonía que reina en el Universo, la sabiduría que en todas partes resplandece, élévase fácilmente al conocimiento de la existencia del Creador de todas las cosas; y sintiéndose libre é inteligente, capaz de continuar la obra de perfección que ha comenzado, concibe desde luego que el progreso de que es susceptible no puede adquirirse en el corto tiempo que está unida á la materia, y admite, sin vacilar, la existencia de una vida futura.

Es necesario, pues, preparar al hombre desde su infancia para la vida inmortal del espíritu, desarrollando en su corazón el amor de Dios, la fé en su Providencia, y habituándole al cumplimiento de la ley divina grabada en su conciencia: esta preparación recibe el nombre de EDUCACIÓN RELIGIOSA.

La educación religiosa, según lo expuesto, tiene por objeto el conocimiento y la práctica de los deberes del hombre para con Dios. Podría también definirse: el desarrollo del senti-

miento del amor de Dios y la fé en su Providencia, ó bien, la preparación del hombre para la consecución del fin á que ha sido creado.

Su fundamento, como se vé, es la existencia de Dios y la inmortalidad del alma: sin éstas dos verdades, claramente grabadas en la conciencia del hombre, no habría educación religiosa. Negarlas, equivaldría á ponerse frente á frente del consentimiento unánime de todos los pueblos de la tierra; fuera desconocer el ejercicio de la razón, que convencida de la existencia de una causa Suprema, aspira constantemente á la investigación y explicación de sus divinos atributos; negar aquellas dos verdades es cerrar los ojos á la luz de la evidencia, es negar la ley del progreso individual y social; es, en fin, rebajar al hombre al nivel de los seres irracionales.

Decimos que estas dos verdades están claramente grabadas en la conciencia del hombre, porque ambas se imponen desde la más tierna infancia. La contemplación de las maravillas del Universo hace despertar desde luego la idea de un Sér Supremo, Creador de todas las cosas; y la superioridad del hombre sobre todos los demás seres que le rodean, hace también afirmar ó creer que en él existe algo más que un montón de materia, y que este algo tiene existencia individual, puesto que ordena y manda al cuerpo, y éste le obedece; y como este algo (el alma) se siente capaz de un progreso incesante ante la inmensidad de la creación, aparece asimismo desde luego en su inteligencia la idea de inmortalidad. Estas dos verdades pertenecen, pues, á la categoría de verdades axiomáticas. No importa que haya algunas individualidades que las nieguen ó las pongan en duda; ellas también, negando y dudando, pregonan su existencia: en todo ha de haber quien lleve la contra, aún en las cosas más claras y sencillas.

La importancia y necesidad de la educación religiosa están al alcance de todos. Sin ella no tendría el hombre conocimiento de su destino sobre la tierra; andaría por el mundo sin dirección fija, como el bajel que en oscura noche

y en la inmensidad del Océano ha perdido su brújula; no podría darse cuenta del grandioso espectáculo de la Naturaleza; no habría consuelo para él en las aflicciones que con tanta frecuencia le asedian; entregaríase de una manera vergonzosa, á los placeres más groseros, y la sociedad en general sería víctima del más feroz despotismo. Porque, no abrigando esperanza alguna en el porvenir, no creyendo en Dios ni en la inmortalidad del sér pensante, la consecuencia natural y lógica sería la satisfacción de todos los apetitos, sin reparar en los medios, como se observa en los brutos; el problema social quedaría reducido á vivir y á gozar, y todos los caminos serían buenos para alcanzar este fin; la inmoralidad más atroz reinaría por todas partes, porque el hombre tan sólo se movería á impulsos del interés, del egoísmo, de la ambición y del placer.

Mas la educación religiosa allana todas las dificultades: instruye al hombre en las verdades que más le interesa saber; consuela al triste, alienta al débil y abate al soberbio; sienta bases sólidas é indestructibles para establecer entre los hombres la fraternidad más pura, y nos traza, en fin, el camino que hemos de seguir para perfeccionarnos y merecer las recompensas eternas. El hombre verdaderamente religioso siéntese dispuesto á todo género de sacrificios, porque la dicha suprema para él depende, no del interés ni de las glorias mundanales, sino de la práctica del bien; sufre con resignación las contrariedades de la vida, considerándolas como medios de purificación; y finalmente, convencido de que nada se oculta á las miradas de Dios, procura ajustar sus acciones á la voz del deber, de donde resultan la tranquilidad del alma y el bienestar moral y material de los pueblos.

El hombre más religioso es el más puro de corazón, el que más ama á Dios y al prójimo, el que más actos de abnegación ejecuta, el que más trabaja á favor de la ciencia, del arte y de cuanto conduzca al progreso general de la sociedad y, en una palabra, el que más se acerca en virtudes á

Jesucristo. No es religioso el que está dominado por el sentimiento del odio y de la venganza; el que predica sangre y exterminio; el que conspira contra el reposo público, contra la libertad y el progreso; no puede ser, en fin, religioso quien no piensa más que en amontonar riquezas y en satisfacer los más torpes apetitos.

La educación moral y la educación religiosa en el fondo son iguales, porque ambas rinden culto á la idea del bien: diferéncianse, sin embargo, en que la primera tiende á mejorar las costumbres, y al efecto prepara al niño en el cumplimiento de los deberes sociales; mientras que la segunda fortifica el amor mutuo entre los hombres mediante el amor de Dios, y dirige las almas al fin para que han sido creadas. La educación religiosa es por eso el más sólido apoyo de la educación moral. Una educación sin Dios y sin el principio de la inmortalidad del alma, sería una falsa educación, sin condiciones de estabilidad, como un edificio sin base. En las escuelas debe respirarse una atmósfera profundamente religiosa; debe enseñarse desde luego á los niños á amar y temer á Dios, á tributarle adoración, á darle gracias por los beneficios que continuamente estamos recibiendo y á suplicarle protección y amparo; debe, en una palabra, enseñárseles á orar con la mayor humildad y devoción: la oración es una consecuencia necesaria de la creencia en Dios; por ella el espíritu humano se engrandece y se dispone á la práctica de todas las virtudes.

Hay que enseñar á los niños á ver á Dios en las obras de la Naturaleza, á admirar su sabiduría en todo lo que nos rodea y reconocer su infinito poder en las maravillas del cielo y de la tierra. Hay que inculcar en su mente la idea de que siendo Dios infinito, no podemos sustraernos á su divina presencia, y que si queremos alcanzar alguna gracia, debemos ser puros de corazón, practicar religiosamente el bien, y contribuir con nuestras escasas fuerzas al progreso general de la sociedad. De este modo el niño se hace naturalmente religioso y se acostumbra á ser amable y cortés para con todo el mundo.

En materia de educación religiosa, debe evitarse sobre todo la exageración, que conduce al fanatismo, enfermedad terrible del alma difícil de curar. El fanático ama á Dios y aborrece á los hombres, sobre todo á los que no piensan y obran como él, y es capaz de cometer los mayores crímenes. En los siglos pasados, en que dominó el fanatismo más brutal, efecto de una torcida educación que se daba á los pueblos, se sometía á los disidentes, en nombre de Dios, á los tormentos más atroces y después se los arrojaba vivos á la hoguera. La historia guarda en sus páginas narraciones cuya simple lectura hace estremecer. Y para que nos conenzamos de la influencia de la educación, todavía se encuentran millares de seres desgraciados dominados por el más feroz fanatismo, quienes, si pudieran, obrarían de la misma manera que sus antepasados.

Los profesores de primera enseñanza, si han de cumplir como buenos, deben combatir con todas sus fuerzas esa repugnante plaga, preparando á los niños, por medio de la instrucción y el ejemplo, á ser verdaderamente religiosos á la par que humanos. El niño ha de convencerse de que todos somos hijos de Dios y que por lo tanto debemos amarnos como hermanos. Quien no admite este santo principio, no puede esperar las bendiciones del Cielo; porque la religión es amor, amor de la humanidad para con Dios, y de Dios para con la humanidad, amor de los hombres entre sí como miembros de la misma familia. Tal es en la esencia la religión universal de Jesucristo, capaz de ser comprendida y practicada por todos los hombres, lo mismo por el sabio que por el ignorante, por el rico que por el pobre; religión sencillísima, pura, profundamente racional y humana, pero que el interés y la mala fe la han desfigurado y maleado, impidiendo el movimiento rápido y majestuoso que su autor y primeros discípulos le imprimieran é imposibilitando su propagación.

El sentimiento religioso comienza á desarrollarse entre los niños en el seno de la familia, porque todas las madres

enseñan á sus hijos la existencia de Dios mostrándoles las maravillas de la Naturaleza; y la existencia de otra vida, diciéndoles que el abuelito que acaba de morir está en el cielo. Este sentimiento crece y se fortifica en los niños por medio de las oraciones que pronuncian al acostarse y levantarse, y adquiere más energía presenciando en el templo las ceremonias religiosas.

Toca, pues, á los maestros continuar la obra iniciada por la familia, y al efecto comienzan y acaban los ejercicios de mañana y tarde en las escuelas por un acto religioso, el cual consiste en elevar al Altísimo una corta y expresiva oración. Este acto debe practicarse con el mayor recogimiento, y una vez á la semana, por lo menos, conviene que el profesor explique, enseguida de la oración, algún punto de religión ó de moral, siempre con la idea de robustecer la fe y formar el corazón de los niños.

La ciencia de la educación, por más que sea *una*, tiene que atemperarse en los diferentes países á las exigencias de la sociedad y á las creencias y costumbres dominantes: la escuela primaria, en particular, debe amoldarse á la manera de ser del pueblo en que radica. Así, la educación religiosa, que es una en lo fundamental, varía en sus aplicaciones según fueren las creencias acerca de Dios, el hombre y la Naturaleza, que son los tres grandes objetos á que la filosofía y la religión dirigen sus investigaciones.

En nuestras escuelas se educa á los niños según los principios de la religión católica, por ser ésta la que impera en los dominios españoles.

Por lo tanto, los profesores ya saben á qué atenerse en este punto tan delicado como trascendental.

Todos, principalmente los profesores de las Escuelas públicas, vienen obligados á preparar á los niños al cumplimiento de los deberes religiosos prescritos por la Iglesia católica, procurando que la fe más pura aliente sus tiernos corazones. Con este fin se ha introducido en el programa de las escuelas oficiales la enseñanza de la doctrina cristia-

na y de la historia sagrada: este estudio es de la mayor importancia, porque en su virtud el niño amplía los conocimientos adquiridos en el seno de la familia, fortifícase su fé y aprende los deberes morales y religiosos que ha de cumplir.

FIN

# ÍNDICE

---

	<u>Pág.</u>
LECCIÓN 1. <sup>a</sup>	
Concepto de la palabra <i>Pedagogía</i> , su división é importancia . . . . .	9
LECCIÓN 2. <sup>a</sup>	
Concepto de la palabra <i>Educación</i> . . . . .	14
LECCIÓN 3. <sup>a</sup>	
División de la primera parte de la <i>Pedagogía</i> . . . . .	18
LECCIÓN 4. <sup>a</sup>	
Sistemas de <i>Educación</i> . . . . .	22
LECCIÓN 5. <sup>a</sup>	
Pedagogos que fundan su sistema de educación en la Naturaleza. . . . .	28
LECCIÓN 6. <sup>a</sup>	
Pedagogos que fundan el sistema de educación en la Naturaleza, en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma . . . . .	33
LECCIÓN 7. <sup>a</sup>	
Ventajas y desventajas de la educación pública . . . . .	38
LECCIÓN 8. <sup>a</sup>	
Ventajas y desventajas de la educación doméstica . . . . .	42
LECCIÓN 9. <sup>a</sup>	
Educación física . . . . .	46

	Pág.
LECCIÓN 10. <sup>a</sup>	
Educación del sér espiritual . . . . .	51
LECCIÓN 11. <sup>a</sup>	
Educación intelectual . . . . .	57
LECCIÓN 12. <sup>a</sup>	
Atención y su desarrollo . . . . .	64
LECCIÓN 13. <sup>a</sup>	
Percepción y cómo se divide . . . . .	69
LECCIÓN 14. <sup>a</sup>	
Memoria y sus clases . . . . .	74
LECCIÓN 15. <sup>a</sup>	
Imaginación y su desenvolvimiento . . . . .	80
LECCIÓN 16. <sup>a</sup>	
Juicio, sus clases, su desarrollo . . . . .	85
LECCIÓN 17. <sup>a</sup>	
Raciocinio y su educación . . . . .	91
LECCIÓN 18. <sup>a</sup>	
Abstracción y generalización . . . . .	97
LECCIÓN 19. <sup>a</sup>	
Percepción interna . . . . .	105
LECCIÓN 20. <sup>a</sup>	
Razón y cómo se desenvuelve. . . . .	108
LECCIÓN 21. <sup>a</sup>	
Lenguaje y cómo se educa esta facultad . . . . .	113
LECCIÓN 22. <sup>a</sup>	
Significación de la palabra <i>talento</i> . . . . .	117

	Pág.
LECCIÓN 23. <sup>a</sup>	
Educación estética . . . . .	121
LECCIÓN 24. <sup>a</sup>	
Concepto de la palabra <i>belleza</i> . . . . .	125
LECCIÓN 25. <sup>a</sup>	
Educación moral . . . . .	130
LECCIÓN 26. <sup>a</sup>	
Sentimientos morales . . . . .	135
LECCIÓN 27. <sup>a</sup>	
De las pasiones . . . . .	140
LECCIÓN 28. <sup>a</sup>	
Conciencia moral. . . . .	145
LECCIÓN 29. <sup>a</sup>	
De los hábitos. . . . .	149
LECCIÓN 30. <sup>a</sup>	
Educación religiosa . . . . .	154

8-



ESCUELA DEL MAGISTERIO  
LERIDA

Reg. 2635  
Sig. 37 Lop

...LECCIONES DE...

2750